

La masacre de Curuguaty

Julio Benegas

Una bala en la cabeza de la primera línea del comando policial lo derrumbó. Antes escuchó o creyó escuchar *ho'a Fermín, ho'a Castro*¹. En el centro de la estampida, en la desorientación de los combatientes, cayó sin amparo. No se hubiera imaginado jamás aquel desenlace, aun habiéndose preparado para *vencer o morir*. Habían llegado a la decisión de no abandonar la ocupación de esas tierras en caso de que las autoridades no trajeran los papeles que acreditaran la presunta propiedad de Blas N. Riquelme. Aun con esa decisión, los ocupantes de Marina Kue esperaban un diálogo con las autoridades, como era habitual. No esperaban que un comando de 324 efectivos policiales, encabezado por el Grupo Especial de Operaciones, ingresara por dos accesos a ese barranco donde se extendían las precarias carpas de la ocupación con la orden inequívoca de sacarlos a como dé lugar. Sobre el puente del arroyo habían extendido una barrera ante la anunciada incursión armada. Ahí esperarían y de ahí, según decidieron, no se moverían. Unos días antes, el comisario Arnaldo Sanabria les había advertido que un enorme grupo armado ingresaría a sacarlos, acompañado de varias ambulancias. “Ikuentave pegueru cajón la orenohẽ haguã ko'águi”², le habría dicho Rubén Villalba. Una semana antes, un emisario del Ministerio de Interior intentó persuadirlos de salir por las buenas de aquel sitio, de donde ya habían desalojado en cinco ocasiones a los sintierras. “Yvy'ÿre mba'éicha roikóta, mba'e rojapóta”³, le respondieron los ocupantes. Muchos recuerdan que aquel emisario les dijo que era mejor que fueran a Asunción a vender galletitas y caramelos antes que aferrarse a esa tierra.

Antes de Marina Kue, Rubén Villalba había participado de 16 desalojos. Su convicción de que no hay salida en este país más que recuperar el territorio agrícola familiar es inapelable, aun a costa de poner en riesgo la vida. “Hetáma ojejuka la campesino. Matón, policía, capanga, tembiguái enterovéva de los terratenientes, ojuka la ore irũpe”⁴, sostiene. Aún envuelto en ese aire épico, debe hacer un gran esfuerzo para no quebrarse al recordar la masacre de Curuguaty. Sus ojos están a punto de explotar en lágrimas. Al lado de un horno de producir carbón, su guarida nocturna, se toma su tiempo, frota las manos y mira el horizonte que se pierde hacia el inmenso Mbarakaju. Y del arrebató interior de esas imágenes, revisa sus palabras, una a una, las recoge y las dispara sin vaguedades: “Roje-prepará políticamente ro resistí haguã... ore noroimo'ãi la outa hague péicha hikuái. Ndoikuaaséi mba'eve hikuái. Oitypa la ore bandera, ha oike oremosẽ haguãicha a toda costa...”⁵

1 Cayó Castro, cayó Fermín.

2 Es mejor que traigan cajones si quieren sacarnos de acá.

3 Sin tierra cómo viviremos, qué haremos.

4 Demasiados campesinos ya murieron. Matón, policía, capanga, todos servidores de los terratenientes, matan a nuestros compañeros.

En el servicio militar obligatorio, adonde miles de paraguayos se hicieron “hombres”, aprendió a manejar con destreza el fusil. En su época de soldado lo obligaron a formar parte de comandos de incursión de las campañas para arrestar a dirigentes de las Ligas Agrarias, este movimiento de familias campesinas que el régimen de Alfredo Stroessener persiguió sañosamente. Joven él, no más de 15 años, ya era utilizado como tropa de secuestro de familias campesinas que exigían tierras o estaban empeñadas en modelos de producción y consumo comunitarios. Mas un día, el diálogo con una mujer arrestada en su unidad, Artillería de Paraguari, lo sacó, según él, de su completa ignorancia, de la profunda oscuridad. “Ore romba’apo peëpeguerekohaguã yvy, óga, ha peikoporãve haguã”⁶, escuchó Rubén en la boca de una de las presas. *Yvy, óga...* eran conceptos que interpelaban muy en los adentros de un hombre que, según le relataran, fue abandonado a los dos años por su madre y se crió con la abuela. Desertó del cuartel y, tras una escala transitoria en su pueblito de Qyquyo, vino a vender tortillas y menudeos frente al Palacio de Justicia, Sajonia, Asunción, integrando la gran oleada migratoria de los años 80.

Rubén Villalba no pensó enfrentarse a una intervención policial de las características de Marina Kue. Dos líneas armadas, encabezadas por el jefe de Operaciones Especiales, Erven Lovera, atenazaron a los ocupantes, rompiendo la barrera impuesta con la bandera paraguaya y una inscripción *vencer o morir*. Detrás de la primera línea armada, jinetes de la montada, cascos azules, efectivos de la Fope y arriba un helicóptero que planeaba encima de los ocupantes desde las seis de la mañana.

Rubén Villalba se jugaba la vida. Con un chico de tres meses y una mujer joven al lado, más que nunca necesitaba un lugar para recrearse, redimirse, reconstruir su historia. Marina Kue era una oportunidad maravillosa para el emprendimiento. Un colina para asentar las casas, un lago donde imaginarse que el mundo es todavía un buen lugar para contemplar, un arroyo que rompe en su recorrido un largo tramo de territorios mecanizados y de fondo un bosque de aproximadamente 900 hectáreas. A sus 47 años, y luego de liderar varias disputas territoriales, había quedado definitivamente desamparado. De su última morada, la comunidad Pindo, Yasy Cañy, fue *invitado* a salir por el comité de mujeres por haberse, teniendo él familia, emparejado con una mujer joven. Sin embargo, la gente de Pindo lo recuerda con admiración y reconocimiento por haber él encabezado la defensa de la comunidad ante el avance de la soja transgénica. Aquella vez juntó a los jóvenes y los instruyó en la imposibilidad de convivir con las semillas transgénicas, esas que usan un veneno que contamina la célula placentaria, causa deformaciones en las criaturas y un sin número de trastornos cutáneos, respiratorios y cánceres a largo plazo, como lo definiera el Centro Nacional de Investigación Científica de Francia⁷. La fiscal Ninfá Aguilar, la que dirigió el operativo contra los ocupantes de Marina Kue, conocía bien el carácter resolutivo de Rubén Villalba ya que en uno de los intentos de desalojos, la comunidad de Pindo, liderada entonces por Rubén, había desarmado y tomado de rehenes a los policías y a los agentes fiscales. Luego resistieron a un contrataque de más cincuenta cascos azules y un grupo de agentes policiales armados. Aquella vez les dijo que piensen muy bien

5 Nos preparamos para resistir. No creíamos que vendrían así. No querían saber nada. Echaron nuestra bandera y entraron para sacarnos a toda costa.

6 Nosotros trabajamos para que ustedes tengan tierra, casa y puedan vivir mejor.

7 El mundo según Monsanto, Marie-Monique Robin, editorial Península, página 128.

qué hacer porque para ellos la recuperación de esos territorios completamente talados ya para la plantación de soja era de vida o muerte. Los agentes fiscales se miraron, los policías se miraron y, finalmente, no se animaron a reprimir a toda una comunidad que se levantaba para defenderse. La decisión de no reprimir a ese pueblito rebeló a los brasileros que compraron unas 170 hectáreas para extender el mundo sojero, incluido el sitio del tanque de agua comunitaria. Al ser invitado a abandonar Pindo, Rubén Villalba tuvo asilo en otra ocupación, frente mismo a Marina Kue, al cruzar la ruta principal, en una parcelita de esas 98 hectáreas también usurpadas por mucho tiempo por Campos Morombi. En el lugar, ya de una antigua ocupación, Yvypytã, se encontró con otra persona que se había jugado todas las fichas por conseguir un terreno más grande para cultivar desde que con su mujer decidieron no ser más capataces de estancia: Avelino Espínola, otra pieza clave de la ocupación masacrada aquel viernes 15 de junio de 2012.

Avelino, apodado Pindu, estuvo en las seis ocupaciones de Marina Kue. Robusto, de frases cortas y contundentes, ingresó por primera vez a Marina Kue en el 2004, unos días después de que el gobierno de Nicanor Duarte Frutos decretara la transferencia al Indert para fines de la Reforma Agraria de esa tierra donada por la Industrial Paraguaya en 1967 a la Armada Nacional. Avelino sabía que esas tierras eran públicas y también el intento fallido de Campos Morombi, de Blas N. Riquelme, de hacerse legalmente de esas tierras a través de un juicio de usucapión. Al decretarse tierra del Indert para Reforma Agraria, los abogados de Campos Morombi echaron manos a un recurso judicial histórico de los pobres, el derecho de usucapión, antiguo derecho de ocupantes en un pueblo que carecía de papeles y que se recreara sin Estado luego del exterminio del Estado-nación en la Guerra Grande (1864-1870). Los abogados no fueron contra el Estado, propietario, aunque sin haberlo registrado, ya entonces de ese terreno, sino contra La Industrial Paraguaya S.A (Lipsa), que ya nada tenía que ver con ese pedacito de las miles y miles de hectáreas conseguidas tras la Guerra Grande. A la Procuraduría General del Estado se le sacó del pleito. En un proceso sumarísimo, sin intervención de la Procuraduría General del Estado ni del Indert, lograron la resolución judicial favorable, pero, tamaño error, con fallo a nombre de otra finca y lejos del terreno reivindicado por los campesinos. La fiscalía, los jueces y la policía actuaron intermitentemente expulsando de ese territorio a las familias campesinas en razón de no se sabe qué herramienta legal. Descubierta el error en aquel fallo judicial, la fiscalía ya no se animó a utilizarlo como recurso legal y, para cuidarse las espaldas y lavarse las manos, el juez José Benítez emitió una orden de allanamiento, no de desalojo, cosa que se apuró en difundir al conocer los resultados de aquella ilegal incursión del aparato policial y judicial.

Sobre esa situación claramente demostrable, los últimos ocupantes habían declarado su categórica decisión de no abandonar otra vez esas tierras. Y, a la sazón, se prepararon, con unas 18 escopetas de un tiro, un rifle de 18 tiros y un revolver calibre 38, a resistir la anunciada medida de desalojo.

Dos meses y quince días estuvo Rubén Villalba en la ocupación. Se ubicaron primero en una planicie más cerca del territorio mecanizado. En ese lugar, recuerda, eran objetos de permanentes disparos al aire de los “matones”. A principios de mayo, con capuchas y escopetas, decidieron enfrentar a los guardias armados que vivían en una casa sobre el barranco. Al encontrarse en minoría, los guardias abandonaron el lugar: un mirador natural

desde donde se observan el lago, el cauce del arroyo y el extenso sojal que llega a las narices de la ruta principal sin franjas boscosas, uno de los delitos humanitarios y medioambientales más profusos en la extendida producción de las semillas transgénicas.

En la ocupación eran amedrentados por los guardias civiles armados y, desde la ruta, los policías enviaban mensajes amenazantes. Fue así que la presencia del nexo del Ministerio del Interior, Elvio Cousirat, el 7 de junio de 2012, lejos de relajar la tensión y de abrir un diálogo con los ocupantes, exacerbó al ánimo. Cousirat, director de Relaciones Institucionales del Ministerio del Interior, cartera entonces a cargo del senador Carlos Filizzola, reunió a los ocupantes y les dijo que ya estaba la orden de allanamiento y que era mucho mejor que salieran pacíficamente del lugar.

Avelino se levantó del suelo y le dijo a Cousirat: “peguerúrõ la kuation he’ihápe ke la Marina Kue Riquelme mba’eha, ore rosëta ko’águi”⁸.

-Peguerúna la kuation⁹-, desafió.

No había papeles que acreditaran que esa propiedad fuera de Riquelme. Cousirat insistió, señalando que toda la intervención armada ya estaba preparada y que incluso la Caballería (seguramente hacía referencia a la Montada de la Policía) participaría del operativo.

- Mba’éicha piko ejército oñemõita paraguay conrape¹⁰-, reaccionó Avelino. Kóa ko yvy Estado mba’e, mba’éicha Estado oñemõita Estado conrape.

- Ore roikotevẽ la yvyre. Ko yvy ndaha’ëi Riquelme mba’e¹¹-, intervino Néstor Castro.

- Moõ rohóta, mba’e rojapóta yvy’ÿre¹²-, reforzó Luciano.

No había caso. Era un diálogo en que la sinrazón determinó su final cuando Cousirat, ya sin elementos de persuasión, les dijo: “Ikuentaiteve peho pe vendé galletita ha caramelo calle última-pe”¹³.

Rubén, Avelino y su gente, que no se hallaban en sí, apenas pudieron contener el *py’aro*¹⁴. Avelino reiteró que vana era una intermediación sin los papeles que acreditaran la presunta propiedad de Blas N. Riquelme. Cousirat, el funcionario Néstor Ortellado y el suboficial Mauro Gauto se retiraron sin resultados. El operativo policial se volvía inminente.

8 Si traen los papeles que acreditan que esta tierra es de Riquelme, saldremos

9 Traigan el documento.

10 Cómo el Ejército se podría utilizar contra paraguayos. Esta tierra es del Estado. Cómo el Estado se puede utilizar contra el Estado.

11 Nosotros necesitamos la tierra. Esta tierra no es de Riquelme.

12 Dónde iremos, qué haremos sin tierra.

13 Es mejor que vayan a vender caramelos en Calle Última (Asunción).

14 Literalmente estómago amargo señalando rencor o resentimiento.

Unos días antes, otro diálogo, esta vez con el comisario Arnaldo Sanabria, ascendido a jefe de la Policía Nacional en la semana posterior de la masacre, estribó en una escala menos alentadora. Sanabria llamó al celular de Rubén Villalba para decir a los ocupantes que estaban poniendo a punto un operativo con muchas ambulancias y que de Ciudad del Este iría gente sin piedad de sus abuelas. Más que ambulancia tendrían que traer cajones, habría respondido Villalba, una respuesta secundada por varios de los ocupantes armados. “Ore rohóta, peikuaa peñ pejapótava”¹⁵, les dijo Sanabria y cortó la comunicación. La gente escuchó por el altavoz del celular. Rubén preguntó a los compañeros *mba’e jajapóta*¹⁶. Muchos de los que allí murieron respondieron, según Villalba: “ndajaguevimo’ãi ni un paso, ko’ape ñaha’aróta chupekuéra. Entonces, rojagarra coraje ha rojeprepara políticamente”¹⁷.

Aquel 15 de junio, el grupo que se preparaba para la defensa del territorio ocupado se levantó a las tres de la mañana. Rubén recuerda, algo que no pudimos corroborar con otras entrevistas, que, como forma de tomar *py’aguasu*¹⁸, salieron en caravana de motos hasta la comunidad donde se asientan los sojeros brasileros, alrededor del portón de ingreso a las tierras de Marina Kue, y que en la recorrida, con banderas paraguayas, bocinas, él gritó “viva el Partido Comunista, viva Ananías Maidana”. Extendieron la cimbra de tres hilos de alambre sobre el puente como barrera de ocupación, envuelta con bandera paraguaya y una insignia en carbón de vencer o morir. Prepararon los pañuelos-tapaboca con sal para soportar los gases lacrimógenos y aguardaron en un clima de alta incertidumbre la presencia policial. El helicóptero de la Policía Nacional sobrevolaba encima de los ocupantes desde las seis de la mañana. Los ocupantes esperaban una sola línea de incursión a través del portón de acceso de Ybyrapyta, una comunidad mixta, de brasileros y paraguayos. Otra línea policial desde la Hacienda Paraguaya avanzaba a través de los recodos barrancosos.

Para Erven Lovera, el comandante del Grupo Especial de Operaciones, era un operativo más de los tantos a los que se había acostumbrado. Altamente especializado en operativos de asalto, muchas veces se lo usó para desalojar campesinos de los latifundios. La esposa, una maestra de primer grado en el Colegio Nacional de Ñemby, no advirtió nada particular en la última llamada de su marido. Hablaron de los niños y se despidieron sin más. Era poco o nada lo que su marido le contaba de su trabajo. Siempre en otras partes, ella se había acostumbrado a las visitas cada 15 días y a criar a los hijos en esa casa cuya primera habitación la construyeron con sus propias manos. Novios desde el colegio en Ybycu’i, novios cuando ella se vino a San Lorenzo a estudiar magisterio y él la Academia Militar, se casaron y avanzaron en el proyecto histórico de criar y recrear la especie en una familia contenida. El padre de Erven vivía satisfecho de haber forjado un hijo de jerarquía en la policía y un hijo militar, jefe de seguridad del presidente Fernando Lugo, con ese esfuerzo de cultivar la tierra y cuidar las vacas. En fin, hijo de campesino, como casi todos los policías, Erven se dedicó en buena parte de su carrera a la función de desalojar a campesinos de los latifundios, parecida función de la

15 Nosotros iremos, sepan ustedes qué hacer.

16 Qué haremos.

17 No retrocederemos ni un paso. Acá los esperaremos. Entonces, tomamos coraje y nos preparamos políticamente.

18 Valentía.

que Rubén Villalba, en sus años adolescentes, desertó. Antes de ingresar, Erven, inquieto, masticaba chicle y respondía las indicaciones de Sanabria con *sí, no hay problema, así lo haremos*. Aun con algunas escopetas en manos de los ocupantes que él vislumbró desde el helicóptero, el desalojo de unas 60 personas de Marina Kue no tenía por qué representar peligro mayor. Lovera recibió dos días antes la orden de poner a punto a la gente que de Ciudad del Este se trasladaría a Curuguaty. Llegaron la noche del 14 junio. Una primera línea de metrallosa detrás de él, apuntando directamente a los ocupantes, y otra, encabezada por antimotines, los atenazaría. Simple operación. La fiscalía Ninfa Aguilar quedaría lejos de la ocupación. El comisario Sanabria y otros agentes policiales optaron por la retaguardia. Esta gente, que sabía de la decisión de los ocupantes, no encabezó el operativo. Enviaron directo al grupo de acción, con lo cual no habría diálogo como esperaban los ocupantes y tampoco se desarrollaría el famoso protocolo del Ministerio de Interior que implicaba básicamente asegurarse la protección de niños, mujeres y ancianos. Imaginaban los ocupantes que la policía quedaría en la barrera improvisada, que respetaría la bandera paraguaya y que ese resquicio podrían aprovechar para convencerles de la sin razón del desalojo. Pero no. Erven y su gente echaron la barrera y avanzaron resueltamente para desalojar sin diálogo a los sintierras. Los campesinos no esperaban tamaña incursión.

-Hetaiteréi hikuái¹⁹-, magulló Avelino.

-Mba'e jajapóta?²⁰-, preguntó Fermín Paredes.

-Japytáta ko'ápe, ñaha'arõta chupekuéra-, respondió Avelino. Oñemongetavaerã ñanendive²¹.

Avelino

Avelino se había jurado que de ahí ya no lo moverían. Esa media hectárea donde se afincó, a unos tres kilómetros de Marina Kue, con su esposa y uno de sus hijos, no abastecía para el cultivo de consumo y mucho menos de renta. Aun en ese estrecho terreno, su buen manejo con el ganado, experiencia adquirida en las estancias, le ayudó a mantener una docena de novillos como principal capital y la pericia de su mujer en el rancho, con la cría de gallinas, patos, guineas, cerdos y el mantenimiento de una nutrida huerta familiar aseguraba la manutención. Marina Kue se le había metido en la piel y en la sangre hasta convertirlo en devoto irredento de aquella causa. Se le había metido en la cabeza como una historia personal, algo que tal vez lo redimiera y nos recordara la antigua base principal del hombre y la mujer libres del Paraguay: la tierra propia. Su apuesta a ese, para él inminente futuro, era tal que se había comprometido, dos semanas antes de la masacre, a conseguir diez millones de guaraníes para forjar la mensura de las tierras ocupadas. Impetuoso, depositó su palabra sin pensar cómo conseguir esos millones.

-Ha ñavenderõ ñande róga-²², sondeó a Isabel, su esposa, sin mirarla, dos semanas antes de la tragedia.

19 Son demasiados.

20 Qué haremos.

21 Los esperaremos acá. Deben conversar con nosotros.

Ella lo escuchó en silencio y pensó que su marido hablaba sin pensar. A sus cerca de 60 años, a Isabel Iglesias ya no le parecía buena opción quedarse sin nada para comenzar de nuevo. No respondió sí ni no; respondió con el silencio. El tema quedó flotando en ese camino laxo del mundo campesino. Avelino sabía que el silencio era respuesta, un no, un adversativo contundente que en el mundo guaraní se expresa generalmente con el silencio y raramente con la confrontación. No insistió en el tema aquella alborada. Terminado el mate, él se encargó de los novillos y ella de preparar *rora kyra*²³. Fue el último mate con su marido.

-Mba'éiko oiko mo'ã orehegui la rovendeguive la ore róga?²⁴-, se pregunta ahora Isabel. Ella sabía que la decisión estaba en las manos del *karai*²⁵. En eso andaba Avelino, en conseguir los 10 millones comprometidos para la mensura judicial, un paso más en esa tarea onerosa de legalizar la ocupación, ubicar los límites, parcelarla por diez hectáreas, ubicar la reserva boscosa, los senderos, el campo comunal...

En palabras de Isabel Iglesias, pareja de Avelino, *roipota peteĩ yvy tuichavéva porque ko'ápe hasy la reñemitỹ haguã, ndaikatúi roguereko animal. Roguerekórõ la animal roguereko pe rutakotare ha roproduciseve mo'ã yvy tuichavéape ikatuhaguãicha la roñemantene romanopeve ha ore familia kuérape*²⁶. En una parcela de media hectárea *ore rojogujey avati, mandi'o, jety, kumanda, manduvi ha la orerymbakuérape avei rojogua la hembí'urã*²⁷. María Isabel solo un hijo tuvo con Avelino, que quedara viudo con once hijos, ya mayores.

Padre e hijo

Esas semanas anteriores, la humedad había penetrado la piel de los ocupantes y en muchos casos afectado los pulmones. Fríos, lluvias y calores vaporosos e intempestivos impedían a los colchones sacudirse completamente la humedad. Ese enrarecido junio y la precariedad de la ocupación se encargaron de recluir a Don Barrios en su casa, en el asentamiento Mandu'arã, Yasy Cañy, en los días previos de la masacre, y probablemente lo salvaron, a su edad y sus achaques, de una segura muerte mas no de la tremenda culpa por haber enviado dos días antes a su hijo Richard Barrios, de 15 años entonces, con el vívere para el hermano, Luciano. El hermano mayor tampoco puede ocultar su sentimiento de culpa por no haber podido salvar a Richard de la embestida de la montada y las palizas que luego le siguieron azotando. O lo dejaba ahí entre la montada, las balas o él sucumbía en la vorágine, se dice, en tono grave y quebrado. Luciano vio cómo su hermano menor quedaba atrapado entre la montada, vio

22 ¿Y si vendemos nuestro rancho?

23 Mazamorra

24 ¿Qué hubiera pasado de nosotros de haber vendido nuestro rancho?

25 Señor

26 Queremos una tierra más grande porque acá es difícil sembrar y tampoco podemos tener animales. Si tenemos animal, lo tenemos a los costados de la ruta. Queríamos producir en una tierra más grande para mantenernos y mantener nuestra familia.

27 Compramos otra vez maíz, maní, mandioca, batata y también debemos comprar comida para los animales.

cuando lo atropellaron con caballo, cómo cayó, pero “ndaikatúi arescatá, che agarrata hikuái, entonces ahejántema chupe”²⁸.

Una zapatilla de goma raída, una camisa deshilada, un rostro moreno embutido en un quepis que a cada rato se toca, pide un cigarrillo, alguien extiende un Kentucky que él lo lleva a la boca y lo chupa con voracidad. Temeroso, parece advertir sombra carcelaria y tortura en cada silueta ubicada al otro lado del río. Es flaco, bajito, moreno. En la improvisada balsa estirada con gruesas piolas de nylon se lo ve diminuto al lado del baqueano que en moto fue a recogerlo de la selva. Esa mañana de sol limpio, reparador, bueno para sacar los trapos húmedos al sol, lamer las heridas y tapiar los huecos del alma, habían agarrado a Rubén Villalba. Una foto de él despojado de todo, con ese rostro de espanto mal curado, detrás un policía enmascarado, haciendo con los dedos la V de la victoria, recorrería las portadas de los diarios al otro día. A medida que la balsa avanza lentamente, su padre, Don Barrios, apenas se contiene en ese cuerpo macetón, las manos callosas y los gruesos pies metidos en una zapatilla de suela antigua, curtida por buen tanino, el rocío y la tierra roja de su capuera. Sus ojos llorosos miran abajo y se inventan círculos en la tierra removida con los pies. Cómo abordar, qué decir, cómo reparar el sentimiento de culpa por la tragedia del hijo menor ensangrentado, amorado, encarcelado a sus quince años, que fuera a sustituirlo en la ocupación por haber él enfermado. Y al que Luciano, el hermano mayor, impotente, vio cómo era pisoteado por los caballos. Don Barrios siente necesidad de un abrazo, más todavía Luciano con ese aire de desamparo, pero solo logra juntar las manos para pedir la bendición y estrecharlas luego con las de su padre. Es el primer encuentro con el padre luego de refugiarse en los confines de Canindeyu adonde malvive de changas en estancias hasta que los capataces le piden cédula de identidad. Con el padre y el baqueano buscamos una sombrita escondida para charlar. Luciano mira atrás, a los costados, desconfía hasta del rumor de esa mansa agua del *Curuguay* y, de las hojas y virutas removidas por el *teju*²⁹ a su paso. El mundo sabe a pasto húmedo, a tierra morena, a *mba'ysyvo* y *guavira*³⁰, a pies macerados por el polvo, el calor y el frío húmedo de la intensa noche y a banda sonora de *ñakyrã* y *jeruti*³¹.

Luciano, de 31 años, no se imagina el mundo sin tierra y ocupar un latifundio no es cosa extraña para él y para la absoluta mayoría de los jóvenes y adultos que ese día de la masacre se encontraban en Marina Kue. De hecho, la existencia de poblaciones humanas en Canindeyu se debe esencialmente a las ocupaciones establecidas por los sintierras luego de la caída de Alfredo Stroessner (1954-1989). Así podemos citar un rosario de ex-latifundios ocupados por los campesinos en Curuguay y Yasy Kañy, los dos distritos más poblados del departamento, desde Maracana, Santa Catalina, Acepar, Britez Cue, Araujo Cue, Carro Cue, Ka'i Cue, Yvypytã, Tava Yopoi...

Tampoco es extraño a los sintierras que algún sicario se haga cargo de la venganza de los latifundistas, como ocurriera con el líder de la comunidad de Santa Catalina, Mariano Jara, acribillado en su casa por un sicario brasileño que luego de ser atrapado por los vecinos fue

²⁸ No podía rescatarlo porque me apresarían. Entonces, lo abandoné.

²⁹ Lagarto.

³⁰ Plantas silvestres.

³¹ Cigarra y yeruti (ave muy parecida a la paloma).

liberado rápidamente por orden, según diversos testimonios, del ex diputado Julio Colmán y el dirigente colorado Pío Ramírez, padre del Tigre Ramírez, el popular ex jugador de Cerro Porteño. Pero aquel 15 de junio, Luciano tampoco se imaginaba enfrentarse con aquel ejército de desocupación; él, que ya estuviera en el penúltimo desalojo de más de seiscientas personas; él, hijo de antiguos ocupantes, no se imaginaba una incursión de esas características para sacar del lugar a sesenta personas, con mujeres y criaturas de por medio.

-Tuicha mba'e la oikova'ekue upépe³²-, asume, frotando las manos.

A sus 31 años, Luciano no se imaginaba el futuro sin tierra. Así como estuvo en Marina Kue, también se sumó a aquel campamento frente a la fiscalía de Curuguaty, en reclamo de justicia, hasta quedar imputado por perturbación a la paz pública, invasión de propiedad privada y un sin número de cosas que en su cabeza solo suenan a problema. “Añe a problema kuri upépe”³³, recuerda.

Al enterarse de que Rubén Villalba y Avelino Espínola encabezaban una nueva ocupación, él se sumó sin pensarlo. “Moõiko aháta, mba'eiko ajapóta”³⁴, se pregunta y pregunta, en una sombrita del bosquecillo de un recodo del río Curuguaty y. “Aipota la yvy, entonces ahajey, pero ndaha'evéima la misma situación, ocambiapa, otro hendápe oñe arma la equipo. Upépe apytántema”³⁵. Casi dos meses estuvo en Marina Kue durante la última ocupación. Luciano mira a su padre como esperando una aprobación, tal vez un perdón por no haber salvado a su hermano menor de aquella brutal enajenación. Su padre se siente peor por haber enviado a R.B. a la ocupación.

-Embe'upaitekatu la reikuaamíva che hijo, ndaikatúi péicha jaikove, ikatúko ko'ã gente ñande ayudamba'e³⁶-, le dice Don Barrios.

Luciano ya no se imaginaba un lugar fuera de Marina Kue. Dónde podía parar, qué más podía hacer. En los últimos días de la ocupación verlo al padre ahí con sus achaques bronquiales lo conmovía sobremanera. El insistió en que fuera a la casa a reposar. “Imbeguéma ha'e. Cherakate'ỹ hese porque ha'e imbeguéma, ikatu ojeapeligra”³⁷, nos dice, se dice, sin poder recuperar mínima calma.

A Luciano le cupo estar en el frente aquella vez. Se abrió de los cuatro macheteros con los que se había integrado para avanzar hacia Pindu, adelantado para enfrentar el avance policial.

32 Es una cosa muy grande lo que allí ocurrió.

33 Tuve problemas allí.

34 Dónde ir, qué hacer.

35 Quería la tierra. Entonces, me fui otra vez. Pero no era como la anterior ocupación. El equipo se armó en otra parte. Entonces, yo ya me quedé ahí.

36 Conté todo lo que sabés. No podemos vivir así. Es probable que esta gente pueda ayudarnos.

37 El es lento ya. Lo quiero demasiado y tenía miedo de que le suceda algo peligroso.

-Epyta upépe, ñañemongeta-, le dijo Avelino al policía. -Pepyta upépe³⁸-, repitió, desenfundando el machete.

Cómo dormir

Aquella madrugada del 15 de junio Rubén se despertó a las tres sin haber dormido a profundidad debido a la tensión del anunciado desalojo y también por los lloriqueos del bebé de tres meses, acunado entre las mamas de RV. Exhausta por las exigencias del bebé, RV, de 17 años, no se percató de que el padre de su hijo ya estaba preparando la resistencia. Despertó a las cuatro a algunos que aún se encontraban en la cama. Que cada cual vista lo que pueda, zapato, bota, evitar las zapatillas. A los que poseían escopetas, escopetas, y los que no, machetes y foisas. Se organizaron líneas de cuatro a cinco hombres. Los macheteros en el medio y los escopeteros en los laterales. Pindu, de por sí madrugador, extendió la ancha bandera paraguaya sobre el puente como trinchera. Ahí debían quedar los policías según el pensamiento de los sintierras. Creían en la razón, en algún sentido lógico de la historia en ese extenso territorio ocupado principalmente por la producción transgénica. “Pindu omõi peteĩ bandera paraguaya tuicha, oipyso en el medio ropyta haguã rojapo la conversación, pero umi otro ndojapói la conversación, ndoikuaaséi mba’eve, maque omongu’e la tambo, omombo la bandera haojámavoí voi upépe-³⁹, recuerda Luciano.

La embestida policial estuvo coordinada desde el helicóptero *Robinson* de la Policía Nacional. Cuando los dos grandes cordones arrinconaron a los ocupantes entre el arroyo, el lago, la zanja y de fondo el bosque, desde arriba se escuchó: “dale atraco”, “dale atraco”. El comando de metralleros del GEO avanzaba *oñesũhápe*⁴⁰, en disposición de tiro, con el caño apuntando de un lado a otro del horizonte de la ocupación. “Campesinos, ríndanse”, se escuchó también desde el helicóptero atronador que en ese momento volaba bajo sobre el campamento campesino. Al sentir que el espiral de violencia podría arribar a escenarios de delirio, Rubén Villalba y Avelino Espínola ordenaron que las mujeres y los niños se retiraran hacia el campamento.

El Grupo Especial de Operaciones atravesó la barrera campesina sin ganas de conversar y habilitó el desplazamiento de todas las fuerzas represivas sobre el movimiento campesino. Rubén Villalba enfrentó a Lovera diciéndole: “mba’ère peju péicha. Oĩ orendive kuña ha mitã. Pepyтана ñañemongeta-⁴¹.

-Pesẽ campesino ko’águi, pesẽ⁴²-, se lo escuchó decir a Erven, empujando a Rubén, a Rubén que al recuperarse lo agarró del tirante del uniforme, a Rubén que escuchó un primer disparo,

38 Quedate ahí, vamos a conversar. Quédense.

39 Pindu extendió la barrera para que los policías quedasen a conversar. Pero ellos de la conversación nada querían saber. Removieron la barrera, echaron la bandera y se acercaron a nosotros.

40 De rodillas.

41 Por qué vienen así. Hay entre nosotros mujeres y niños. Quédense a conversar.

42 Salgan campesinos, salgan campesinos.

un segundo, a Rubén que le quemaban los dedos la 38, 9 milímetros. El oficial Sánchez abordó a Avelino, intentando arrebatárle su machetillo. A Avelino que lo desenfundaba para allearlo. “Epyta upépe, oficial”, le dijo. “Epyta upépe⁴³”, reiteró, con el machete levantado en la mano derecha y una hondita en la izquierda. Detrás de sus comandantes, los primeros fusileros del GEO no le perdían de vista a Avelino que, jugado al todo o nada por esas tierras, pensaba incluso vender su rancho para la mensura judicial. Los fusileros del GEO no le quitaban los ojos a Avelino que se había jurado no ser más, en ninguna circunstancia, peón ni capataz de estancia. Detrás, con el machete en la mano, Luciano no cabía en sí. Miró a su hermano menor en medio de los macheteros y se observó completamente acorralado e indefenso. Nadie contemplaba el hermoso lago ni se detenía a soñar ese futuro inminente que se les escapaba de las manos, en esa lomada donde pudieron haber instalado las casitas, esos territorios mecanizados que podrían ser muy buenos para la mandioca, el poroto, el maíz, y esos bosques, buenos para las lluvias, el *piro*’y⁴⁴ de la tardecita, el carbón y el *jepe*’a⁴⁵. Avelino, el más antiguo líder de la ocupación de Marina Kue, con el machete levantado, forcejeaba con el oficial Sánchez. Rubén Villalba hacía lo propio con Erven Lovera, con Erven Lovera que, aun nervioso, se habrá imaginado un desalojo más, tal vez un campesino muerto, tal vez dos, por qué no si la historia de la lucha por la tierra está regada de sangre y balas sicarias. Lejos, la fiscalía Ninfa Aguilar aprovechaba el tiempo para desayunar. En la radio, en su programa diario *Contactos*, el ex diputado Julio Colmán incitaba a sacar *inambigui*⁴⁶ a “los terroristas”. El sol espléndido secaba el rocío de los campos mecanizados y revelaba esa roja tierra que a la altura de la ocupación, por una de las entradas, viboreaba en barrancos. Tarde se dieron cuenta los campesinos de que estaban encerrados. Habían esperado una sola línea policial a la que enfrentarían, con intención de diálogo y mediación, en el puente sobre el arroyito donde habían improvisado una trinchera tricolor y una pancarta con insignia en carbón de *vencer o morir*. En el barranco, desde donde se ve el lago y se desviste el inmenso valle curuguateño, flameaba tímidamente otra bandera paraguaya, colgada de una delgada y corva madera.

Los Castro

A sus 29 años, ese día Néstor Castro también estaba dispuesto a resistir las balas del orden establecido. Cansado de tantas mentiras, de tantos vaivenes políticos, de estar cerca de algo para luego quedar rumiando rabia y resignación tras los desalojos, Néstor Castro se había afirmado en su verdad, la verdad que lo llevara a ese destino brutal desde el mismo momento en que supo que esa tierra tan hermosa para el cultivo y seguramente para el pastoreo pertenecía al Estado paraguayo y que por decreto se había transferido al Indert para la Reforma Agraria. Esas tierras inmediatamente solicitadas por él y la primera comisión vecinal, Naranjaty, y que por engaño de algunos dirigentes y caramelos de los procuradores de Blas N. Riquelme, fueron desocupadas en ese momento, en el 2004, y que, luego de prometérselos en

43 Quedate ahí.

44 Frescura

45 Leña

46 De la oreja.

cinco meses, se les dijo que no, que esa tierra ya era reserva, que ya ganó Riquelme el recurso de usucapión, que otra vez será, que se los podría reubicar en otro lugar, menos ahí, en tanto que Campos Morombi ya tenía alquilada su “reserva natural” en la mayor parte a los productores sojeros. Néstor sentía que ya no podrían arrebatarse aquel promisorio futuro. Así como en el 2004, con la publicación de que esas tierras eran públicas y que pasaban al Indert para ser distribuidas a las familias campesinas, desde un buen tiempo atrás el elemento nuevo y contundente a que asirse era el descubrimiento de que aquel recurso de usucapión esgrimido por Campos Morombi había salido a nombre de otra finca y no la disputada.

-Ndaikatuvéima ñanenohẽ ko'águi che hermano-, le dijo a Adolfo, uno de los hermanos menores. Ñandemba'éma ko yvy⁴⁷.

Seguro estaba también Adolfo Castro de que esa tierra estaba destinada para ellos y que los policías vendrían a dialogar aquel 15 de junio. La inexistencia de un documento que demostrara la propiedad del terreno a nombre de Blas N. Riquelme era razón inapelable entre los ocupantes, más aún por cuanto que desde la propia oficina del Indert en Curuguaty, a cargo entonces de Ignacio Vera, se promovían los trámites de mensura para echar raíces de un futuro asentamiento. Adolfo, que amaneció en el campamento con su hijo de tres años, no tenía la menor idea de la inminencia de aquella tragedia. Para Néstor, Adolfo y Adalberto Castro recorrer el camino de su padre, Mariano, hombre honesto, laborioso, apacible, de palabra, que crió con su esposa a ocho hijos y además a dos criaturas que recogieran del abandono, era un destino suficiente y reivindicador. En fin, habían decidido ser hombres de campo, de *avati*, *kumanda*, *mandi'o*, *yety ha rora kyra*⁴⁸. El terreno donde vivían con sus padres, en Yvypytã, de 10 hectáreas, buena parte utilizada para el pastoreo, hace rato les quedaba pequeño para las expectativas de vida. En su primera juventud, Néstor utilizaba terreno prestado de otros agricultores, pero luego debió arrendarlo, negocio que a su familia le parecía ya un no negocio. Esas 10 hectáreas de su padre, en Yvypytã, ya no daban para el trabajo de los ocho hermanos y ya eran pocas para él que, a sus 29 años, necesitaba establecerse en un territorio más amplio para su *kóga*⁴⁹, su *rymba*⁵⁰ y su familia.

La comunidad de Yvypytã, la más golpeada por la masacre de Marina Kue, está asentada, desde hace 20 años, en un total aproximado de siete mil hectáreas. Leamos lo que nos dice el padre, Mariano Castro, sobre los hijos que ocupaban esas tierras ensangrentadas: “Tuichapáma la che familiakuéra, michĩ jeýma oréve la yvy 10 hectáreas. Oĩ ojefamiliariza jeýva chendive ha romba'apo asy jeýma. La ore, mboriahu, roipota cualquier animalmi avei. Ore, mboriahu, upéante la ore alcancía”⁵¹.

47 No pueden sacarnos de acá, mi hermano. Esta tierra ya es nuestra.

48 Mandioca, batata y mazamorra.

49 Plantación.

50 Animales.

51 Ya son grandes mis hijos. Me quedó chica la tierra. Algunos ya tienen familia y trabajan mal. Nosotros, los pobres, queremos también animales, nuestra única alcancía.

Con sus economías de subsistencia, en Canindeyu es impensable para los campesinos la compra de tierras que ascendieron a 20 o 30 millones la hectárea con la masiva penetración de la agricultura empresarial. Este modelo de producción avanza talando todo alrededor y extrayendo intensamente los frutos de las semillas transgénicas promovidas por la Monsanto y comercializadas por Cargil, Bunge, Adm, un pool transnacional que domina gran parte de la agricultura intensiva en el mundo. La voz serena de Don Castro devela profunda tristeza pero no encubre remordimiento por haber acompañado a sus hijos en la decisión de ocupar aquellas tierras. Es como haber enfrentado el destino del *chokokue*⁵² con todas sus fatalidades, un destino común de buscarse un lugar para el rancho, el potrero, la chacra y el pastoreo. Por suerte, se dice, nos dice, solo tres hijos estaban en la ocupación. Casualmente, sus otros hijos se encontraban trabajando en changas. Néstor había heredado la contextura delgada de su padre y la piel más morena de la madre. En las pocas fotos en poder de su familia lo vemos con cara encorvada como el *jasy ra'y*⁵³ que recorre una mandíbula abierta a los costados y se cierra en un mentón chico, redondo, en tanto que unos ojos claros dibujan mucha luz en el rostro. También la voz tranquila y sin quebraduras de Don Castro, quien nos cuenta: “Gracias a Dios tres-nte la iproblema chehegui porque seis oikemo’ã. Tuichavemo’ã la che problema; a lo mejor omanove mba’e chehegui ha oñeinputapa chehegui, ivaivemo’ã la ore situación. Ikaria’y paitéma voi la che familia ha oikotevẽ la yvy”⁵⁴. Néstor Castro no ha salido de Yvypytã más que en una ocasión para ir a trabajar a Salto del Guairá, por quince días. Fue en ese tiempo en que la anterior ocupación, encabezada entonces por el dirigente liberal Leonor Rivas, fue desarticulada y por lo tanto, él, una vez más, tuvo que volver al precario rancho que instalara en el terreno de un vecino. “Ha’e la trabajo ajeno-pe nomba’aposéivoi”⁵⁵, nos cuenta la madre.

En esa madrugada del 15 de junio, el aire fresco prometía secar algo esa humedad que a fines de mayo corroía el hueso y enfermaba a las criaturas y a los más viejos como Don Barrios. El sobrevuelo del helicóptero, que cruzaba de la Hacienda Paraguaya al asentamiento de los colonos brasileros, fue el indicio estruendoso de la inminente presencia de los efectivos policiales. Ese sobrevuelo comandado por el subcomisario Erven Lovera encima de los ocupantes para verificar el territorio en disputa canjeaba el mundo plateado y la brisa fresca del alba por ruido atronador y *malagüero*. Apoderado por la aprehensión de la inexorable tragedia, Néstor Castro sintió escalofrío y se dijo, en palabras dirigidas a sus hermanos menores, Adalberto y Adolfo: “Anike pejepy’apy. Ko yvy ñane mba’e, ndaikatumo’ãi ñanenohẽ ko’águi documento’ÿre”⁵⁶.

Erven bajó del helicóptero y se reunió con el comisario Sanabria. “Todo listo señor”, asumió. Masticaba chicle, se paseaba inquieto, escuchaba indicaciones en movimiento. Desde arriba

52 Hombre de campo.

53 Luna nueva.

54 Gracias a Dios que sólo tres de mis hijos estaban en la ocupación. Pudieron haber sido seis. Si así hubiese sido, sería mucho más grave nuestro problema. Hubiera habido más muertos o imputados. Están grandes mis hijos y necesitan tierra.

55 A él no le gusta trabajar para otros.

56 No se preocupen, esta tierra es nuestra. No pueden sacarnos de acá sin documentos.

había visto a los ocupantes con sus tapabocas, quepis, machetes, foisas y algunas escopetas. Era un puñado que cubría no más de 50 metros. Una línea policial ingresaría por el portón principal, encabezada por los fusileros del GEO; la otra, encabezada por los cascos azules, vendría desde la Hacienda Paraguaya para encerrar a los ocupantes, a dejarlos *mbytetépe*⁵⁷. Qué podrían hacer aquellos con unas escopetas caseras más que huir y luego seguramente velar uno o dos muertos más. Qué importancia tendría un episodio de esas características en la vida de nuestro pueblo, en un mar de padecimientos e impunidades cotidianas mientras la televisión nos muestra cuchilladas entre pobres, quejas de vecinos de los bañados y las villas, nos entretiene con telenovelas de histeria y despliegue de morbo en colalest. Quiénes saldrían a expresar su indignación por dos o tres muertes más de campesinos presentados como peligrosos invasores de la sagrada propiedad latifundista, posiblemente ideologizados y altamente sospechados de ser parte de una conflagración guevarista, chavista, bolivariana... para desestabilizar el hermoso orden de paz y progreso que nos dejara el régimen de Alfredo Stroessner. Al ver que la primera línea de metralleros era acompañada por la montada y un hilo compacto de antimotines con uniforme robocop, Néstor Castro supo que no venían a conversar y el miedo se apoderó de él que, al igual que los más antiguos ocupantes, había decidido que ya no saldría. ¿Por qué tanto absurdo? ¿Cómo era posible que sacaran nuevamente a los campesinos y no a Blas N. Riquelme, usurpador de la propiedad del Estado? *Mba'ére, mba'ére*.

-Hetaiterei hikuái⁵⁸-, le dijo en voz baja a Avelino.

-Hẽ..., upeicha⁵⁹-, respondió Avelino, sin perder la cortedad en su expresión.

-Mba'e jajapóta?⁶⁰

-Japytáta ko'ápe. Opytavaerã ñañemongeta⁶¹.

Adolfo

Adolfo Castro no solo había heredado del padre el ojo algo estirado, la mandíbula en triángulo, la oreja bien abierta y esa piel, aunque trigueña, enrojecida por el sol, también el sueño de procrearse en tierra propia, identidad y sentido de la vida en el campo. Con sus dos hijos menores, a él le parecía que el tiempo de afincarse en terreno suyo ya no debía esperar. En el padre y la madre encontraba un modelo de vida y producción. Vacas que pastan en el horizonte inmediato, cultivos diversos que crecen en la chacra, cerdos y aves de corral que alborotan los ranchos de madera eran señales del intenso trabajo familiar comandado por don Mariano y doña Elida Benítez. Adolfo, con su pareja Ramona Rodríguez (20 años), y sus dos hijos, no debían inventarse el mundo, solo reproducir el clan familiar, el modelo de producción y vida de los padres que, 20 años atrás, ocuparan una parcela de las tierras en Yvypytã. Adolfo

57 En el medio.

58 Son demasiados.

59 Sí, así es.

60 ¿Qué haremos?

61 Quedaremos acá. Deben conversar con nosotros.

era bueno en casi todas las tareas agrícolas y pastoriles, así que la vida en Marina Kue hubiera sido, probablemente, una reproducción muy natural de la finca de sus padres.

Yvypytã es a Marina Kue como el pasto al rocío. Es la prolongación, al otro lado del asfalto, de esos valles de cultivo que bajan por lomas y zanjas al arroyo, recorren un lago y chocan con un barranco que antecede al bosque. Ya en el 2004, la primera comisión vecinal Naranjaty intentó la ampliación de la colonia hacia Marina Kue. La extensión de esa comunidad hacia Marina Kue hubiera sido también la ruptura de ese extenso territorio mecanizado para la producción transgénica, algo que, en el transcurso de las ocupaciones fue tomando cuerpo en la cabeza de Adolfo como una causa necesaria para sostener y ampliar la agricultura familiar. Adolfo ya creció con ese mundo tan disímil: por un lado, los territorios agrícolas familiares en Yvypytã y otros asentamientos y, por el otro, la agricultura empresarial de tractores, silos y pequeños poblados de abastecimiento de esa agricultura que arrasa los bosques, chupa los minerales de la tierra, la vuelve arcillosa y genera una renta de valores imposibles para la agricultura familiar.

Esa mañana, el hijo de Adolfo amaneció en la carpa con el padre. Lo había llevado al campamento el día anterior cuando fue a la casa de sus padres a recoger algo de dinero con el que compró medicamentos para los muchos engripados del campamento. Le dijo a su mujer que se fuera al otro día, temprano, y que llevara a la hija menor, de un poco más de un año, porque habría asistencia médica en las carpas. Nadie esperaba que ocurriera esa tragedia ni remotamente. Adolfo se levantó con la seguridad de que la policía vendría a dialogar con ellos y que, al ver la categórica decisión de los ocupantes de resistir por ese pedazo de pan, volverían sobre sus pasos. Adolfo, al igual que Néstor y Avelino, hartó ya estaba de esa indefinición de ocho años de esa tierra que a todas luces era del Estado y correspondía a la reforma agraria. Harto también estaba de los desalojos, de las imputaciones, de los abusos de los “matones” de Riquelme; en fin, de pasar un calvario extraordinario por exigir algo que les correspondía en derecho y ley. A diferencia de Néstor, Adolfo era de trabajar con cualquier patrón en lo que fuese en el campo agrícola. Bueno en uncir bueyes, arar la tierra, cortar los rollos de madera para el carbón, sembrar y cosechar, él se conseguía dinero para sobrevivir y dar manutención a su familia, afincada en la casa del padre. Pero cada vez se necesitaba más y más dinero para la comida, la luz, el celular, la moto... Entonces, también trabajó esporádicamente con su hermano Adalberto en construcción, en Salto del Guairá, y en cosecha de mandioca en Brasil, hasta que, finalmente, resolvió luchar por su lote en Marina Kue. Ahí y solo ahí quería hacerse de la casa, cuyas tablas, horcones y chapas ya tenía. El padre le había habilitado *ranchearse* en su terreno, pero Adolfo se dijo, les dijo para qué si “aguerekótantevoi la yvy”⁶². Los números de casa paterna ya no cerraban en esos días previos de la masacre. Si bien la cosecha de la mandioca rindió muy bien, Mariano, el padre, se lastimó muy mal la rodilla jugando al fútbol. Además de dejarlo con difícil movilidad para las tareas agrícolas, el accidente le significó una sangría de más de 500.000. Fue entonces que la madre le dijo a Adolfo que fuera otra vez a Salto a conseguir algo de dinero, ya que si se ganara la tierra los hermanos le asegurarían un lote. Pero no. A Adolfo le había picado también el bichito, como cuando la gente quiere comprar un auto o casarse, de asegurarse su terreno, llevar las tablas, los horcones y las chapas conseguidos hasta asentarse en su casa propia. La casa propia. Pero ni Adolfo ni Néstor ni Rubén ni Avelino ni Luciano, nadie, absolutamente nadie, se imaginaba

62 Para qué si tendré, de todas maneras, mi tierra.

ese ejército de desocupación encabezado por fusiles y pistolas ametralladoras de los integrantes del Grupo de Operaciones Especiales. Nadie tampoco imaginaba que habría dos líneas de incursión armada que los dejaría en un *kora*, *mbytetépe*⁶³, y que los policías no pararían, como pensaban, ante la cimbra envuelta con la bandera paraguaya y que, sin mediar diálogo alguno, ordenarían *pesẽ campesino*⁶⁴, y que, desde arriba, desde el helicóptero escucharían *ríndanse campesinos, ríndanse...* Sin protocolos, sin intermediación, sin más, sin más.

Mba'ére, mba'ére⁶⁵

Aquella madrugada, Adolfo se levantó después de haber dormido a piernas sueltas. La información del inminente desalojo lo perturbaba algo, pero no tanto como para inquietarse por la presencia de su hijo de tres años en el campamento. Al enterarse de que los policías ingresaban con pocas ganas de diálogo, a Adolfo le agarró *pirĩ*⁶⁶. Miró al hijo menor entre las mujeres con súbita conmoción.

-Eñatendemína chéve hese⁶⁷-, le dijo a Lucía Agüero. Lucía, espantada, se aferró a esa criatura como si fuera suya.

Para el hijo de Adolfo no sería un día de cazar *tatu'i*⁶⁸ con la trampa preparada por el padre, de seguir senderos del bosque encantado ni de bañarse en el lago, de hacer torta de arena en latas, rebuscarse hojas y ramas secas para el fuego ni de imaginarse a los *póras*⁶⁹ del bosque asustándolo con sus múltiples siluetas sobre la carpa hasta dejarlo tumbado en el sueño al lado del cuerpo protector del padre. De pelo largo, ojos ciruela, piel dorada por el sol, habrá vivido, en un primer momento, ese despliegue de metralas, fusiles, escopetas, machetes, capuchas y estruendo de helicóptero con asombro y fascinación para luego ingresar, sin aviso, sin horario de protección al menor, sin ángeles protectores, a la terrorífica representación de la tragedia humana. En resguardo su hijo con Lucía, Adolfo ingresó con el grupo que iría al frente para intentar frenar la arremetida policial, ahí con Avelino, Fermín Paredes, Néstor Castro, Rubén Villalba...

-Mba'e jajapóta, che hermano?⁷⁰-, le preguntó a Néstor

63 En un brete, en el medio mismo.

64 Salgan campesinos.

65 ¿Por qué, por qué?

66 Escalofrío

67 Atendele, por favor.

68 Armadillo

69 Fantasmas, duendes...

70 ¿Qué haremos, mi hermano?

Néstor, un año mayor, sobreviviente de otras ocupaciones en el mismo lugar, se lo dijo con resolución: “Japytáta ko’ápe, oñe’ëvaerã ñanendive. Kuatia’ÿre ndaikatúi ñanemosẽ”⁷¹.

Adolfo observaba la penetración policial sin desatender el lugar donde había quedado su hijo. Miraba la incursión y doblaba la cabeza para observarlo. Los policías no querían saber nada de nada.

-Pesẽ ko’águi campesino, pesẽ⁷²-, ordenaban Erven Lovera y el oficial Sánchez.

-La okapúrõ kóa nasẽvéima vivo⁷³-, murmuró Don Andrés Riveros, de 67 años, ubicado en el medio mismo del frente campesino, entre los macheteros, con Juan Ramón y Delfín Duarte. Juan Ramón ya no hablaba y Delfín algo intentaba decirle con sus ojos pequeños, tímidos, temblorosos.

Rubén enfrentó a Erven, ambos con pistola en mano. Con el machete ya levantado, Avelino interpelaba a Sánchez: “mba’ère peju péicha, mba’ère? Ko’ápe oĩ kuña ha mitã...”⁷⁴

Los Paredes

A sus 29 años, Fermín Paredes no solo había criado una panza protuberante, engordado los pómulos y el mentón, también había aprendido que, sin lucha, era imposible conseguir sus diez hectáreas para asentarse con su pareja y sus dos hijos. Andaba Fermín con la idea de que no era completo en la casa de sus suegros, donde ganaba algo de dinero con la gomería, criaba sus animales y sembraba los alimentos. Andaba por esos senderos de descifrar la necesidad real de la tierra, el valor de ésta en la integridad del hombre del campo y la necesaria disputa por conseguirla. “Ñande túa kuéra yma ñorairõhápenste voi oconseguí va’ekue la yvy”⁷⁵, decía, se decía, cuando se le interpelaba porqué seguir en la ocupación, porqué no ocuparse nomás de conseguir más dinero en la gomería y otros trabajos para los que él era bueno. Cuando la suegra, doña Catalina Ramírez, lo interpelaba, él zafaba con la idea ya muy extendida de que, si no hacían algo, los brasileros “ñanemosẽmbátantevoi ko’águi”⁷⁶. Así decía, reconoce la suegra, una mujer guapa, amable, que quedara, luego de la masacre de Marina Kue, cambiando cubiertas, ajustando frenos y arreglando tensores de motos en Yvypytã.

Ya es pleno verano en Yvypytã. Y, aunque los pobladores usan el calor de código común de diálogo, la brisa de los montes y los arroyos trae un alivio a las almas que en Asunción no se compara ni con una bien fría. Macateros y vendedores de helados se cruzan en esa larga calle de tierra roja, arenosa en algunas partes, y fangosa en sus tramos laterales por las recientes lluvias. Si bien en Yvypytã hubo una primera gran incursión de la agricultura mecanizada con

71 Quedaremos acá. Deben conversar con nosotros. No pueden echarnos sin documentos.

72 Salgan de acá, campesinos. Salgan.

73 Si estalla la cosa acá, yo no saldré vivo.

74 ¿Por qué vienen así? ¿Por qué? Acá hay mujeres y criaturas.

75 Nuestros padres ganaron la tierra luchando por ella.

76 Nos sacará de todas maneras.

la compra de derecheras a los costados del asfalto principal, fue en Marina Kue, rodeado por los transgénicos, donde Fermín Paredes entendió más claramente el cuadro de disputa territorial entre el modo de producción campesina y el de las máquinas. Fue así que en la última conversación con la suegra, Fermín le dijo, como intentando cerrar la discusión sobre el tema, que los brasileros “ojogupáta hikuái la yvy o ñane mbohasypáta veneno-pe”⁷⁷. “Ha mba’ éiko che ha’evéta chupe, idecido voi pe karia’y”⁷⁸, comenta doña Catalina Ramírez, con unos ojitos brillosos, una sonrisa en el rostro, una fuerza en la voz y unos gestos juveniles que la alejan de cualquier sospecha sobre la cantidad de hijos engendrados: once.

Luego de cumplir los dos con la confirmación en la ceremonia anual que la curia desarrolla en Yvypytã, Fermín andaba en trámite de casamiento con Blanca. Qué buen regalo de casamiento hubieran sido esas diez hectáreas de Marina Kue y qué orgulloso se hubiera sentido Fermín de haber cumplido con todos los trámites de familia ya en tierra conquistada.

-Vaka rendaguãko la ofaltava’ekue oréve-⁷⁹, nos cuenta Blanca, despacio, casi susurrando, en tanto que su hijo menor, de ojos *para*, celeste moteado, revuelve un cubo de madera y a cada rato repele la presencia de las gallinas. Blanca muestra las fotos de Fermín encima de una veintena de rollos de madera, en un aserradero; de Fermín, en la gomería de la ciudad; de Fermín, joven, mostrando su torso bien marcado en un el balneario de Curuguaty en esos tiempos de amores juveniles; de Fermín actual más abierto en los laterales, la panza pronunciada y unos ojos claros pintados de miel. Aquella alborada del 15 de junio de 2012, Fermín Paredes y su hermano Luis se sumaron al frente campesino al lado primero de Avelino, y luego detrás, cuando Avelino Espínola se adelantó para enfrentar la incursión determinante de los oficiales Erven Lovera y Oscar Sánchez.

-Hetaiterei hikuái-⁸⁰, le dijo su hermano Luis, al ver la línea armada que se desplazaba como un gran gusano de comparsa china cuya cola no se dejaba ver desde el campamento campesino.

-Mba’e jajapóta?-⁸¹, preguntó Fermín a Avelino.

-Ñaha’arõta chupe kuéra, oñemongetavaerã ñanendive-⁸², respondió Avelino.

Rosa María

Aquella madrugada del 15 de junio, Rosa María recogió viruta para el fuego. Sentada en sus piernas, ubicó los tres ladrillos de canto y prendió con empeño la leña humedecida al lado de la carpa donde acampaba con su compañero desde hacía un mes. Unas hojitas de salvia y

77 Los brasileros comprarán todas las tierras o nos enfermarán con los venenos.

78 Y qué le iba a decir, era un hombre decidido.

79 Lugar para las vacas era lo que nos faltaba.

80 Son demasiados.

81 ¿Qué haremos?

82 Los esperaremos. Deben conversar con nosotros.

*amba'y*⁸³ esparció en el agua hervida para el mate. Alrededor relumbraba el fuego de otras leñas y las estrellas aparecían todavía como al alcance de las manos. El viento del día anterior había limpiado algo el aire infectado de aquel junio lluvioso más no había logrado aliviar las molestias en los huesos y en las vías respiratorias con las que Rosa María sobrevivía como sino inapelable de su reluciente pobreza.

-Epu'ãma, jakai'u-⁸⁴, le dijo a Juan Ramón, amodorrado en el colchón de espuma dentro de la carpa. Juan Ramón se despezó con un enorme bostezo. En tanto se ubicaba el quepis, tomó unos ladrillos calcinados para sentarse alrededor de la fogata. El sumo de salvia y *amba'y* penetraba el aire del lugar hasta confundirse en una atmósfera total. Por el pico de la pava salían el humo vaporoso y un silbido: el mate está listo. Estrellas rutilantes y una media luna proyectaban claroscurios en la laguna, en tanto que las nubes en el horizonte parecían un panel de colores intensos. Entre sorbos del *ka'ay*⁸⁵, Rosa María recogió dos huevos caseros, rescató harina y el aceite para preparar el *reviro*, el desayuno de rutina de la ocupación.

-Mba'e jajapóta la ourõ la desalojo?⁸⁶-, preguntó Rosa María.

-Mba'eve⁸⁷-, respondió Juan Ramón.

-Ah... che akyhyje⁸⁸-, murmuró Rosa María al sorber con la boca bien abierta la infusión hervida.

-Mba'ere rekyhyjéta. Ko yvy ñane mba'éma, he'i chéve kuehe Don Avelino. Ha'e oikuaa la he'íva⁸⁹-, ensayó Juan Ramón, atizando la fogata con una tacuarilla.

-Kuehe guivéma oĩ la policía, heta hikuái ahendu oje'e⁹⁰-, manifestó Rosa María al romper el huevo contra la paila ennegrecida.

-Oimevaerã upéicha, pero ndoguerékói hikuái la kuation. Ndaikatúi ñanemose⁹¹-, afirmó con énfasis Juan Ramón, como queriendo cerrar la conversación sobre el tema.

-Ndépa ere, che karai⁹²-, retomó Rosa María, mezclando el huevo con la harina.

83 Planta medicinal buena para los bronquios.

84 Levantate, **mi Don**, tomemos el mate.

85 Mate

86 ¿Qué haremos si viene el desalojo?

87 Nada

88 Yo tengo miedo.

89 De qué, esta tierra ya es nuestra, me dijo Avelino. El sabe lo que dice.

90 Desde ayer están los policías. Son demasiados, según escuché.

91 Así debe ser, pero no tienen documentos. No pueden echarnos.

92 ¿Vos decís?

-Che ha'e ndéve, Rosa. Ani rekyhyje⁹³.

Con Juan Ramón, Rosa María había reaprendido a hablar en silencio o con frases cortas o monosilábicas en ese reencuentro con el mundo campesino luego de más de 20 años de malvivir en Bañado Sur criando sus tres hijos con el apoyo de su madre. Juan Ramón en vano intentó sobrevivir en la ciudad luego de vender sus dos hectáreas a un sojero brasilero que estaba comprando parcelas en Pindo, Yasy Cañy. Con Rosa María se conocían desde niños, pero ella, como la mayoría de las jóvenes del campo, fue a la ciudad a aconchabarse de empleada doméstica en busca de un poco de dinero para ayudar a su familia y también en busca de un poco más de libertad. Cuando a Juan Ramón se le ocurrió vender su tierra, en su cabeza rebrotó la imagen de esa mujer que, adolescente, se le escapara de las manos quedando él deletreando versos de *purahéi jahe'o*⁹⁴. Por caminos nauseabundos, en la ribera de la ciudad la encontró con tres criaturas en una casita de madera y cartón. En Asunción, él, literalmente, no se hallaba. El dinero de la venta de su parcela se le escurría por un tubo y ese paisaje de chicos reventados por el crack, de policías extorsionando a la gente, familias enteras que se rebuscaban en la basura para sobrevivir lo deprimía profundamente.

-Ha jahárõ chendive⁹⁵-, le sondeó una mañana a su mujer.

-Moõpiko, che karai⁹⁶.

-Ha campo-pe. Che hermano o conseguita chéve peteĩ sitio⁹⁷.

-Mba'éiko jajapóta sitiope?⁹⁸

-Upépe jahecháta. Ikatúko ña conseguí yvy porã Marina Kue-pe. Upeáko yvy fiscal⁹⁹.

-Ah..., jahecháta¹⁰⁰...

Pasados los días, Rosa María veía a su hombre cada vez más deprimido y cada vez más decidido a retornar al campo, con o sin ella.

-Ojagarra chupe umi vy'a'y icachopáva. Noñe'ẽ véi, sa'íma okaru ha oñepurõtama ho'u avei la iróva¹⁰¹-, comenta durante la entrevista.

93 Yo te digo, no tengas miedo.

94 Música popular de campo. Literalmente: Lamento musical.

95 ¿Y si te vas conmigo?

96 Dónde, mi don.

97 Al campo. Mi hermano me conseguirá un sitio (sitio es el lugar del rancho, sin las tierras para cultivar).

98 ¿Qué haremos en un sitio?

99 Ahí veremos. Podemos conseguir buena tierra en Marina Kue. Esa es tierra fiscal.

100 Veremos

101 Le agarró una gran tristeza. No hablaba, comía poco y ya le daba al trago amargo.

-Ha ijargelséma avei¹⁰²-, suelta, entre risas, y mirándolo. Juan Ramón, callado, nervioso, se frota las manos alargadas sobre el pantalón deshilado y desteñido con el que malvive en su refugio. Es flaco y alto, el cuello alargado, los pómulos altos y la piel muy ceñida a la mandíbula. Rosa María no quería perder a ese hombre que no le había pedido cuentas de su pasado. Le indagó a la madre la posibilidad de encargarse de sus hijos. La madre, mujer todavía fuerte, y que, según ella, le debía mucho a su hija por haberla recogido en la ciudad luego de la muerte de su esposo, le dijo: “kuimba’e trabajador ko ha’e, ha buena gente ojekuaa hese. Mba’éiko la reperdevétava”¹⁰³. A sus 38 años, Rosa María encomendó a sus tres hijos con la madre y se lanzó a la aventura. Hijo de un antiguo asentado, heredero de dos hectáreas que él luego las vendió, era la primera vez que Juan Ramón, de 37 años, estaba en una ocupación. Solo unos pocos días habitó la casita que su hermano le prestó de regreso. Un mes antes de la masacre, con su pareja se metió en el campamento. Estaba muy tranquilo porque Avelino Espínola, hombre recto, de palabra y decidido, le había asegurado que sin documentos era imposible que esta vez lo echaran del lugar.

-Ndépa ere, Don Avelino?¹⁰⁴-, le había indagado aquella vez.

-Che ha’e ndéve¹⁰⁵-, respondió Avelino Espínola, con esa determinación aparentemente irrefutable que le había granjeado la fama de hombre rudo con el que mejor no meterse si no ha de responderse *como hombre*. Juan Ramón y Rosa María pensaban que una vez asentados en un rancho y una chacra de 10 hectáreas, reorganizarían un hogar lejos de aquel terreno fangoso en el que las criaturas crecían expuestas a enfermedades y demás peligros del malvivir. “Amo (en Asunción) enterove mba’e jajogua, hendy hína upépe”¹⁰⁶, comenta durante la entrevista. María Rosa, piel cobre, cadera ampulosa, rostro encajado en el hombro casi sin escalas, descubre un enorme ojo al revivir la masacre en el campo: “Ore ndorokyhyjeietevoi. Si oje’e oréve outaha hikuái oñemongeta haguãnte...”¹⁰⁷

“Mañiko oimo’ãta la oiko va’ekue orerehe”¹⁰⁸, interrumpe Juan Ramón, pasándose la mano por la frente y removiéndose los pies encima de una sandalia de suela maltrecha. Y con los ojos crispados de rabia, rememora: “Ha’ekuéra la Ñandejáragui ndoikuaaséi mba’eve. La ojapóva hikuái ha’e saqueo ha muerte. Ojovái oike, oñemboty orerehe. Ja’e voi la osalvaha la gente”¹⁰⁹. Juan Ramón acomodó el quepis, se puso el tapabocas y se acopló al frente campesino que esperaba, unos metros antes del puente, la lenta pero inexorable incursión policial. Desarmado, se ubicó detrás de Avelino Espínola, Fermín Paredes y Néstor Castro. Al

102 Y se le antojaba estar mal humorado.

103 Es un hombre trabajador y se le nota buena gente. Qué podés perder más.

104 ¿Vos decís, don Avelino?

105 Yo te digo.

106 Allá, en Asunción, todo se compra. Está muy mal la cosa allá.

107 Nosotros no teníamos para nada miedo, si se nos dijo que vendrían (los policías) únicamente para hablar.

108 Quién podría creer lo que nos sucedió.

109 Ellos nada querían saber. Lo que con nosotros hicieron es saqueo y muerte. Decir que la gente se salvó.

lado, Delfín Duarte, su antiguo compañero de *marisqueada*, también desarmado, lo miró asustado.

Delfín Duarte

A sus 57 años, Delfín Duarte, nacido en Quiquyo, y emigrado a Carro Cue hacía años, estaba también participando por primera vez en una ocupación, acompañado de su hijastro Francisco Ayala, en busca de una tierra esta vez para él. Para él que enviudó de una mujer con la que tuvo varios hijos y que luego se juntó con Lidia Ayala González, de nueve hijos, en la casa de ella. Delfín había criado a toda su prole en la finca que ganara su padre en esa migración hacia Canindeyú, 25 años atrás. Si bien crió a sus hijos en el terreno originalmente del padre, solo cuando enviudó y fue a vivir a Brítez Cue con su nueva pareja se sintió incompleto y se lanzó a aquella aventura.

-La yvy'ỹreiko mba'e ñande?¹¹⁰-, preguntó-reflexionó con Juan Ramón. Este le respondió: "mba'eve"¹¹¹. Ensayaban *mboka ñuha* (trampa escopeta) contra los *tatu*, *tapiti* y *apere'a*¹¹² del bosque de Marina Kue. Con Juan Ramón se sentía muy bien porque, entre otras cuestiones, una historia parecida los unía: Juan Ramón se había juntado con una mujer de tres hijos y Delfín con una de nueve hijos y ambos no tenían un pedazo de tierra. Casi todos los días penetraban el bosque de Marina Kue a cazar bichos de comer para ayudar a la precaria manutención del campamento.

-La yvy ko ñande existencia¹¹³-, pensó y pronunció Delfín, ya de regreso al campamento.

-Upéicha¹¹⁴-, contestó Juan Ramón.

Aquella alborada del 15 de junio, Delfín se asustó de tanta movilización en la ruta asfaltada. Salvo en las películas de Hollywood, jamás vio un operativo policial de esa dimensión. Y el sobrevuelo bajo del helicóptero encima del campamento le herizó la piel.

-Hetaiteréi ou hikuái¹¹⁵-, comentó Delfín.

-Upéicha¹¹⁶-, asintió Juan Ramón.

-Mba'e jajapóta?¹¹⁷

110 Sin tierra, qué somos nosotros.

111 Nada

112 Armadillo y liebres.

113 La tierra es nuestra existencia.

114 Así es.

115 Son demasiados.

116 Así es.

117 ¿Qué haremos?

-Ñaha'arõta ko'ápe. Opytáne oñemongeta hikuái lo mitãndi¹¹⁸-, le dijo, apropiándose de las palabras de Avelino. Avelino les reiteró, como tratando de relajar la alta tensión: “oñe'ëvaerã ñanendive, ndaikatúi ñanemosẽ hikuái kuation'ỹre”¹¹⁹.

Pero los policías no quedaron en el puente. Desandaron la cimbra, arrancaron la bandera paraguaya y avanzaron con resolución.

-Ndoikuaaséi hikuái mba'eve-, se repite Juan Ramón. Ha'ete vaicha ndaha'éiva hikuái cristiano¹²⁰.

Avelino salió al paso del oficial Sánchez. -Epyta. Ndovaléi pe atropella, ore paraguay, oĩ ko'ápe mitã ha kuña¹²¹-, dijo.

-Peñe entrega, campesino¹²²-, respondió Sánchez, llevando los brazos hacia Avelino.

Avelino se sacudió y llevó la mano derecha hacia su machete. Lo desenfundó.

-Epyta ha'éma ndéve¹²³-, reiteró Avelino con el machete levantado.

¿Dónde estás Rubén?

VQ tiene un ojo inútil. Con el otro debe acercarse a centímetros de la cara el celular para observar sus mensajes, los que responde a tacto puro de ese aparato que se metió en nuestras vidas sin permiso, sin condición y aparentemente sin remedio. Aun con esas dificultades, consecuencias de torturas, se ha creado un método de escudriñar este mundo, el campo y la ciudad, de un lugar a otro, ya sea tramitando expedientes en ese laberinto de burocracia, chicanas y procedimientos venales del Indert o, un poco antes, tramitando fondos, transporte y traslado de personas con problemas de vista a Venezuela. Una vez enfocado, es una persona amable, sonríe gratamente y recorre su vida con orgullo. Es de esos hombres que creen que en su vida han hecho siempre lo correcto, con orgullo austero y frugal de pertenecer a esa estirpe de luchadores sociales anónimos que socorren en las desventuras cotidianas a su gente. El es nuestro primer contacto en esa idea de entrevistar a Rubén Villalba. VQ nos esperaba desde las cinco de la mañana en la Terminal de Curuguaty pensando que nos iríamos por la ruta 3, con el colectivo de las doce de la noche, por donde a Curuguaty se llega en cuatro horas y media, aproximadamente. Fuimos por Oviedo, con el colectivo de las dos de la madrugada, y llegamos cerca de las nueve de la mañana. Sin más trámites abordamos un taxi. A la salida de Curuguaty, paramos a recoger a RV, con su bebé en brazo. No lo sabríamos sino hasta el término del viaje que era la pareja de Rubén y el bebé, hijo de éste, y que ambos también

118 Aquí los esperaremos. Deben quedar a conversar con la gente.

119 Deben conversar con nosotros. No pueden echarnos de aquí sin documentos.

120 No querían saber nada de nada, como si no fueran cristianos.

121 Quédense. No vale atropellar. Somos paraguayos, con nosotros hay mujeres y niños.

122 Entreguense, campesinos.

123 Quedate, te he dicho.

estuvieron durante la masacre del 15 de junio. El bebé estaba dormido entre las mamas de esa mujer joven, de sonrisa tímida y ese aire de inocencia tan particular del mundo campesino. En ella no se sentía la incomodidad que yo sentía por el silencio profundo al que sin acordar habíamos abordado en el viaje. VQ interpretó muy bien el papel de no conocer a RV, a la que cortésmente, al verla con el chico en brazo en una parada de colectivo, la invitó a subir al taxi. Ella era de por sí de poco hablar, de asumir las cosas como vienen. Pero VQ, con su cara rechoncha, su panza bien ganada y un humor socarrón, lejos de ser parco, silencioso, resultaría ameno, lleno de anécdotas y experiencias reconfortantes. A poco de salir de Curuguaty nos encontramos con una extendida línea de territorio mecanizado, los silos de ADM, Cargil, Bunge y otras empresas transnacionales. Era la primera vez que ingresaría por tierra en esos territorios. La última vez un percance aéreo forzó un aterrizaje en el enorme cuartel de Curuguaty, a la entrada misma de la ciudad. Aquella vez, en 1994, nos dirigíamos en una avioneta del senador Alfredo Jaegli a Villa Ygatymi para intervenir en una disputa de tierra. Aunque poco creíble, Jaegli era entonces presidente de la comisión de Reforma Agraria del Senado paraguayo. Con el fusil apuntando a aquel monomotor, un comando del ejército nos recibió. Ya en ese tiempo, los antiguos territorios selváticos de Canindeyu se talaban desafortadamente para la extensión de la ganadería y la producción sojera. No era buena señal ni agradable compañía ver esa devastación desde la avioneta. Al advertir la presencia de la policía caminera, el chofer del taxi en que viajábamos en la búsqueda de Rubén disminuyó la velocidad y cortésmente saludó la presencia de dos hombres uniformados recostados en una camioneta amarilla, *donada por Cargil*, según constaba en los dos lados del auto. A unos 35 kilómetros de Curuguaty, Vidal nos hizo una seña hacia la derecha, una seña que dirigió nuestra mirada hacia unas banderas negras y azules, rojas y blancas y un panel de fotos de los muertos en la masacre de Marina Kue. En un tramo corto de dicho lugar, ingresamos por un empedrado que recorre unas precarias casitas de madera, en un territorio aplanado del que brotaban pequeñitas plantas recientemente trabajadas. A unos metros de ahí VQ mandó parar el taxi y nos dijo: “*peguejy ko’ápe*”. Con el mismo taxi, VQ regresó a Curuguaty y luego abordó, sabríamos después, un colectivo a Asunción para continuar con los trámites de regularización de esas tierras que la comunidad de Pindo, Yasy Kañy, recuperó de las plantaciones de semillas transgénicas. En la precaria casa de madera nos recibió otro señor con un ojo descentrado, las uñas gruesas, tanto de las manos como de los pies, la piel polvo moreno, dura, una zapatilla de suela y una vestimenta completamente ennegrecida. Desde ese lugar se veía el extenso territorio mecanizado, de fondo el bosque de 900 hectáreas y una casita, paisaje parcial del escenario de la matanza. Don Leú tenía rostro de saber mucho de aquella masacre, pero nuestro objetivo era entrevistar a Rubén Villalba, el hombre que supuestamente encabezó el grupo de resistencia campesina, el más buscado por la policía. No solo tenía la mirada de saber mucho; Don Leú sabía, realmente, mucho. Al cerciorarse de que no nos habían seguido, envió un mensaje por celular. Y luego otro. Habían pasado casi dos horas de nuestra llegada. La avalancha de los hijos y nietos de Don Leú, con sus sonrisas, su desnudez y esa curiosidad tímida al principio de ver caras nuevas, pero con una alegría inmensa en el rostro, nos recordaba y nos recuerda que el mundo es todavía un territorio en disputa.

-Areko once mitã¹²⁴-, contó Don Leú. Ko’ãva la michĩvéva, upéi tuichapáma hikuái¹²⁵.

124 Tenemos once hijos.

-Ha umi otro kuéra moõ oĩ-¹²⁶, pregunté

-Pindope (asentamiento de Yasy Kañy) opyta hikuái¹²⁷.

-Ah...-, respondí.

Desde que llegamos al lugar, RV se refugió en el interior de la casita de madera. Pensábamos con mi compañera de tareas que esa casita de precarias maderas era su destino y que el nuestro no estaba tan lejos de aquel valle recientemente recuperado de los sojales. Estábamos equivocados. Con nuestro nuevo chofer recorrimos varios asentamientos de esa ruta empedrada, tal vez una de las más pobladas de todo Curuguaty, de una comunidad tras otra con sus cultivos, sus casas de maderas, sus aves de corral, sus árboles, sus animales domésticos, sus chacras y muchos hornos de procesar carbón, la primera producción de renta de la zona. De esas comunidades eran la mayoría de los ocupantes de Marina Kue durante el ilegal desalojo producido el 15 de junio. Yvypytã, Carro Cue y Britez Cue.

Al término del largo empedrado, el chofer paró en una casa amable, llena de gente, con una matrona que nos sirvió el tereré y jóvenes que hablaban del clima, de la humedad luego de la lluvia; en fin, gente que intentaba mostrarse amigos de una visita de rutina. Del tema nadie hablaba, aunque nuestro baqueano chofer no dejaba de mirar hacia el nutrido almacén de la esquina, no dejaba de intentar reconocer a los pasajeros de las motos y de hacer señas a algunos hombres jóvenes que iban y venían con sus bicicletas para asegurarse de que hasta ahí no nos habían seguido. Sin saberlo, estábamos ingresando en un territorio imputado por homicidio, invasión de propiedad y otros tantos presuntos delitos, imputación que recaía en gente muy joven que se expondría a más de 20 años de prisión a juzgar por la ferocidad de la acusación. Qué podrían esperar estos humildes labriegos del monstruoso enredo jurídico si la masacre fue utilizada para destituir a un presidente elegido por el 43 por ciento de la población. Presentados en esos días de la masacre en los noticieros como malvados campesinos que mataron a indefensos policías, qué otro destino les esperaría sino la larga prisión. Al rato estacionaron tres motos al mismo tiempo en la casa. Tres hombres jóvenes, de 20 años aproximadamente, saludaron desde las motos, preguntaron cosas de rutina, miraron alrededor, y uno de ellos, sonriendo, nos dijo: “jaha”. En el camino ya completamente de tierra arenosa, se cruzaban jóvenes en moto haciendo señas a nuestros conductores que manejaban como si estuvieran en la carretera con destino del aeropuerto Silvio Petirossi. Dejando atrás la última casita de madera de aquellos asentamientos conquistados por familias llegadas de distintos lugares del país, nos internamos en la planicie más arcillosa del Mbarakayu adonde llegamos, por fin, junto a Rubén Villalba. Por primera vez hablaría con periodistas y se encontraría con su hijo y su mujer. Cómo describir el estado en que encontramos a Rubén, de ojos crispados y cansados seguramente por la vigilia y la memoria estrellada de la masacre y de esos días de humedad y gripes en el campamento de Marina Kue. Cómo describir esos silencios en ese rostro polvo moreno, una mirada profunda y a la vez esquiva y un alma a punto siempre de explotar en lágrimas, permanentemente contenida por su condición de campesino y líder. Cómo describir esa mirada que cruzaba una línea gigantesca de monte, recuerdo de un pasado

125 Estos son los más chicos, los demás son todos grandes.

126 Y los demás, ¿dónde están?

127 En Pindo quedaron.

no tan lejano de todo el departamento de Canindeyú, parte del entonces inmenso Bosque Atlántico. No, Rubén jamás se imaginó aquel desenlace. Se había preparado para resistir la embestida policial, pero nunca pasó por su cabeza la dimensión de aquel operativo policial. “Anivéma jaiko ñañesũhápe. Hetaitereíma oje-jugá ñanderehe”¹²⁸, había dicho al grupo de jóvenes que lo acompañaba en el campamento en esos días en que se preparaban políticamente para resistir. Al ver que los policías destrozaban la bandera paraguaya y echaban por tierra todo lo que a su paso encontraban, Rubén tuvo un presentimiento escalofriante.

-Tapehopa campamentope, hetaiteréi hikuái¹²⁹-, le ordenó a RV, presagiando seguramente una acción de locura. RV apretó fuerte a su bebé y emprendió con otras mujeres y niños la retirada hacia el campamento.

Los ocupantes esperaron a los policías a unos tres metros de la barrera improvisada con sus tapabocas, sus quepis, sus machetes, sus foisas y unas cuantas escopetas y rifles.

-Mba’e jajapóta?¹³⁰-, insistió Néstor Castro a Avelino.

-Ha ñaha’arõta chupekuéra-, reiteró Avelino. -Oñemongeta vaerã ñanendive. Ndaikatúi kuation’ỹre ñanemombo ko’águi¹³¹.

Avelino tenía un machetillo en la funda y en la mano izquierda una hondita de cazar pájaros y liebres.

-Ko’ãa añamemby ndo respetái voi mba’ëve¹³²-, escupió Avelino al ver que Erven Lovera, con las manos extendidas, se dirigía directamente a ellos diciéndoles *pesẽ ko’águi, campesino, pesẽ ko’águi*¹³³.

Avelino enfrentó al ayudante de Lovera y Rubén Villalba al comandante.

-Epyta, oficial, epyta¹³⁴-, dijo Avelino, desenfundando el machete.

La bandera

Es un 15 de octubre, cuatro meses de la tragedia. Por el espanto, por temor a lo que llaman matones o por respeto al campo regado de muerte, los familiares de las víctimas de la matanza no habían ingresado a Marina Kue. El capital, sin embargo, no tiene temor de negociar con fantasmas: apenas la policía dejó de sitiar el terreno, los tractores descargaron semillas

128 No vivamos más de rodillas. Ya demasiado jugaron con nosotros.

129 Vayan todos al campamento. Son demasiados.

130 ¿Qué haremos?

131 Los esperaremos. Deben conversar con nosotros. No pueden sin documentos echarnos.

132 Estos hijos del demonio nada respetan.

133 Salgan campesinos, salgan.

134 Quédese, oficial, quédese.

transgénicas. Ese 15 de octubre, a la mañana, unas cincuenta personas ingresaron hasta el campamento destruido para rezar por sus muertos. A la tarde, con María Estela Olmedo, madre de tres jóvenes imputados por la masacre, y dos baqueanos más, cruzamos por un angosto caminito el territorio descampado, nos internamos en el raleado follaje que recorre el arroyito, desviste el lago y choca contra el barranco. Nos reciben aquella madera corva con la andrajosa bandera paraguaya, un cocotero de pocas espinas lleno de agujeros de balas de la policía, la casita que los ocupantes utilizaban de depósito, hules negros de las carpas desgarrados por el sol, las lluvias, el destrozo policial y un inmenso silencio. María Estela, mujer de hablar, de concebir las cosas, de tener para todo una respuesta, queda muda y su mirada recorre un mundo extraño, fantasmal tal vez. Ella conoce los mínimos resquicios de ese campamento en los que urgó días y noches acompañando a sus tres hijos con la esperanza de recrear la historia familiar en tierra propia, ayudando a sanar enfermos de gripe, diarrea y achaques del cuerpo estropeado. El cocotero regado de balas no solo salvó la vida de Alcides Ramírez que, ya en prisión, se declarara en huelga de hambre al igual que cuatro imputados más, sino que, también, un poco antes, habría servido de resguardo de un hombre, muy buen tirador, que descargó la mayor parte de su rifle de 18 tiros, desde una lomadita, escondido en el pastizal. Desde ese lugar, con sus descargas, los campesinos que no cayeron inmediatamente en la primera balacera policial habrían ganado unos segundos en la protección de la huida y luego, en la retirada, ya protegido por el cocotero, aquel hombre habría descargado las últimas balas. “Ha’e ojapopaité. Hese’ÿre hetaitéve ojejukamo’ã la oreirũ kuéra”¹³⁵, nos relata una persona muy cercana a los episodios de la masacre, en voz apenas audible, como si el universo fuera una enorme caja de resonancia.

Un imponente sol

Hay una luz intensa en el rancho producida por el fogón. En una olla ennegrecida, la carne machacada, el ajo, la cebolla, la papa y el orégano se cocinan a fuego rápido. El bife *koygua* para la cena está casi a punto. La luz del fuego alumbra su cara redonda, su dentadura blanca, sus ojos negros, esquivos. No deja de remover con el dedo gordo de sus pies la tierra apisonada del rancho. Se lo ve y se lo siente exaltado, fatigado, con sus terminaciones nerviosas muy desgastadas. No ha dormido bien en los últimos dos meses. Lo asaltan por las noches caballos salvajes que lo destrozan, helicópteros que inundan bombas, espantos de criaturas, ejecución de heridos, gusanos en su cuerpo apilonado con otros en fosas comunes. Desde la tragedia, Alberto se ha ganado un revólver en la cintura y ha perdido abruptamente la ilusión. Aprendió a desconfiar, a imaginarse a cualquier extraño como potencial delator; es decir, como enemigo. Así me mira. Se entiende, quién puede confiar en un periodista. Le propongo un trato: sin grabadora, sin testigos y dónde él se sienta más seguro.

-Hakúma ko’ápe, jahána amo¹³⁶-, me dice, y me muestra otro rancho al que nos dirigimos con una lámpara en la mano. Es un granero desierto con un catre de tejido de suela y un colchón esponja.

135 El hizo todito. Sin él, hubieran matado más campesinos.

136 Hace calor acá. Vamos allá.

-Ko'ápe che ake¹³⁷-, comenta. En el rancho reluce un afiche de un grupo musical y una escopeta cuelga de un gancho. Le extiende un cigarrillo, él agradece el gesto, pero saca un Kentucky.

-Ko'árupi hasy retopahaguã otra marca¹³⁸-, comenta. Queda todo en silencio. La luz de la lámpara lo deja pálido y lo devala mucho más blanco de lo que me imaginaba, con unas ojeras muy pronunciadas para su edad.

-Ko'ápe opyta kuri pe ore socio¹³⁹-, me dice, mostrándome el colchón.

-Ah...-, respondo, sin pronunciar el nombre. En las entrevistas con los refugiados me iría acostumbrando a que Rubén apareciera de repente con esos apelativos: "ore socio", "pe ojehekáva", "pe tipo"¹⁴⁰. Alberto no tenía más de dos años cuando emigró de Caaguazú, con su madre a aquel asentamiento que levantaron los primeros ocupantes a fuerza de trabajo y organización. No fue fácil reducir la exuberante floresta a la vida campesina; de los 10 hombres de la comunidad caaguaceña lanzados a la lucha en esas tierras selváticas, solo tres quedaron, entre ellos su padre, quien, en un año y medio, pudo terminar un rancho mínimo, recoger los primeros frutos de su chacra y, en consecuencia, llevar a su familia a recrearse en un mundo donde todo, exactamente todo, para ellos, sería fundacional. Aunque sospecho que necesita sacar afuera lo que adentro lo devora, siento que lo vulnero demasiado y que lo expongo por demás. Entonces, un silencio escalofriante inunda el espacio. Alberto mira abajo, garabatea en el suelo, se acomoda y reacomoda el quepis. Parece que nada puede contenerlo. Aquel 15 de junio de 2012, Alberto, con su tapabocas, su quepis y una escopeta que temblaba en las manos, se integró a la línea de defensa de la ocupación por detrás de Rubén Villalba. Sin escopetas ni machete, un hermano menor se acomodó bastante atrás. En Marina Kue, Alberto se inauguraba como ocupante. Arrastró a su hermano menor que también quería un terreno para hacerse "hombre". "Orekóma avei pérupi la ichonga"¹⁴¹, comenta en un súbito relajamiento, para luego observar de nuevo una actitud grave, nerviosa, vigilante. Alberto, ubicado detrás de Rubén Villalba, vio cuando el subcomisario Lovera avanzaba y que atrás de él los fusileros del GEO apuntaban en posición de asalto.

-Mba'ére peju péicha, oĩ heta mitã ha kuña orendive¹⁴²-, escuchó Alberto de boca de Rubén.

-Pesẽ ko'águi, campesino, pesẽ ko'águi¹⁴³-, voceaban Lovera y el oficial Sánchez.

137 Aquí yo duermo.

138 Aquí es difícil encontrar otra marca.

139 Aquí se había quedado nuestro socio.

140 Nuestro socio, el buscado, ese tipo.

141 Ya tiene también por ahí una novia.

142 Por qué vienen así. Hay niños y mujeres con nosotros.

143 Salgan campesinos, salgan.

-Ore paraguayo, ore paraguayo¹⁴⁴-, gritó Alberto. Ore paraguayo, ore paraguayo, repitieron otros. Tembiguái, tembiguái¹⁴⁵, corearon, además. Alberto vio cuando Lovera, con su revólver en la mano, quiso desarmar a Rubén. Vio cuando Rubén lo agarró del tirante de su chaqueta camuflada. Escuchó un disparo, otro, escuchó decir *Ho'a Pindu, Ho'a Fermín*¹⁴⁶, escuchó, escuchó, y ya no cabía en sí; él ahí, con sus años nuevos, sus músculos fibrosos y una escopeta; en frente Rubén forcejeando con Lovera y los fusileros en posición de tiro. Él, ahí, todo temblor, descargó su único tiro y se echó a rodar por el pastizal hacia el arroyo, mientras el universo pintaba en el Este un sol imponente como en las postales chinas. Al levantar el machete Avelino, un disparo de la primera línea policial, armada con Galil, fusil ametrallador y MP5, pequeño fusil ametrallador, lo derrumbó sin amparo. Otro disparo, inmediato, echó a Fermín Paredes. Todas las fichas estaban echadas. Un 38 de 9mm niquelado sudaba en las manos de Villalba, que forcejeaba con el comandante de la operación, Erven Lovera y a este le quemaba su revólver. La reacción campesina se produjo en el segundo disparo y en muchos casos fue certera. Los que pudieron disparar lo hicieron y corrieron. Los que no, cayeron ahí, en el frente, con sus escopetas y sus machetes. Una bala en la cabeza derrumbó a Erven y otra, casi instantánea, a Rubén Villalba. Los miembros del grupo de operaciones especiales se echaron al suelo y desde ese lugar inundaron de balas aquel delirante escenario. Los policías no esperaban la reacción de los sintierras, aferrados a una verdad histórica, a una idea superior al reivindicar, aun con la muerte, el derecho, mutilado desde la Guerra Grande, de acceder a la tierra propia. Esperaban diálogo, documentos, alguna lógica jurídica que, en fin, hace mucho tiempo dejó de formular ecuaciones en favor del derecho para ubicarse como un gatillo más de la acumulación mafiosa. Cómo describir el cuadro posterior. Ese delirio de policías descabezados en busca de venganza, profundamente vulnerados en su fuerza, su integridad, su honor y eso que llaman hombría.

Eleuterio

Rubén Villalba lo llamó esa semana. Le dijo que necesitaban más gente en la ocupación. Eleuterio Brítez, 47 años, 10 hijos, de la comunidad de Pindo, tenía un hijo de 18 años en Marina Kue.

–Mba'e ajapóta. Aháta mante¹⁴⁷-, le dijo a C.F., cuando éste le comentó que en Marina Kue el desalojo era inminente. Eleuterio se marchó de Pindo sin imaginarse que el operativo policial fuera tan inminente. Llegó aquel jueves 13 de junio casi en el crepúsculo, con los víveres para el campamento. En la tierra prometida afincaría su hijo y podrían extender la producción de alimentos para abastecer a los diez hijos menores.

144 Somos paraguayos, somos paraguayos.

145 Esbirros, esbirros.

146 Cayó Fermín, cayó Pindú.

147 Qué iba a hacer. Tenía que ir.

-Oréko hetaiterei roikotevẽ la yvy¹⁴⁸-, cuenta su señora, apuntando a sus criaturas con el torso desnudo y las caritas pintadas de tierra. Para Eleuterio no era el mejor clima de recepción aquel de Marina Kue. El hijo le comentó el diálogo fallido con el emisario del Ministerio de Interior, la conversación tosca con el comisario Arnaldo Sanabria y los intensos movimientos del personal del Grupo Especial de Operaciones desde la entrada a la propiedad, en Ybyrapytã.

-Ndaha'úi la iporãmbáva la situ, pero mba'e ajapóta. Apytátamante. Oiko upépe la che ra'y¹⁴⁹-, comenta, sobando los muslos con sus manos engrasadas.

Eleuterio se encontró con ese clima ya tenso.

-Ipytyryry'íma lo mitã. Pe pyhare ahendu conversación por todo lado¹⁵⁰.

Eleuterio no pudo dormir bien aquella noche. El miedo lo había tomado. Él conocía la historia de resistencia en Pindo liderada por Rubén para recuperar una comunidad que estaba a un tiro de desaparecer por la penetración de la agricultura mecanizada. En los entresueños lo asaltaron aquellos intentos de desalojos, la toma de rehenes de policías y agentes fiscales y la enorme tensión del segundo intento de desalojo con más de cincuenta antimotines y otros tantos policías confrontados con la idea inequívoca de que allí habría una masacre si se activara la represión.

-Aïma che rykue rãme, moõ ahavéta¹⁵¹-, se dijo entonces, al ver a un grupo de ocupantes preparándose para la resistencia del otro día. Él, que no pudo dormir, escuchó en la primera hora de la madrugada la batucada del grupo más bullanguero con lemas como “tierra o muerte”, “vencer o morir”. El resto, principalmente los antiguos ocupantes, casi todos de Yvypytã, durmió las horas necesarias para reponerse. Es que la mayoría de aquellos ya habían sufrido en el mismo lugar cinco desalojos y, si la razón sucumbiera nuevamente ante el poder terrateniente, sufrirían, penosamente, un desalojo más. Esa mañana la pareja de Eleuterio escuchó por la radio del ex-diputado Julio Colmán que la policía ya había pisado territorio ocupado y que este señor incitaba a la matanza campesina.

-Che mo pirĩmba, ahendu pe karái Julio Colmán mba'éicha pe he'i: penohẽ umi campesino pe inambĩgui ha pegueru chupe kuera fiscalíape. Su esposo y su hijo estaban ahí, en la mismísima ocupación intervenida. Eleuterio se ubicó en el grupo de macheteros. Cuando el frente campesino discutía con los comandantes del operativo, Eleuterio y sus demás compañeros de la última línea se percataron de que un segundo grupo encabezado por fuerzas antimotines los acorralaba.

-Mba'ére peju orenohẽ oréve, ore paraguay, ore paraguay¹⁵²-, les dijo Eleuterio. Ore paraguay, ore paraguay. Eleuterio escuchó un disparo, luego otro; parecían disparos con balines de goma, pero no lo eran. Esas primeras balas del Galil, fusil amentrallador con

148 Nosotros necesitamos mucha tierra.

149 No era buena la situación, pero qué iba a hacer. Me quedé, ahí estaba mi hijo.

150 Ya había ansiedad entre los muchachos. Esa noche escuché conversación por todos lados.

151 Ya estaba en el baile, dónde ir.

152 Por qué vienen así, nosotros somos paraguayos.

patente israelí, una recreación del FAL belga, se metieron en las tripas de Avelino Espínola y Fermín Paredes. El aún no lo sabía; él, ahí, con su machete levantado, interpelando a los antimotines, él aún no lo sabía hasta que una inmensa ráfaga de metralhas, escopetas y rifles destrozaron cuerpos en el frente donde sus compañeros habían ido a confrontar la incursión policial que llegara sin ganas de dialogar, tal vez ya muy harta de tantos preparativos para entrar en combate, tal vez parte de un juego perverso de derrumbar a los que consideraban líderes para despejar toda la ocupación. Tal vez, tal vez, o tal vez todo eso en un juego mayor de forzar la masacre para derrumbar el gobierno. Pero Eleuterio no estaba para preguntarse esas cuestiones. Eleuterio, que había ido a Pindo de los fondos de Mandu'arã, ya cerca del río, en busca de tierras nuevas y de vecindad, y que luego fuera junto al hijo para acompañarlo en su afán de un pedazo de tierra, tiró su machete, corrió por el pasto en dirección al maizal y luego se metió en el bosque, sin tiempo de preguntarse siquiera qué le pudo haber pasado a su hijo. A esa hora, su mujer buscaba alguna respuesta en la radio de Julio Colmán. Esperaba escuchar nombres de heridos y muertos. Desesperada, sin comunicación con su esposo y su hijo, inmovilizada, sin saber dónde ir, se le atropellaron las lágrimas y las palabras: *mba'éicha péicha oje juga la paraguayore, peteĩ pedazo de tierra rekávo. La ore vida piko ndaha'úi vida, ore piko ndaha'úi paraguayore, che dio, la peichaite peve oje juga haguã ore rehe*¹⁵³. Errante por el bosque de Marina Kue, ese día tampoco Eleuterio sabía el paradero de su hijo. A la noche, tomó, con Rosa María y otro forajido, la decisión de cruzar el maizal para salir a la ruta principal. Ahí, un vendedor de verduras los recogió. A las once de la noche pudo hablar con su mujer. Recién a la mañana ambos sabrían que su hijo también se había escapado. Ese día en Pindo ya los familiares de los ocupantes se estaban preparando para un velorio colectivo. Pero en esta comunidad de Yasy Cañy, finalmente, no tuvieron que velar muerto alguno, aunque, muy cerca, casi al lado de Pindo, en San Blas, recibieron el cuerpo envuelto en hule negro de lo que dijeron era el señor Andrés Riveros, de 67 años, el mismo que, al sentirse en tamaña tragedia logró decir *de esta yo no podré salvarme*. “Ja che tujaiteréima a dipara haguã”¹⁵⁴.

-La roikuaa guive la péicha outaha hikuái temprano roganamo'ã la ka'aguy. Hetaiterei hikuái, ha oñemboty orerehe, ore reja korápe, ha upépe oiko la masacre¹⁵⁵-, recuerda Eleuterio. Su hijo, imputado, sobrevive de changas por las líneas de frontera con el Brasil. En esa mañana del 15 de junio, su juventud y su ímpetu ayudaron a salvar dos vidas y, aunque Néstor Castro no lo recuerda bien, fue él quien rompió su camisa y le sujetó a la cabeza la mandíbula destartada.

El delirio

Un disparo desde el frente policial en el vientre derrumbó a Avelino. Otro derrumbó a Fermín Paredes y el mundo explotó en ráfagas de metralhas y estruendos de escopetas y rifles. En el mismo momento de la reacción campesina cayeron los comandantes del GEO, Erven Lovera y

153 Por qué se juega así con la vida de los paraguayos que necesitan tierra. Nuestra vida acaso no es vida. Nosotros acaso no somos paraguayos, mi dios, para que jueguen así con nosotros.

154 Ya soy muy viejo para correr.

155 De saber qué vendrían así, hubiéramos ganado temprano el bosque. Eran demasiados y nos encerraron. Ahí ocurrió la masacre.

Oscar Sánchez. Luego las balas de las escopetas y rifles durante la refriega principal se incrustaron entre los primeros miembros del frente ametrallado de esta fuerza especial. De cuclillas y amontonados en una calleja de no más de dos metros de ancho, cuatro fusileros del GEO también murieron. Sin información sobre el estado de la ocupación, sin conocimiento de la usurpación de esas tierras por parte de Campos Morombi ni de las gestiones infructuosas de las misiones anteriores y completamente desorientados, varios policías declararían luego: “fuimos emboscados”, “fuimos emboscados”, en esas profusas imágenes filtradas por la propia policía a la televisión paraguaya. Así como los campesinos no esperaban que las primeras balas del ataque policial fueran de acero, los policías jamás se imaginaron la reacción inmediata de una parte del grupo armado del frente campesino que los vulneró en esa calleja de tierra roja por donde se metieron hasta el campamento para sacar de ahí, de esas tierras del Estado, a los campesinos, a como dé lugar. En la primera refriega más de veinte campesinos fueron heridos, de los cuales terminaron muertos once, varios de ellos con señales contundentes de ejecución en la reacción delirante del cuerpo policial descabezado.

El mundo según las balas

Adolfo Castro cayó ahí, en el mismísimo frente, pero logró rodar por el pastizal hacia el arroyo y esconderse en un pajonal. Desde ahí vio cuando una bala en el muslo de Lucía Agüero dejaba a la entera desprotección a su hijo y que un grupo policial se lo llevaba consigo en plena refriega. Decidió, sin pensarlo dos veces, entregarse. Alzó las manos y, en ese delirio sicario, tres disparos más lo dejaron tumbado sin posibilidad de decirse amén. Uno de ellos, en la cabeza, le destruyó el cráneo. Al caer los del frente campesino, Delfín Duarte, metido entre los macheteros, recibió un disparo en las vísceras. En la desesperación pudo ganar un puntito de resguardo, en un pajonal. Desde ese puntito observó que su hijastro Francisco Ayala caía completamente abatido por esa tormenta de balas que inundó aquel paraje. Con el vientre destrozado, sintió que de esa ya no se salvaba y llamó por teléfono a su pareja tal vez para despedirse, tal vez para decirle que su hijo había muerto o tal vez por la simple desesperación de no saber qué hacer.

-Che koape amanotama¹⁵⁶-, le dijo Delfín Duarte a su doña, Lidia Ayala González.

-Anina ere cheve peicha, che kamba¹⁵⁷-, respondió Lidia, completamente quebrada por la muerte del hijo y el estado lamentable de su pareja. Neremanomai che kamba. Amondota gente peneayuda hagua, decía entre sollozos.

-Ani peju, pende jukapata ikuei¹⁵⁸-, determinó Delfín y pidió cortar la comunicación. Lidia no quería cortar nada, pero la comunicación se esfumó cuando un grupo desafortunado del comando policial escuchó una voz en el pastizal y la rastreó. Dos balas terminaron de fijar el cuerpo moreno de Delfín Duarte en el suelo y otra, la última, destrozó la boca, desfigurando su cara morena, redonda y amable. Todos los que vieron o sintieron la ejecución de Delfín Duarte

156 Yo acá me moriré.

157 No me digas así, mi negro.

158 No vengan, no vengan, se les va a matar.

resolvieron que no era un buen momento para hablar por teléfono y apagaron sus celulares. El médico forense Matías Arce dejó constancia de que Delfín presentaba “una herida con arma de fuego en la cavidad bucal” y que la causa de la muerte fue una hemorragia aguda.

Lo que a Fermín Paredes le pasó

En el primer frente de batalla, el segundo disparo de la policía se metió en el muslo de Fermín Paredes cayendo, inmovilizado, a una zanja. Sin poder arrastrarse ni revolcarse para huir del lugar como la mayoría de los que consiguieron sobrevivir a la matanza, Fermín pedía auxilio a gritos. “Che ahendu porâ, che ahendu porâ”¹⁵⁹, relata un vecino de Fermín. “Pero neikatui mbaeve ajapo. La ase ramo che jukata ikuei”¹⁶⁰. En el lugar donde se encontraba, Fermín solo veía a los policías que ya habían controlado el escenario de combate. Sus compañeros se habían refugiado donde pudieron. Desde la zanja, Fermín, ensangrentado, pedía: “pejuna che salvami, pejuna che salvami”¹⁶¹, recuerda aquel vecino que escuchaba su padecimiento sin poder hacer nada. En la desesperación y ante la falta de auxilio, Fermín también se comunicó con un pariente por celular para contar que estaba muy malherido en el muslo. En la entrevista publicada en el informe de Derechos Humanos sobre el caso Marina Kue, un testimonio codificado y ya traducido al castellano describe, confirmando la mayoría de los testimonios, que “a Fermín Paredes le dispararon en el muslo y después lo remataron. Y a Delfín Duarte, también herido pero sin gravedad, lo liquidaron”. Aunque en el acta del médico forense Matías Arce no aparece la bala en el muslo del que se quejaba Fermín, figura, sin embargo, dos balas en el pecho (hemitorax, según el informe médico) y una en el abdomen que, a juzgar por los testimonios, habrían sido las que finalmente terminaron con la vida este hombre. En el testimonio codificado (con protección de fuentes, pero con habilitación para un juicio en escenario internacional) del informe de Codehupi, una persona muy cercana a Fermín relata: “Me llamó Fermín y me dijo: me dispararon en el muslo. Busquen la forma de auxiliarme. Después ya supe, porque me volvieron a llamar, que ya le habían disparado. Estuvo pidiendo auxilio y los policías lo estaban viendo. Ellos no socorrieron a los campesinos, solamente socorrieron a los policías”, página 110 del informe. En el momento en que Fermín pedía auxilio, otro testimonio recogido por el informe asume que uno de los policías dijo: “vayan pues a hacerle callar a ese que se plaguea tanto”. Y que uno de los policías apretó el arma en el estómago de Fermín y le disparó a quemarropa.

Luis Paredes, hermano de Fermín, corrió una idéntica suerte. Abatido por las primeras balas policiales fue rematado con un disparo en la boca. Leamos el informe preliminar del médico forense Matías Arce: “una herida de arma de fuego en la región retroauricular y una herida de arma de fuego en la cavidad bucal con destrucción del paladar posterior. Causa de muerte: destrucción de la masa encefálica”.

159 Yo escuché bien, escuché bien.

160 Pero nada podía hacer. De salir, me hubieran matado.

161 Vengan a salvarme.

Luciano Ortega

Lo que a Luciano Ortega le ocurrió durante la tragedia pudo haberle pasado a cualquier hijo de aquella ocupación. El joven, de 18 años, hijo único, pudo sobrevivir sin un disparo en el enfrentamiento con la policía, pero, luego de socorrer a su padre de 57 años hasta dejarlo en un refugio y de dirigir, después, como buen baqueano del lugar, a un grupo de refugiados para meterse en el monte, retornó en busca de la madre que se había resguardado en el campamento. Su tocayo Luciano Barrios recuerda haberlo visto por última vez salir nuevamente del monte, exponiéndose a los policías, en busca de la madre. El amigo con el que intentó rescatar a más gente y a su madre, retornó jadeando al bosque. “Nañane perdonamoai ikue”¹⁶², dijo, tras relatar que habían matado a Luciano. Los padres de Luciano, Roberto Ortega (57 años) y María Dominga Mora (49), quedaron más desamparados que nunca, en un pequeño rancho de Yvypytã, instalado en un sitio que cediera un tío de Luciano a la familia. Es que la familia nuclear, padre, madre e hijo, sin lote propio, ya se había *ranchado* en Marina Kue con sus cerdos, sus gallinas y demás enseres de hogar destruidos durante el operativo policial. Con Luciano joven, esta familia pensaba recrearse como agricultores en Marina Kue.

De cómo logró huir Rubén

Con el disparo que le tajeó la cabeza sin penetrarla profundamente, Rubén cayó entre los matorrales, al lado mismo de Erven Lovera. En esos 10 segundos de la desesperada reacción de la policía, que no esperaba la devolución de balas desde el frente campesino, él fue rodando por el pastizal hasta llegar a la vera del arroyito. Ahí atendió una llamada con frases inconexas hasta quedar el aparato en silencio. En la sala de la radio Fe y Alegría ese corte fue abrupto. Había caído el principal reportero de la ocupación, aquel hombre que se comunicara en varias ocasiones para explicar la situación de los campesinos, para denunciar el permanente acoso policial e incluso para relatar el ultimátum para que salieran de Marina Kue. Por la cabeza de Gloria Vanessa, joven cronista, pasaron entonces, como gotas locas de tortura china o picotazos del pájaro loco, las veces que Rubén Villalba dijo, al cierre de sus reportes, que el lema de los ocupantes era vencer o morir. Era una frase más en una tormenta de vocablos que se emiten a diario sin tomarse nota precisa de su contenido, su significación y contexto. Quién podría rescatar hoy la palabra como representación del mundo; hoy, tiempo cobarde de balas urgentes que la someten a la nada. Ahí, al lado del arroyo, Rubén Villalba se meció en un largo sueño. El primero en socorrerlo fue Alberto, luego su hermano, Freddy, que habían logrado escaparse de las balas. Lo buscaron y lo rescataron del matorral y lo metieron, a hurtadillas, en las laderas más boscosas de aquel *ysyry*¹⁶³. En esa noche lluviosa y tras zafar el arrinconamiento policial, Freddy consiguió algo de penicilina en polvo con que tapó el recorrido del tajo en la cabeza de Rubén. Ese día, a Rubén ya se lo había dado por muerto en el combate, y la noche la pasó despojado de sentido, hablando, en sobresaltos, de cosas inentendibles. La noche del 15 recordó que era junio y decretó que ese hermoso sol del día ya era demasiado regalo, desatando sobre los sobrevivientes una intensa lluvia que persistiría toda la madrugada. El cuerpo de Rubén se desalaba de tanta fiebre. Con un trozo de hule que

162Ellos (los policías), no nos perdonarán.

163 Arroyo

los muchachos lograron arrebatar del campamento destruido, se inventaron un cobertizo para él. Nadie esa noche pudo dormir de la lluvia que empapaba el cuerpo de los huidos. Nadie, seguramente, lo habría podido hacer aun sin lluvia con esa abrupta interrupción de sus realidades. “Tuichaiterei mba’e la oikova’ekue upépe. Ou hikuái, oñemboty orerehe, ore atropella. Pesê ko’águi, campesino, pesê ko’águi. Ndoikuaaséi mba’eve hikuái”, nos relata Alberto. “Noroimo’ãi la péicha outaha hikuái”¹⁶⁴, repite, se repite. “Ore roimo’ã opytáta hikuái oñemongeta haguã. Upéicha ore roha’arõ chupekuéra”¹⁶⁵. Cuando ocurrió lo que nadie de los ocupantes esperaba, Freddy, que ni siquiera machete portaba, salió disparado también hacia el arroyo. Su hermano Alberto respondió con una bala de su escopeta casera la incursión policial y luego se abrió del escenario. Alberto encontró en la estampida a Rubén ya inconsciente. Lo creyó muerto, pero de repente “ahendu ipyahê”¹⁶⁶. Luego del combate en el frente, los policías fueron en busca de los fugados hacia el barranco, los primeros rosados y senderos forjados por los ocupantes en esa idea de establecerse ya en la tierra que por derecho y ley estaban convencidos les pertenecía. La dirección que tomaran los policías en la reacción tremenda luego de la primera estampida en el frente de combate le dio tiempo necesario a Alberto para arrastrar el cuerpo de Rubén hacia un matorral. Allí, Alberto quedó a cuidar a Rubén, a quien había aprendido a respetar y admirar tanto como para recordar con precisión frases enteras de él durante el campamento. “Un día he’i oréve: mba’e sentido oguereko ñande vida sin dignidad. Si ko’ağa oñeapunta ñande rehe fusil jajerure haguére yvy estado mba’éva, mba’e oikopáta umi mitã’i kuéra gui, mba’e futuro oguerekóta hikuái”¹⁶⁷. Pasaron la noche bajo la lluvia en el lado más boscoso del arroyo. Al día siguiente, Marina Kue seguía sitiado por la policía: no había forma de sacar a Rubén en el estado en que se encontraba. Recién el domingo, aprovechando la soberbia manifestación de la gente, se animaron a sacarlo. Metidos entre los manifestantes, lo sacaron por el mismo frente de Marina Kue. De ahí, en un vehículo, lo trasladaron hasta la casa de una enfermera de confianza. En ese tiempo, ya había cundido en las comunidades vecinas la idea de que la policía lo buscaba afanosamente para matarlo. “Oje cruza-pa ko la patrullera ko’árupi”¹⁶⁸, recuerda aquella enfermera que salvó finalmente la vida de Rubén. Ella, que le suministró antibiótico y suero, no podía entender cómo pudo aguantar la fiebre en el más absoluto desamparo y debajo de una inmensa lluvia. “Peichaite ko la iñakã”¹⁶⁹, señala con las manos, los brazos y los ojos abiertos como si se hubiera enfrentado a un monstruo. Ella asegura que algunos gusanitos ya habían ganado terreno en la cabeza tremendamente infectada. Recién al tercer día de tratamiento intensivo, Rubén recuperó cierta lucidez.

164 Es una cosa muy grande lo que nos ocurrió. Nos encerraron, nos atropellaron. Salgan campesinos, salgan, nos decían. Nada querían saber. No creíamos que vendrían así.

165 Nosotros creíamos que quedarían a conversar con nosotros. Así los esperamos nosotros.

166 Escuché que se lamentaba.

167 Un día nos dijo: “¿Qué sentido tiene nuestra vida sin dignidad? Si ahora nos apuntan con fusiles porque pedimos un pedazo de tierra, ¿qué pasará con los niños, qué futuro van a tener?”.

168 Las patrulleras de la policía se cruzaban.

169 Así de grande era su cabeza.

-Mba'éiko la oikova'ekue?¹⁷⁰-, preguntó.

-Ani repenáti. Epytu'u porã ha upéi ñañemongeta¹⁷¹-, le contestó la enfermera.

Su recuperación fue gradual en esos primeros seis días del tratamiento, pero en el séptimo presentó un muy buen semblante, quería comer, levantarse y ya hablaba, sin tener la más pálida idea de todo lo ocurrido, de la reocupación de Marina Kue. “Upérõ romombe'u paite chupe la oikova'ekue ha ha'e opyta péicha, mba'éichambo ha'éta ndéve, ha'etevaicha ko ndaha'évéimava ha'e”¹⁷². Ciertamente es muy difícil determinar el estado en que encontramos a Rubén Villalba en aquella primera entrevista, al lado del horno de carbón que le servía de guarida nocturna, en un valle desde donde se ve el inmenso Mbarakaju. Tal vez sus propias palabras indiquen algo de ese estado en que quedó: “La oikova'ekue chemo pensa todo el tiempo. Sa'i ake. Ndakyhyjéi chuguikuéra, aseguita aluchá, nambyasyi la che vida, ajearriesgata hasta el último. Ha la chejukárõ hikuái adediká a todos los compañeros osufría sin tierra, a todos los niños de la calle, a los indígenas sufridos también, entonces umiapeguará”¹⁷³. Y en ese momento, ese cuerpo moldeado por la hombría campesina y el cuartel, el prototipo de macho duro sin derecho al llanto, no puede evitar que los ojos crispados disparen lágrimas. El mundo humano es también un retablo de piedras quebradas, de porcelana rota, de pólvora y dimamita. “Che rasẽ, ndaha'úi la che py'ajúgui, sino ambyasy che rapicha osufrí chéicha avei, arrenegágui che rasẽ”¹⁷⁴.

El refugio de los heridos

Luciano Barrios disparó desahuciado hacia el bosque, dejando a su hermano menor atrapado en el fuego y los atropellos de la Montada. El hermano menor no la pasó bien. El chico había llegado el día anterior a Marina Kue con los víveres. No conocía a la gente de la ocupación ni los senderos que llevaban al arroyo, a los maizales ni al bosque. Luego del desmadre, lo agarraron los policías y le siguieron dando duro en las piernas, la espalda y en la cabeza. En el bosque Luciano se encontró con nueve refugiados, de los cuales cuatro estaban heridos, y con Néstor Castro, cuya mandíbula inferior estaba atada a la cabeza con manga de camisa. En la primera balacera, Néstor había caído en el frente. En el camino de la desesperada huida se encontró con el hijo de Eleuterio que le ató la mandíbula con un trozo de su camisa. Luego con Blanca, la pareja de Fermín, y juntos se internaron en el bosque. A la tarde, dos personas intentaron salir del territorio sitiado, una terminó muerta. Ante el fracaso del primer intento de salir del bosque, ya nadie más se imaginó huir de día. Al caer la noche, el grupo de Luciano y Néstor se arriesgó a poner los pies en los primeros terrenos mecanizados. Al ver que las

170 Qué es lo que pasó.

171 No te preocupes. Descansá bien y después hablaremos.

172 Entonces, le contamos todo lo acontecido y él quedó así, como decírtelo...es como si él no fuera él.

173 Lo que aconteció me hace pensar todo el tiempo. Duermo poco. No les tengo miedo, seguiré luchando. No me apena mi vida. Arriesgaré hasta lo último. Y si me matan, dedico mi lucha a los que sufren sin tierra, a los niños de la calle y a los indígenas también. Entonces, para ellos va mi lucha.

174 Lloro no por cobarde, sino por la gente que como yo sufre también. De rabia lloro.

patrulleras, con sus luces de bandera paraguaya, cerraban los portones de accesos y un largo trecho de la ruta principal, entendieron que tampoco podrían escaparse todavía del lugar. Pero Néstor Castro no estaba para esperar más. La sangre de la mandíbula destrozada se le amotinaba en la garganta. Sus compañeros se percataron de que, a más de haber enmudecido, la sangre estrangulaba la garganta y le impedía el paso de la respiración. Luciano agarró un palito y con él le reabrió el conducto. Néstor le daba batalla a la muerte de una manera extraordinaria, pero necesitaba que otra gente se jugara la vida para salvar la suya. Fue así que el grupo de los diez se decidió, al amparo o desamparo de la noche de lluvia intensa, oscura y densa, arriesgar todo por salvar sus vidas, principalmente de las cuatro personas heridas. Cada vez que terminaba de pasar una patrullera, salían, en sigilo, en grupo de dos o tres. Al cruzar la ruta, se internaban en Yvypytã, donde eran socorridos por los vecinos. Néstor, el más grave de los heridos, fue a parar en el puesto de Salud de Puente Kyha, de donde lo tomaron preso (una llamada a la policía de Salto del Guairá delató la presencia de Néstor en el puesto de salud), y lo enviaron a Curuguaty. Por intervención de un médico, lo trasladaron a Emergencias Médicas, Asunción, y luego a la penitenciaría de Oviedo, sin que en todo ese tiempo se lo pudiera operar como es debido. El 5 de setiembre fue trasladado a La Esperanza, centro asistencial de la Penitenciaría de Tacumbú, Asunción, con orden de intervención quirúrgica en el Centro de Emergencias Médicas. Con la mandíbula destruida, Néstor Castro dejó de consumir alimentos sólidos, quedando piel y hueso. “Actualmente, paciente con bajo peso ya que su alimentación se basa solo en líquido (leche y jugo), debido a que el mismo solo puede realizar mínima apertura bucal por lo que solo puede consumir líquido”, comenta un informe de la Dirección General de Establecimientos Penitenciarios y Ejecución Penal del 3 de setiembre, dos meses y medio después de la tragedia.

Adalberto

La tragedia de la familia Castro no terminaría con la ejecución de Adolfo ni la destrucción de la mandíbula de Néstor. El hermano menor, Adalberto Castro, también cayó de una bala en el muslo durante la estampida. Inmovilizado, no pudo huir del escenario de la tragedia. En ese estado estaba cuando un agente de la cuadrilla policial lo encañonó en la oreja y le ordenó que se levantara y que corriera. “Che juka koape, naikatui a dipara”¹⁷⁵, les dijo, recuerdan algunos testigos. Seguramente querían que corriera para ejecutarlo, reflexiona su padre, Don Mariano, con resignación cristiana.

-Ejukakatu chupe, EPPgua ko koa¹⁷⁶-, deliró un policía, según testimonios.

-Pehejana pe prójimo pe, oje entregamako¹⁷⁷-, intervino otro policía, presumiblemente de la comisaría de Curuguaty. Pero no lo dejaron ahí y tampoco lo tomaron preso. El grupo se ensañó con Adalberto hasta dejarlo con su cuerpo amoratado, ultrajado, en un maizal, dándole por muerto. Es que el último golpe en la cabeza con la culata del fusil lo envió al limbo de la conciencia del que de a poco se recuperó en el hospital de Curuguaty adonde llegó por esas

175 Máteme aquí, no puedo correr.

176 Mátenlo, es del EPP (Ejército del Pueblo Paraguayo)

177 Dejen a ese prójimo ahí, ya se entregó.

cosas extrañas de la vida. “La nahaei ro nde día neremanoi voi, aheko che”¹⁷⁸, dictamina su padre, al referirse a la forma en que el hijo menor se salvara. En ese trance ido, tirado boca abajo en el maizal, creyó escuchar un murmullo en portugués. Y luego ya se sintió en el asfalto. Del asfalto, un verdulero lo llevó hasta el hospital, de donde fue tomado preso. Es probable que ese murmullo en portugués haya correspondido a voces de trabajadores brasileros de esas tierras destinadas a los granos trasgénicos. Es probable, aunque en Yvyrapytã, donde vive la mayoría de ellos, del tema Marina Kue “melhor no falhar. E asim”¹⁷⁹, dictamina una mujer que atiende un bar a la vera de la ruta principal, cerquita del portón por donde ingresó el grupo principal de la policía, al lado de una iglesia evangélica adonde se predica “solo en portugués”, en tanto que un grupo de adolescentes morenos y rubios intercambian conversación en guaraní y portugués.

En Yvyrapytã, de la tragedia de Marina Kue *melhor no falar. E asim*.

Lucía

-Heta mba'e vai ambohasa che péicha¹⁸⁰-, comenta sin mirar alrededor. Lucía Agüero se mete muy en sus adentros a través de esa aguja que teje el hilo del *ñanduti*. La sala del hospital está cargada de sueros para la rehabilitación de las cuatro personas que estuvieron casi 60 días en huelga de hambre. Una importante presión sobre la fiscalía general en la capital, con una represión bárbara a las cuatro de la madrugada del 5 de noviembre de 2012, ha generado interés en el caso de Lucía, Luis Olmedo, Alcides Ramírez y Juan Carlos Tillería. Lucía mira alrededor con desconfianza y emula una seguridad exterior que por dentro parece quebrarse completamente y perderse en la imagen de vidas acribilladas. Algo parece haberse quebrado definitivamente en ella aquella mañana del 15 de junio, algo que la mete a ratos para dentro y a ratos la sobresalta hasta formularse en taquicardia, en tremendos espasmos y ráfagas de desconsuelo y extraña lucidez especulativa. Tres días antes de la tragedia había escalado en Marina Kue para acompañar a sus hermanos.

-Mba'éiko oikopáta ñande hegui, che dio?¹⁸¹-, se preguntó y preguntó a Rosa María, en la retirada ordenada por los líderes de la ocupación al ver que la hilera de policías armados con fusiles ametralladores encabezaba un manto de por lo menos doscientos metros que cubría el estrecho camino de tierra roja. En la retirada, ella se encargó del hijo de tres años de Néstor Castro, RV de su bebé de tres meses y las demás mujeres de otras criaturas. Ella escuchó los dos disparos secos sin imaginarse la secuencia posterior. Esos dos disparos secos que tumbaron a Avelino Espínola y Fermín Paredes podrían haber sido balines de goma pero no lo eran. La primera línea de combate no estaba integrada por los antimotines, sino por un escuadrón militarizado de asalto. Cómo imaginarse los cuadros posteriores. Los policías tampoco esperaban la tremenda reacción campesina que abatió en el mismo frente de combate

178 Si no es tu día, no morís, digo yo.

179 Es mejor no hablar, es así.

180 Muchas cosas malas yo hago pasar así.

181 Qué pasará de todos nosotros, mi Dios.

a seis. El delirio se había apoderado del escenario. Los efectivos del GEO, echados al suelo, inundaron de ráfagas automáticas por un espacio de diez segundos, provocando la caída instantánea de varios campesinos. Luego, rota toda cordura, abatidos sus comandantes, comenzaron una persecución delirante, un cuadro de heridos ejecutados y de gentes que salían de su escondite ya con las manos levantadas. Lucía, herida en el muslo, vio caer a su hermano De los Santos Agüero, vivió la ejecución de algunos de los heridos en el suelo y sintió el terror de la posible ejecución. Qué se habrá quebrado definitivamente en esa mujer. Qué se habrá quebrado definitivamente en ese chico de tres años que vivió las ráfagas de los fusiles ametralladores y las pistolas ametralladoras, los estruendos de escopetas y rifles, el vuelo rasante de aquel helicóptero de observación, las estampidas de las granadas tiradas desde arriba, la persecución y las ejecuciones. Los policías miraron a Lucía y le arrebataron al hijo de tres años de Adolfo Castro, al que, luego de taponarle la boca con una venda, lo tuvieron en el grupo de combate. Lucía suelta una mirada penetrante, extiende la manta de *ñanduti* y luego dispara una sonrisa casi infantil que descubre un hermoso hoyuelo. Su familia en diáspora, ella sin amparo, se habría ido en busca de alguna contención de sus hermanos, algún sentido que le devuelva algo de dignidad a su vida. Y se encontró con ese electroshock en esa tierra usurpada para la extensión de la semilla trasgénica, con esos hombres y mujeres del campo recreándose en epopeyas pasadas de vencer o morir para robar algo de sentido a la barbarie, con esa gente humilde que vivió la experiencia de sus padres de ocupar y asentarse en tierras usurpadas; esa gente que, sin tomar en cuenta que el entramado mafioso local era también un eslabón más de esa gigantesca cadena mundial de acumulación, había decidido que de esas tierras esa vez ya no la moverían.

El camino de Rosa María y Juan Ramón

Apoderada de la desesperación y la orfandad, Rosa María creyó que las balas habían acribillado su cuerpo en esa desafortunada huida de la tragedia hacia el bosque. Cayó una y otra vez en la corrida sin sentir la piel, los huesos, la carne presentes. Cómo y qué es el cuerpo en medio de un delirio bélico. El mundo estallaba en su cuerpo, adentro, y todas las balas la destrozaban por dentro, por dentro. Exhausta, ya en el bosque, se frotó las manos, se tocó los dedos, los brazos y sintió que ese mundo era lo más cercano a una pesadilla de la que despertamos antes de morir. Ya en sí, si hay un *en sí*, se encontró con una persona casi tan espantada como ella: Don Leú. Se miraron, se reconocieron, y quedaron, con los ojos bien abiertos, en profundo silencio. “Vryry, sununu, hasenva la bala ore ari”¹⁸², recuerda Rosa María. A Rosa María y Don Leú se acopló otro desterrado. En la estampida, y luego de ver caer a Avelino, Juan Ramón se tiró al suelo y, dando vueltas por el pastizal, se ubicó cerca del arroyo. Toda la carne temblaba y los ojos eran enormes focos sobre la tragedia. Con esos ojos de la revelación vio a su amigo Delfín caer de un disparo en el muslo y escuchó cuando se quejaba con su mujer de la herida recibida. “Mbaeve neikatui ajapo. Apu’áro ajejukata. Tipo guerra ite ovyejy ikuei, gracias a Dios la oñedefendea oñe defende chugui kuera. La ojapoa ikuei, directamente ha’e petei saqueo ha muerte”¹⁸³, comenta. Por distintos caminos, Rosa

182 Temblor, trueno, lloraban las balas sobre nosotros.

183 Nada pude hacer. Si me levantaba, me mataban. Tipo guerra llegaron. Gracias a Dios, los que pudieron se defendieron de ellos. Lo que hicieron es saqueo y muerte.

María y Juan Ramón se salvaron de caer abatidos por los balas. Pero hasta las nueve de la mañana del sábado nada supieron de sus respectivas existencias. Rosa María recorrió con sus dos compañeros de tragedia el bosque y luego tomaron el campo de maíz hasta salir a la ruta principal alrededor de las once de la noche. “Che pytyry hendivekuera. Che kalambre pa a dipara hape”¹⁸⁴.

Conocedor de los senderos de Marina Kue, Juan Ramón decidió salir esa misma mañana, siendo una de las primeras personas en liberarse del territorio ensangrentado. “Plata la orejuka pava. Norekoi otro sentido oho hagua ikue o masacrá peicha humilde campesino pe”¹⁸⁵, reflexiona este hombre. “Saqueo y muerte” es la calificación recurrente en Juan Ramón cuando se le consulta acerca de la matanza. No es para menos. En el operativo policial perdieron las pocas cosas del patrimonio de la pareja: una moto, los *mboka ñua* (para cazar armadillos y otros bichos de comer, instrumento presentado como parte del arsenal bélico de los campesinos por parte de la policía y la fiscalía), el machete, la azada y enseres de cocina.

Un poco de la historia de Pindo

Es casi dos meses de la masacre. Con mi compañera de tareas, nos trasladamos a la comunidad de Pindo, a juntar pedazos de historia de la ocupación de Marina Kue. Por un camino vecinal de tierra llegamos a la casa de nuestro principal contacto, Emilio Marín. Al lado, un tanque de agua que quedara como parte del territorio comprado en la penetración de la agricultura mecanizada. Es el rancho de Emilio Marín, joven dirigente del Movimiento Agrario del Paraguay. Allí, en el terreno que fuera vendido por su padre a los brasileros, se instaló durante la reocupación de las tierras. Pindo es una comunidad formada en 1965, en Yasy Kañy. Es uno de los primeros asentamientos de campesinos llegados de otras regiones del país. Con el tiempo, varios de los asentados vendían sus parcelas de 10 y 20 hectáreas a brasileros que tenían la intención de producir allí soja y otros granos transgénicos. Los hijos de los antiguos asentados salían de la comunidad y quedaban los padres sin fuerza suficiente para explotar las fincas. De comprar 20 hectáreas acá, 10 allá, los productores sojeros lograron completar unas 170 hectáreas que con el tiempo dibujaron un espacio completamente talado en medio de Pindo. La paulatina y constante penetración de la agricultura mecanizada en la comunidad campesina fue brutal para las plantaciones tradicionales. Morían antes de crecer el maíz, la mandioca, ahogados por el *roundup*, el matatodo como se lo denomina en el campo, que dejaba crecer las semillas trasgénicas, devastando alrededor. Desesperados, varios agricultores tradicionales apuraron la venta de sus lotes, acumulándose estos para la producción transgénica. La comunidad campesina quedó completamente arrinconada. O era, según Emilio Marín, salir del lugar o impedir la siembra. No había otra opción. La gota que colmó el vaso fue la penetración de los tractores hasta la vera de un manantial, alimento del arroyo que servía a la comunidad como fuente de agua para los animales, lavar la ropa y refrescarse. “De ahí tomábamos agua”, interviene C.F, también ocupante de Marina Kue, pero que ese día de la masacre no se encontraba en el lugar. Pensaba volver esos días previos, pero “ajesalva. La

184 Corrí con ellos, hasta me dio calambre de tanto correr.

185 La plata es lo que mató a todos. Si no, no tiene sentido que hayan venido a masacrar así a humildes campesinos.

aĩguive upépe che ndadiparamo'ãi chugui kuéra"¹⁸⁶. C.F. no era tan parco ni con tanto tic nervioso como aparece en la entrevista grabada. Nos daríamos cuenta de este detalle luego de que, ya fuera de micrófono, en la moto nos trasladamos para conocer el manantial. En él encontramos un baqueano maravillado de contar la historia de su comunidad.

Cuando los tractores llegaron hasta dos metros de la naciente, el 7 de agosto de 2008 un grupo de cuarenta personas coordinadas por el Movimiento Agrario del Paraguay se instaló en el lugar para reocupar el territorio mecanizado. Al principio, C.F. miró con desconfianza la ocupación, realizada con apoyo de personas de otros lugares del país, pero luego, tres meses después, se acercó tímidamente. "Mba'e rojapóta. Apilla la oremuñapataha. A acompañá chupekuéra ante ke la oremosẽmba la brasilero kuéra"¹⁸⁷. Nacido y malcriado en Pindo, la incorporación de C.F. al campamento fue decisiva para que toda la comunidad se sumara a la lucha y protagonizara una tenaz resistencia ante las intervenciones policiales y fiscales que intentaron restituir las propiedades a los productores brasileiros. La experiencia de la comunidad de Pindo pudo haber establecido el modelo de resistencia de la ocupación de Marina Kue. Ante la inminencia de los desalojos, ubicaban una divisoria con un enorme tronco que cruzaba la calle donde esperaban con machetes levantados los operativos. En Marina Kue se ubicó una cimbra sobre el puente con una bandera paraguaya y aquella inscripción de vencer o morir como ya describiéramos. En Pindo los policías y los agentes fiscales eran atajados en una barrera y ahí eran enfrentados con machetes. En el segundo intento de desalojo, los policías agarraron a un ocupante. Con machete en mano, lo liberaron. En ese intento de desalojo la gente gritaba, nerviosa, "ore paraguay", "ore paraguay", "mba'ère peju pe defende extranjero-pe, ocontamináva ore yvy, ore arroyo"¹⁸⁸. En la ocupación de Marina Kue también algunas personas gritaron "ore paraguay", "ore paraguay" cuando los policías ingresaron sin quedarse en la barrera con actitud explícita de desalojarlos del lugar. El tercer intento de desalojo generó la mayor tensión entre los ocupantes de esos territorios comprados para la extensión de los transgénico, los policías y fiscales. La comitiva de cuatro agentes fiscales y dos policías fue acompañada de uno de los que habían comprado parte de la comunidad de Pindo, Guanés Minusi. Operaron con el procedimiento de rutina: colocaron como barrera unos enormes troncos de madera. Ahí debían quedar y conversar los policías y los agentes fiscales. Con sus machetes de labranza, los ocupantes esperaron la comitiva. El operativo policial y fiscal quedó en la barrera establecida. El brasileiro demandaba acción desde su camioneta. C.F. gritó: "mba'ère peju péicha, peẽ tembiguái peikóva"¹⁸⁹. La gente, muy nerviosa, atropelló la comitiva. A uno de los asistentes fiscales se le agarró del cuello. En eso, uno de los policías desenfundó su arma. Un ocupante, con su machetillo, le apuntó a la

186 Me salvé. Si hubiera estado ahí, yo no hubiera corrido de ellos (los policías).

187 Qué íbamos a hacer. Entendí que nos iban a desahuciar. Les acompañé antes de que los brasileiros nos saquen a todos de la comunidad.

188 Somos paraguayos, somos paraguayos, por qué vienen a defender a los extranjeros que contaminan la tierra y el agua.

189 Por qué vienen así, esbirros que andan.

cabeza y le preguntó: “e-disparáta piko?”¹⁹⁰ y lo desarmó, apuntándole en la cabeza al policía. El policía le dijo: “péa oguereko bala chera’a”¹⁹¹.

-Mejorve upéicharamo¹⁹²-, le contestó. Al ver que las cosas andaban mal, el empresario brasileiro arrancó su camioneta y salió despavorido del lugar. A los asistentes fiscales y a los dos policías los tuvieron de rehén por cuatro horas aproximadamente. En ese tiempo, Rubén Villalba los atosigó con discurso campesinista, en ese extraño intento de la gente que cree en una causa de que todo ser humano puede rebelarse a su condición de opresión o represiva. No resultó la arenga de Rubén. Al ser liberados, los cuatro agentes fiscales y los dos policías, volvieron con unos 70 cascos azules y varios policías armados. La comunidad campesina supo de esa reacción desde que ingresaron los camiones en el cruce de la ruta principal y se preparó con mayor ímpetu.

-Moõ piko aháta. Che jukáta mantehikuái upépe. Ikuentave amano ko’ápe ke amano arrodillado¹⁹³-, se dijo don Pedro Escobar, que había salido de ser peón de estancia a buscar un lugar para cultivar, tener sus ganados y decirse, en fin, que era dueño de sí. De nuevo extendieron los grandes troncos de madera en la calle. Unas 150 personas esperaban con sus machetes en la mano.

-Orejukátamante, pero ko’águi norosêmo’ãi¹⁹⁴-, dijo entonces Rubén Villalba a los policías y a los fiscales. “Ndaikatumo’ãi ko ou oreinupã mba’e, porque la oreinupãrõ ko lo mitãoguereko avei machete”¹⁹⁵, sostiene Emilio Marín. “La oinupã guive hikuái lo mitãme oiko mo’ã peteĩ masacre”¹⁹⁶, refuerza F.C. Los policías intentaron rodear a Rubén Villalba, para cercarlo, alejarlo de la gente, pero la reacción de la gente fue inmediata, protegiéndolo con sus machetes. “Mba’éiko rojapóta”¹⁹⁷, nos confiesa uno de los policías intervinientes. “Ropyta upépe, roma’ẽ hese kuéra, ha ro retrocede”¹⁹⁸. “Opilla hikuái la lo mitã ipochypãmaha”¹⁹⁹, refuerza Emilio. Pero Guanes, uno de los dueños brasileiros, no se daba por vencido. Y logró que la fiscal Ninfá Aguilar reorganizara un grupo de doscientos policías. En conocimiento de tamaña intervención policial, los ocupantes llamaron a mediadores de derechos humanos. Ya no eran solo dos policías armados o fuerzas antimotines. Era un ejército armado muy difícil de hacer retroceder con los machetes. La posición de los ocupantes fue, claramente, distinta.

190 ¿Vas a disparar?

191 Ese tiene bala, mi socio.

192 Mucho mejor, entonces.

193 Dónde iré. Me van a matar únicamente. Es mejor morir acá que vivir arrodillado.

194 Nos tendrán que matar únicamente porque de acá nosotros no nos moveremos.

195 No podían pegarnos así por así. Los muchachos tenían sus machetes.

196 Y si le hubieran pegado a los muchachos, hubiera habido una masacre.

197 Qué íbamos a hacer.

198 Quedamos ahí. Les miramos y retrocedimos.

199 Entendieron que los muchachos ya estaban muy disgustados.

Hicieron las paces y, comprometiéndose a recoger las cosas de las casitas ocupadas, despejaron el camino. El propietario se lamentaba porque no quemaron los ranchos ni se apoderaron de todas sus pertenencias. Luego de la retirada de la policía, los ocupantes volvieron a sus cosas. Vencidos, los propietarios acordaron vender su tierra al Indert para devolver a los ocupantes. En eso están, en encontrar los montos y las formas. VQ, todos los días, está con los trámites. Que un día sí, que un día no. Que ya se tiene el dinero, pero que queda algo que saldar. No hace más de un mes recibió este mensaje de uno de los dueños: “ya volverá el Partido Colorado al poder”. Con Emilio y C.F nos dirigimos en moto al arroyo. En el camino cruzamos un territorio lleno de troncos de antiguos y enormes árboles echados para preparar la siembra de las semillas transgénicas. Parece un paisaje devastado por un incendio forestal. Cuando las máquinas avanzaron en ese terreno los miembros de la comunidad se acoplaron completamente a la recuperación del territorio para la producción agrícola familiar. La comunidad reaccionó enfrentando las máquinas y desahuciando a los motoristas.

El manantial es agua transparente y rica. Reforzamos el termo de terere y recorremos una parte del arroyo hasta encontrarnos en una hermosa playita de arena. En ese lugar, de aire fresco, agua cristalina e intensos olores comprendo por qué la comunidad de Pindo se jugó la vida por ese territorio. Pindo es, definitivamente, un buen lugar para vivir, me digo, al igual que Marina Kue que, con su arroyo, su bosque, su lago, redibuja ese paisaje de tierra mecanizada de más de 20 kilómetros como un oasis en el desierto. Mas la barrera impuesta por los ocupantes ni los machetes y las escopetas que levantaron aquel 15 de junio no bastaron para que los policías quedaran en el brete y dialogaran con ellos. Bunge, Cargil y Adm tienen silos muy cerca de Marina Kue. Ceder ese lugar para un asentamiento humano sería una derrota en esa larga ocupación territorial de la producción transgénica. Además, al no poder convivir con el veneno utilizado para la soja y demás granos transgénicos, las comunidades irían luego por más. En la última visita a Pindo, los pobladores acababan de salir a la ruta a reclamar la recuperación del territorio agrícola familiar. Es que desde que se impuso el golpe sicario formalizado del 22 de junio de 2012, y desde que se dijo que ya no se avisarían a los posibles afectados sobre las órdenes de desalojos, la comunidad de Pindo monta guardia permanente desde el cruce hasta los fondos de esa calle de tierra que luego de pasar barrancos, arenales, se interna hasta tropezar con las orillas del Caraguaty y.

Lo que Vidal Vega sabía

Las letras de la ley y de la justicia en favor de los pobres duermen cuando el poder establecido actúa con la total impunidad y los gerentes de los gobiernos de turno no se atreven a poner en riesgo ese poder, dejando al desamparo a la gente frente a los aparatos formales de represión, como ocurre casi todos los días, y como ocurrió el 15 de junio de 2012 en Marina Kue. En el campo, cuando los aparatos formales de represión no dan abasto; cuando la gente, en su miseria absoluta, se reinventa para exigir sus derechos, aparece el matonismo sicario como forma de silenciamiento. Este es el escenario en el que, aquel sábado 1º de diciembre de 2012, un sicario terminó con la vida de Vidal Vega, dos veces secretario de la Comisión Vecinal Naranjaty, y en el momento de su muerte, síndico de dicha comisión y activista de la organización de víctimas y familiares de víctimas de la masacre. No esperaba yo novedad alguna aquel sábado caluroso en la Plaza de la Libertad, tomando terere y jugando a las damas, cuando V.Q me llevó la noticia. La noticia me sobrecogió. Recordé entonces la última

entrevista con él, en su rancho. Recordé a aquel hombre que había recreado una manera muy peculiar de captar y mejorar la señal de televisión: por encima del techo de eternit emergían dos palos de tacuara en cuyas puntas un foquito tirabuzón recibe un cable con farolitos tras un recorrido por otros tres tubos fluorescentes rectos y finos entrecruzados. Recordé que en Vidal relucían dos dientes enchapados que revelaban la época de su juventud en que usar relojes enchapados en oro, un diente dorado reluciente, algún anillo carretón o pantalones con botamangas anchas eran *repurete*. Recordé también que la casa de ladrillos de techo eternit albergaba una abarrotada alcoba, un rancho con un fogón a leña y un pequeño depósito de materiales de trabajo y que en el *sitio* criaban dos enormes chanchos, daban sus primeros frutos las doscientas plantas de tomate y el gallo cantaba sin reloj en el tumulto de gallinas que se rebuscaban lombrices y semillitas en tierra abonada. Lo recordé amable, abierto, transparente y jugado por sus creencias. Y me maldije nuevamente esa forma tan estúpida de perder las cosas. Una semana antes debía entrevistarme con él, con él que me había conseguido los videos de la masacre campesina, pero no, había perdido la plata destinada para el viaje. Aquel sábado 1º de diciembre me dio por llorar, por gritar o desaparecer justo en un momento en que andaba en esa intención extraña, vana, de ser un hombre rudo. Vidal tenía sus diferencias metodológicas con la última ocupación, pero entendía claramente que la forma en que se organizó tuvo por base la profunda creencia de que esas tierras eran del Estado y que estaban, legalmente, habilitadas para la reforma agraria. “Iclaroporãiterei lo mitãme. Ndaha’éiko la campesino itavýva ni ijabusivo. Lo mitã oentendeporã mavã mba’épa, pero ñande ñaĩ peteĩ mafia del poder judicial, mafia política omantenéva ko’ãa mafioso o usurpáva, upéva la tema, ha ojeroviahikuái porque oguereko peteĩ poder alternativo ñaneretãme²⁰⁰.”

Ya en la tardecita del 14 de junio de 2012 el mundo de Yvytytã enrareció. La noticia corría de puerta en puerta. “Outama la desalojo che áma”²⁰¹, le dijo Vidal Vega a su mujer. Montó la moto y salió a la ruta a observar aquel espectacular despliegue policial. En la noche del 14 ya estaban acampando en el portón principal de acceso a Marina Kue los 42 efectivos del Grupo Especial de Operaciones, unas 25 patrulleras al costado de la ruta principal y la policía montada. El presentimiento de que algo muy grande ocurriría lo asaltó. El sabía que esta vez muchos ocupantes habían decidido morir por aquel pedazo de tierra y también recordaba que ni el desalojo del 2010, en que el que metieron presas a 49 personas, presentaba ese cuadro operacional de la Policía Nacional. Por qué Marina Kue había adquirido tanta importancia, se preguntó entonces, al memorar que desde un mes y medio atrás ya estaba acampado un pelotón del grupo de operaciones especiales y efectivos policiales de otras unidades. “Ndaha’evéima peteĩ desalojo común ni ndaha’evéima problema judicial. Che a maneja laja kóa ha’éma golpe políticorã, porque más de un mes 100 a 150 policías orrodea, orronda, oreko hikuái peteĩ estrategia. Ha upe díape o inunda hikuái”²⁰², nos contaría después. Aquel majestuoso despliegue mantuvo en vigilia a varias familias de Yvytytã en la noche del 14 de junio, y a la madrugada del 15 el minucioso recorrido de rebuscarse virutas para la fogata y

200 Era muy claro para la gente. No es que los campesinos seamos ignorantes y abusivos. Sabían muy bien de quién eran (las tierras), pero estamos en una mafia judicial, en una mafia política que mantiene a estos usurpadores y se ufanan de tener un poder alternativo (paralelo) en nuestro país.

201 Ya viene el desalojo, mi ama.

202 Ya no era un desalojo común. Como yo manejo, ya era para un golpe político porque más de cien, ciento cincuenta efectivos policiales rodeaban, rondaban, desde hacía más de un mes, y aquel día los inundaron.

hierbas para el mate se alteró completamente. Más de un centenar de personas de Yvypytã observó ese desplazamiento policial desde las cuatro de la mañana. El teléfono de Vidal Vega no paraba de sonar. La desesperación se había apoderado de las familias de Yvypytã. Vidal Vega comprendía que el operativo policial era parte de un plan mayor. Cómo se explica entonces, se preguntaba, aquel operativo jamás visto de sacar de una ocupación a un grupo de no más de 60 personas con ese despliegue policial. Vidal se enteró del operativo el día anterior cuando sus vecinas enfermeras fueron convocadas, cuando observó el desplazamiento en la noche del 14 de junio de tres grandes colectivos con los efectivos traídos de Ciudad del Este, cuando vio desfilar cuatro ambulancias, cuando escuchó el sobrevuelo temprano del helicóptero. Ya eran para él señales de malos augurios. Vidal conocía la intimidad de aquella ocupación, la historia de esas tierras, la decisión de los antiguos ocupantes de aferrarse a su parcela y al dedillo manejaba el expediente 135.504 del Indert. Es el expediente de la Comisión Vecinal de Sinttierras de Naranjaty que él tramitaba. Tanto sabía que de un santiamén nos contó el número de expediente, nos confirmó que esa tierra fue donada a las Fuerzas Armadas en el '67, que Nicanor Duarte Frutos transfirió al Indert en el 2004 para la Reforma Agraria, que Campos Morombi intentó legalizar la usurpación con un juicio que salió a nombre de otra finca, que el abogado Víctor Peña Gamba, tres años después, en vano quiso corregir, y que, por lo tanto, y en consecuencia, esa tierra era del Estado paraguayo, únicamente del Estado paraguayo y debía ser distribuida a la Comisión de Sinttierras de Naranjaty que la tramitaba desde el 2004. Qué es todo esto mi Dios, por qué tanto absurdo, por qué ese despliegue policial contra campesinos que ocupaban una tierra a la que tenían derecho por Constitución, por ley, por inciso, punto, coma. *Mba'ére, mba'ére*²⁰³. Vidal tenía un presentimiento aterrador que en vano intentó ocultarle a su mujer y en vano quiso administrar con los vecinos que asaltaron la ruta para observar el despliegue. Vidal tenía más información que el resto y, aunque nervioso, con un trágico presentimiento, trataba de sobreponerse para contener la avalancha de madres y hermanas desesperadas que se habían agolpado en la ruta principal desde las cuatro de la madrugada. No le cabía en la cabeza la presencia de efectivos armados con Galil, fusil ametrallador con posibilidad de dar en el objetivo hasta de 300 metros, con MP5, pistola ametralladora calibre 9mm, efectivos de la FOPE, del GEO, de la Montada y refuerzos de la policía convencional. Las cuatro de la mañana comenzó la lenta incursión policial al territorio ocupado. Luego de la masacre, Vidal se integraría plenamente a la comisión vecinal de sinttierras Naranjaty y a la comisión de víctimas y familiares de víctimas, organizando el vínculo de las víctimas con agentes de derechos humanos, con los investigadores de toda laya y asumiendo las posiciones frente a los nuevos gerentes del gobierno paraguayo. Él portaba un desafío para las nuevas autoridades: “Roheta chupekuéra ojapótapa hikuái (el asentamiento) o rojapóta ore. En eso no hay negociación posible”²⁰⁴, nos comentaba en la entrevista y, con una fuerza que representaba el espíritu de esa histórica lucha campesina, disparaba otro misil: “Marina Kue tiene que ser asentamiento humano y campesino. No pueden quedar impunes 17 muertos”. Vidal Vega, 47 años, nacido en Paso Mbutu, Horqueta, Concepción, hombre abierto, amable, fue abatido en la madrugada del 1° de diciembre de 2012 en su rancho, frente a su familia, por balas sicarias. En la región, su voz clara, transparente, se suma a otras voces como la del gran líder de Santa Catalina, Yasy Cañy,

203 Por qué, por qué.

204 Les diremos (al gobierno) si harán ellos el asentamiento o lo haremos nosotros.

Mariano Jara, asesinado, en el 2010, frente a sus familiares por un matón de terratenientes que rápidamente fue liberado por la mafia política y judicial de Curuguaty tras su captura por los vecinos del lugar y un policía que creía estar cumpliendo su deber.

La impotencia

Decíamos que la humedad se había apoderado del campamento de los ocupantes y enfermado a la gente aquellos días previos a la masacre. Esa razón y sus tres hijos en la ocupación fueron más que suficientes para que María Estela participara íntegramente del campamento con la esperanza de que los suyos, al igual que ella y su marido, consiguiesen un sitio para fundar un hogar. Madre ella, enfermera ella, María Estela se quedaba incluso a dormir en el campamento “porque ojagarrapáma chupekuéra la humedad. Ou oky hetaiterei ha he’õmba la ikochõ. Oky heta, ro’y, hykuepáma ha hasypáma avei pépe hikuái”²⁰⁵. En nuestro mayo lluvioso, el lago y el arroyo tan cercanos al campamento aumentaban la sensación de frío, humedecían más el campamento y facilitaban una extendida gripe. Dejemos a María Estela que nos recree ese escenario: “Hasta ao o-comparti hikuái oñondivepa. Itriste’i rehecha algunos ndaijaói ha ku iro’ýrõ, ojatapy lo mitã carpa gúype, ombyaty jepe’a ha ojatapy, inclusive la ijao omokã tatañime”²⁰⁶. Su hija, Brígida, 26 años, con tres hijos varones, se salvó de la masacre por pura casualidad. Ella estuvo en el campamento desde el 15 de mayo, al igual que cinco mujeres más que también necesitaban un pedazo de tierra donde asentarse, producir y dar de comer a sus críos. Brígida no puede explicarse cómo pudo ocurrir la masacre. “Mba’éichambo ha’éta ndéve, ndagueroviáiti ko’agáite peve la oikóva upépe. Che aimo’ã i-fácilta la aha añafincá che memby kuérandi, por lo menos animal acriá haguã”²⁰⁷. Ella se enteró por la radio de la tragedia y le asaltaron susto, preocupación y rabia que la sacudieron ese día y los días posteriores. *Kuña pyryryí*²⁰⁸, María Estela, su madre, es de esas mujeres que pueden alzar el mundo al hombro, un poco por el carácter heredado de la madre, y gran parte porque en su vida todo lo fundó con su marido. Ambos de la Pastora, Caaguazú, se acoplaron a la primera ocupación en esas extensas tierras que durante el régimen de Alfredo Stroessner se cedieron al entonces jefe de la Policía, Francisco Britez Borges. Era enorme *ka’aguy*²⁰⁹, recuerda, y su marido agrega: “Ore rojurõ guare ko’ãa ka’aguy ha jaguarete kua”²¹⁰. De su comunidad, Britez Cue, hubo una docena de ocupantes, la mayoría muy jóvenes, entre ellas su hija, madre soltera con tres hijos que, casualmente el día de la masacre, no se encontraba en el lugar sitiado. Casi todos los ocupantes de Marina Kue eran muchachos que crecieron en otros asentamientos

205 Les agarró completamente la humedad. Llovió demasiado y se mojaron los colchones. Mucho llovió, hacía frío y se enfermaron.

206 Hasta ropa compartían. Era muy triste ver a la gente con frío y sin ropa. Prendían leña debajo de las carpas, inclusive la ropa secaban con fuego.

207 Cómo decirte. No creo hasta ahora lo que pasó. Yo creía que sería fácil conseguir un terreno donde afincarme con mis hijos por lo menos para criar animales.

208 Mujer guapa, rápida.

209 Monte

210 Cuando vinimos, esto era monte y lugar de jaguareté.

como Carro Kue, Yvypytã, Britez Cue, Pindo... Aquel 15 de junio ella estaba en su trabajo, en el puestito de salud de Britez Cue. Allí escuchó en la radio que en Marina Kue ya se había desatado el enfrentamiento, con campesinos y policías muertos. Britez Cue está ubicado como a 30 kilómetros del teatro trágico. En sus fondos se observan ya las primeras líneas boscosas del Mbaracayu. A esa altura la tierra roja y fértil empieza a ceder a la arcilla y a mutarse en pedregullos, forjándose terrenos buenos para pastoreo y poco hábiles para la agricultura. En el mismo momento en que ella se enteró de la tragedia, le dijo a su compañero de trabajo: “che aháta upépe, porque che aguereko che familia”²¹¹. Al salir a la calle se encontró con mucha gente en moto, gente conocida a la que en su gran mayoría, en su función de partera empírica, ayudó a cortar el cordón umbilical. En 40 minutos llegó a la ruta, encontrándose con el escenario de la tragedia completamente sitiado. Buscó internarse entre los trabajadores de salud. Nadie más que la policía, hasta tres horas después, podía ingresar. “Ndaikuaái ko ahanepa atopa vivo o muerto la che familia kuéra”²¹². En vano fue el intento de hablar por teléfono con sus dos hijos, de 20 y 16 años. Desde ese lugar observó el espectáculo de balas, bombas de gases lacrimógenos tiradas desde el helicóptero, llamaradas y un tumulto que le remitía a los relatos de su padre sobre la Guerra Grande y se imaginaba así la Guerra Grande. Le asaltó la memoria esas otras memorias de los antepasados al vivir aquella humareda levantada por la pólvora, el *tatarendy*²¹³, “pe helicoptero’i mba’éicha odispara hina, pe tata rendy ho’a nderehe, la metralleta iformal-ete ojepoi laja upe rire hína. Pe kállepe katu ndaikatúi ne rembiapo chuguikuéra ni forma de auxiliar oikotevêva pérupi, opytáva opytáma”²¹⁴. Ella, amiga de la mayoría de los ocupantes, recibía llamadas por celular que le informaban de heridos que quedaban atrapados sin auxilio, pero nada de sus hijos. Tres horas esperó ahí, entre los trabajadores de Salud, impotente, sin información de sus hijos, y sin poder auxiliar a los heridos campesinos, mientras que los policías eran rescatados por sus camaradas en esas primeras horas de la masacre. “Pe socorré ñande gente pe ha peheja umi otro pe”²¹⁵, escuchó ella decir a uno de los jefes de la operación rescate. Ella, allí, que esperaba una información de sus hijos; ella, enfermera, sin poder auxiliar a los heridos, observó cómo los heridos policiales eran auxiliados y ella, allí, comiéndose las uñas sin información de sus hijos ni del estado de los campesinos heridos. Para María Estela no era un espectáculo de morbo, de aglomerarse para ver quién quedó atrapado debajo de una rueda de camión o quién se rompió las costillas en los profusos accidentes de moto, sino que, aparte de contar con dos hijos de la ocupación, vio nacer y crecer a la mayoría de los jóvenes de Britez Cue y acompañó permanentemente la ocupación con medicamentos y víveres. Compartió con ellos el frío, la humedad, el mate, la fogata, la gripe y la espera de contar con ese pedazo de tierra usurpada por Campos Morombi del Estado Pparaguay.

211 Yo me iré porque allá tengo familia.

212 No sabía si iba a encontrar viva o muerta a mi familia.

213 Fuego

214 El helicóptero, cómo caía el fuego sobre la gente, el sonido de la metralleta. Y en la calle no se podía trabajar de ellos, no se podía atender a la gente necesitada, quien quedaba, quedaba.

215 Socorran a nuestra gente y dejen a los otros.

Hay mujeres...

Hay personas que hacen que esta historia no sea un punto muerto y que la bastarda idea que arropa nuestros cobardes corazones de que nada se puede hacer contra lo establecido esté en litigio y se arbitre una duda que nos recuerda que la historia es un punto móvil. Es gente, en fin, necesaria. Aquel 15 de junio, a Dominga Noguera la información de la masacre la encontró en el asentamiento Mandu'arã, en su habitual recorrida por las comunidades. Ella, mujer de organización, ya tenía información previa sobre el desalojo. Y de los tantos que en su vida vivió y acompañó no se esperaba nada de envergadura. Si en la última intervención policial desalojaron a 650 personas para sacar del terreno ocupado, qué cosa extraordinaria podría ocurrir en una incursión armada para desterrar a un puñado de jóvenes, mujeres y niños. Nada extraordinario. Qué resistencia podría oponer esa gente. Dominga, al igual que la mayoría de la dirigencia campesina, estaba en otra cosa, estaba en consolidar los asentamientos conquistados desde las semanas posteriores de la caída de la dictadura stronista. Ella misma había apoyado esa idea de que lo más importante en ese tiempo no eran las nuevas ocupaciones sino cómo sostener la vida comunitaria en esas cien mil hectáreas que la gente conquistó a lo largo de 20 años en el departamento de Canindeyu. Qué hacer para que los jóvenes no emigren por estudios, por conseguir salarios, para que no se revendan los terrenos, para que la producción primaria tenga precio, para extender mercado, salud, educación y demás servicios en esas comunidades. Entonces, con la dirigencia campesina ocupada en tramitar servicios, conseguir capital a través de proyectos agrícolas, ampliar coberturas de salud y educación en los asentamientos, los nuevos ocupantes de tierra quedaban, en general, sin una cobertura organizativa mayor, una de las razones por las cuales emergió en el centro de la disputa territorial la Liga Nacional de Carperos, que en el primer año de gobierno de Fernando Lugo metió gran presión con las carpas establecidas al costado de las tierras de Texeira, en San Pedro, de unas 22.000 hectáreas y que se ubicara como primera fuerza de ocupación con alrededor de cinco mil personas que exigían un asentamiento en Ñacunday, Alto Paraná, en tierras usurpadas por el zar de la soja en Paraguay, el también brasilero Tranquilo Favero.

La anterior ocupación de las tierras de Marina Kue, que desembocara en un desalojo de unas 650 personas, fue liderada por una persona afín a este sector, el dirigente liberal Leonor Rivas. Con las más antiguas organizaciones campesinas metidas en consolidación de servicios para los asentamientos, y golpeado con fuerza (alrededor de cincuenta imputados por perturbación de la paz pública, invasión de propiedad y otros presuntos delitos) el intento de dirección de la ocupación por parte de gente afín a la Liga Nacional de Carperos, los últimos ocupantes de Marina Kue quedaron aislados, sin cobertura política mayor, sin fuerte vínculo institucional y con la sola idea de aferrarse a ese pedazo de tierra, que con razón superior de la necesidad se juraron defender con la vida si fuere necesario. Dominga Noguera es médica naturista, con estudios en diversas universidades. Vive en el pueblo de Curuguaty, al lado mismo de la radio popular Canindeyu que ella ayudó a instalar y ayuda a sostener con mucha otra gente de organizaciones sociales. Con orgullo sostiene que de su antigua comunidad, Luz Bella, a tan solo una semana de haberse caído Alfredo Stroessner, ocuparon un extenso latifundio y lo convirtieron en lo que hoy es el populoso asentamiento campesino Maracana.

Aquel 15 de junio ella se enteró temprano de la tragedia. Al igual que María Estela, dejó sus cosas y se mudó a Curuguaty para ver en qué podría ayudar. Allí se percató de que los policías

heridos eran llevados en ambulancias, camionetas comunes, contaban con doctores e instrumentos de salud, pero que ningún campesino, herido ni muerto, era sacado de ese territorio sitiado sino hasta las 10 de la mañana. “Che aha a-ayuda haguã alguna cosa-pe, pero roguevi jevy²¹⁶, porque estaba todo cubierto, todo cerrado por la policía y no dejaban pasar”, comenta. Al ver que la policía cercó el escenario de la masacre, Dominga se dirigió al hospital de Curuguaty. En el hospital conversaron con la ministra de Salud, Esperanza Martínez, que ya había emitido una orden a la dirección regional de no enviar personal médico al escenario de la tragedia porque seguían escuchándose tiros esporádicos que mucha gente asegura eran parte de la cacería posterior de los campesinos heridos o refugiados, muchos ya indefensos. En fin, “i-preocupante la situación, tumulto ápe ha amo, desesperante, ndeikuaái mba’épa rejapóta”²¹⁷. Al enterarse de la orden del Ministerio de Salud de no enviar más personal médico a los campos de Marina Kue, ella se puso en contacto con un ex alumno, trabajador por entonces de APS (Atención Primaria de Salud) y otro alumno, indígena, que conocía bien el territorio ensangrentado. Juntos prepararon el terreno para ingresar “porque roikuaa la heta campesino herido oïha upépe ha la agente de salud ndoguerokovéima la orden oikhehaguã hikuái”²¹⁸. Entonces, prepararon un equipo para entrar. Dominga y los familiares de las víctimas sabían casi con precisión la ubicación de algunas personas heridas en mal estado, sin posibilidad de socorro inmediato. Con ocho paramédicos y varias personas afines a las víctimas ingresaron al territorio. Entraron como si fueran trabajadores de salud, con sus vestidos blancos, algunas insignias de la Cruz Roja y remedios básicos. El equipo de cuarenta personas que Dominga Noguera reclutó podría encontrarse con escenas muy desgarradoras. Decidieron morderse la lengua para no levantar la sospecha de la policía que mantenía sitiado el lugar. Con el vestido blanco, el equipo improvisado de socorro de los campesinos heridos no tendría inconveniente de ingresar a los fondos, hacia los barrancos, el arroyo, la zanja. De los cuarenta, Dominga contaba con ocho personas con capacidad de prestar socorro médico inmediato. El resto era familiar de los ocupantes con “corazón”. De esta gente se esperaba ayuda en la búsqueda y contención al encontrarse con casos graves. Este equipo de tareas extra institucional rescató a siete heridos graves. “Ronohẽ kyhápe, ore espáldape, ronohẽ. Ohupytyhápeve la camión rogueraha hospital privado-pe”²¹⁹. De no ser por esta intervención de coraje y compromiso con la gente, ella cree que a lo mejor amanecían siete muertos más. Aparte de los siete heridos muy graves, sacaron a unos cuantos más que podían caminar con ayuda. La penetración del equipo paramédico permitió la ubicación de los muertos, cuestión que ayudó a la búsqueda del otro día cuando los familiares, desbordando el miedo y el cerco impuesto por la policía, ingresaron, con la multitud agolpada, a buscar los cuerpos abandonados en el territorio: los cuerpos de Fermín Paredes y De los Santos Aguero.

En ese tiempo el ex diputado Colmán ya había revisado su posición. De incitar a sacar a como dé lugar a los “terroristas”, se sumó al malón que ingresó a buscar los cuerpos abandonados al

216 Yo me fui para ver en qué podía ayudar, pero retrocedimos.

217 Era desesperante la situación: tumulto y desesperación por todas partes y no podíamos hacer nada.

218 Porque sabíamos que había varios campesinos heridos y que la orden era que los agentes de Salud ya no ingresaran en el predio.

219 Sacábamos a los heridos en hamacas, sobre nuestras espaldas. Y hasta donde daba el camión los llevamos a hospitales privados.

otro día. Dominga acompañó otra vez a los familiares. Una foto que recorrió el mundo muestra la desolación de Martina Paredes, hermana de Luis y Fermín Paredes, al encontrarse con Fermín cubierto ya con una frazada negra, abandonado en un pastizal, con balas atropelladas en la boca y una tira de balas de grueso calibre que le extendieron sobre el torso antes de dejárselo abandonado. En el escenario del crimen no solo encontraron dos cuerpos sino que muchísimas balas utilizadas por la policía de asalto durante el operativo que no fueron incluidas entre las evidencias levantadas por la fiscalía del escenario del crimen. Fue así como la gente de Curuguaty salvó a siete heridos graves y fueron las personas de las comunidades vecinas las que ubicaron los cuerpos de dos fallecidos abandonados por la policía en los pastizales.

El duelo policial

El mundo arde. El *removido* no deja de alzar y de bajar pasajeros de la ruta 7 que conduce a Ciudad del Este. Pronto me doy cuenta de que tardaríamos por lo menos unas siete horas en hacer el trayecto Asunción, Ciudad del Este. Los días previos a la peregrinación a la Virgen de Caacupé son siempre así, sofocantes, me recuerda un pasajero. Había sucumbido nuevamente a la propaganda de *sí señor, es un colectivo directo señor, llega en cinco horas señor*. El acondicionador de aire pronto colapsa y el chofer accede no sin chistar a la masiva exigencia de abrir las ventanas. Le había prometido a José Almada llegar hasta su unidad, el Grupo de Operaciones Especiales, antes de terminar su turno. La sal del cuerpo desborda en sudor y el cuerpo pegajoso lejos estaba de inundar colonia francesa. Mal día para avanzar en *El mundo según Monsanto*, me digo, e intento, por fastidio, mecirme en un aletargado sueño. Ciudad del Este nos recibe con aire caliente y una fila de más de tres kilómetros de grandes camiones transportadores de granos, los silos de Cargil y otras empresas, y ese relieve boscoso del Paraná que recorre las tierras más fértiles de América del Sur y que cobijara hasta no hace mucho tiempo el Bosque Atlántico y miles de especies forestales que Moisés Bertoni con tanta paciencia registró. A la salida de la terminal de ómnibus, una hilera de carpas de hule negra cobija a una comunidad indígena desterrada de sus antiguos territorios.

El Grupo Especial de Operaciones se encuentra en el centro de Ciudad del Este. En el casino de la unidad, una estampa de los seis efectivos fallecidos, todos del GEO, con Santa Rosa, la santa de los policías que dice: “vengan mortales piadosos y ayudénes a alcanzar, que Dios les saque de penas y les lleve a descansar”. En el patio, un monolito marmolado con el nombre de los combatientes caídos en Curuguaty sirve de cabecera de la pista de formación, en cuyo centro una circunferencia contiene el símbolo de la unidad: un puma en disputa con flechas. En el stand de tiro, una chapa de madera recuerda al más joven de los caídos, que cursaba el segundo año de la formación general del GEO, con su número 217. En el Comando “dejamos de ser nosotros mismos para, como los prisioneros de guerra, ser un número al servicio completamente de la unidad y a disposición de la orden”, cuenta José. Almada es el primer y el más antiguo instructor de los miembros del Grupo Especial de Operaciones, creado en 1994. En sus primeros años de la carrera policial, Almada estuvo al servicio del Regimiento Escolta Presidencial, durante el último período de gobierno de Alfredo Stroessner. La noche del 2 y 3 de febrero de 1989, a media hora de haber dejado la guardia, dormido ya, le sorprendió el golpe de Estado promovido por el consuegro de Stroessner, el general Andrés Rodríguez. En el 1994, durante el gobierno de Juan Carlos Wasmosy, se le encomendó la tarea de organizar

aquel cuerpo de operaciones especiales, que con el tiempo vendría a organizarse como fuerza táctica de los desalojos campesinos. En ese tiempo, él se trasladó de Asunción a Ciudad del Este, de donde no ha salido más, salvo para las visitas cada 15 o un mes a sus familiares que viven Itaugua. José Almada conocía a cada uno de los 42 miembros del GEO que ingresaron a Marina Kue encabezados por el subcomisario Erven Lovera y el oficial Osvaldo Sánchez. “Somos una entidad obediente, operativa, no deliberante, altamente entrenada para combates cuerpo a cuerpo, recuperación de rehenes...”, asume José Almada. Aquel 15 de junio, al enterarse de la tragedia y de las bajas policiales, José Almada se trasladó en una ambulancia hasta Curuguaty. En el hospital, desesperado, intentó ordenar aquel caos de heridos y muertos entre los suyos. La tensión y el desborde en las fuerzas policiales eran totales. “Así debe ser la guerra”, comenta un suboficial aún no recuperado del susto aquel. Como memoria de esos momentos de alta tensión, José Almada guarda en su celular un mensaje fechado aquel 15 de junio: “Cuidense, hay gente que se prepara para ir a matar policías”. Al igual que Lovera y los demás miembros del GEO, Almada conocía poco o casi nada de la situación de las tierras de Marina Kue y del entramado de poder, cuasi mafioso, que se había establecido en Curuguaty desde hacía décadas. “Nosotros recibimos órdenes y actuamos en consecuencia, no somos una entidad deliberante”, nos recuerda en el momento en que le consultamos si conocían los aspectos históricos de aquellas tierras o si sabían de las veces que de ahí desalajaron a campesinos con órdenes de allanamiento que camuflaban de cierta legalidad los operativos de desalojos. En el momento de la entrevista, Almada muestra sorpresa al enterarse, por mi boca, de la muerte por manos sicarias de Vidal Vega, dirigente de dos ocupaciones de Marina Kue. Abre bien los ojos al escuchar la información. Por qué hubo tanta presión para que procediera aquella intervención, se pregunta también Almada al recordar él, al igual que Vidal Vega, la envergadura de la incursión policial con una línea armada del GEO, de la Fope, la Montada y policías de servicio común y sobre todo al recordar que casi toda la capacidad operativa del Geo fue utilizada por más de un mes en los alrededores del lugar esperando, tal vez, la orden de desalojo.

Almada no estuvo en aquel enfrentamiento; solo pudo llegar a tiempo al hospital para ordenar qué hacer con los muertos y los heridos de sus cuadros de asalto. No estuvo en aquel enfrentamiento en que sus hombres cubrían al comandante Erven Lovera y al oficial Sánchez en la penetración del territorio ocupado por los campesinos. No estuvo en ese momento en que Avelino Espínola, uno de los más antiguos ocupantes de Marina Kue, desenfundó su machete, lo levantó, y le dijo a Sánchez “epyta upepe oficial”. No estuvo en ese momento en que de la primera línea policial, uno de los hombres entrenados para resistir situaciones de crisis y avanzar sobre territorio minado, disparó su metralla en las vísceras de Avelino y este cayó con su pesado cuerpo. Tampoco cuando lo echaron a Fermín Paredes con disparos certeros. Y no estuvo en ese momento de la reacción campesina que desorientó al frente armado policial hasta meterlo en un delirio de sangre, persecución y ejecuciones. El siente que algo extraño ocurrió ahí, que están metidas otras gentes, y se pregunta cómo reparar tamaño duelo de familias de las víctimas policiales y cómo reatar el valor y la obediencia entre sus subordinados. Almada recuerda a Erven Lovera como hombre de carácter, entrenado para intervenir en situaciones límites y a Sánchez, impetuoso, decidido. Me muestra una bufanda blanca con motas negras, regalo anticipado de la hija de Erven Lovera por el día del padre. Me muestra fotos de los efectivos del GEO muertos en aquella batalla y me habla de sus familiares en duelo. Me muestra, con orgullo, la caseta preparada artesanalmente para los entrenamientos de recuperación de rehenes o combate en cuadros cerrados. Aparte de desconocer por qué se le

dio tanta importancia a aquel operativo, Almada entiende que no se tenía plena información de inteligencia. “No puede ser que no se tengan todos los datos sobre la mesa antes de cada operativo”, se queja un alto oficial del comando, durante la entrevista en la unidad operativa. Inteligencia, inteligencia, qué paso con el servicio de inteligencia, se pregunta, además, aquel oficial, sumándose a la queja de un alto componente de la comandancia de la Policía de entonces. “El servicio de Inteligencia nunca estuvo dirigido por el gobierno. Es como si tuviera cuerda propia e intereses muy ligados a los terratenientes y otros sectores del poder en el país”, nos comenta una cronista policial de muchos años en el oficio. “Ellos no responden al Estado”, remata. Aquel 15 de junio los ocupantes esperaban diálogo con alguna autoridad que les mostrara alguna orden o les explicara a cuento de qué documento nuevamente se los iba a desalojar de aquel territorio donado por La Industrial Paraguaya S.A. al Estado paraguayo en 1967 y transferido por decreto presidencial al Indert en el 2004. Pero el operativo no fue encabezado ni por el comisario Arnaldo Sanabria, jefe entonces de la Cuarta zona, ni por la fiscalía Ninfa Aguilar, sino que directamente por un grupo operativo de asalto como lo es el GEO. Así, de esa forma, no habría diálogo y, sin idea de las condiciones subjetivas de la ocupación, procedieron a desalojar sin mostrar documentos, sin explicar razones, sin nada de nada. Todos los policías fueron a practicar un desalojo²²⁰, aún cuando que la única orden legal que se tenía era de allanamiento. La reacción campesina desarticuló al frente policial en la primera embestida. El blanco policial era único: los fusileros del GEO estaban todos en la primera fila, embutidos en esa calleja de tierra roja. Los seis policías que murieron, incluidos los jefes, y los heridos corresponden a ese único y fugaz momento de la reacción de los ocupantes. Un disparo echó de bruces a Erven y tres balas más, metidas en el pecho, muy cerca del cuello, lo dejaron sin aire. “Hemorragia aguda intratorácica” es la causa de la muerte de Lovera, afirma el médico forense Floriano Irala. Osvaldo Sánchez, el que forcejeaba con Avelino Espínola, tras la caída de éste, recibió también disparos de muy corta distancia por debajo del mentón y en el cuello, además de dos heridas de refilón en ambos lugares del cuerpo, según el informe forense. Los cuatros policías murieron por impacto de balas en el cuello, en el antebrazo, en el abdomen descubierto por la chaqueta antibalas, y uno de ellos recibió un disparo en la cabeza, el suboficial Juan Gabriel Godoy. “Las escopetas, en combate, al disparar proyectiles múltiples, es decir, una ‘nube’ de perdigones a la vez con cada disparo, permiten acertar con facilidad a corta distancia, aunque sea con parte de los perdigones, siendo un impacto de lleno, demoledor. El poder de detención de un disparo a corta distancia es enorme. Al ir ‘abriéndose’ la nube de perdigones se puede acertar a más de un blanco a la vez; si están juntos, a dos a unos 15 metros y a tres a unos 35 m. La dispersión de los perdigones y la rápida pérdida de velocidad hacen que pierda eficacia rápidamente a más de 50 metros.”, nos cuenta el diccionario cibernético Wikipedia sobre el arma mayoritariamente utilizada por los ocupantes.

Además de Lovera y Sánchez, en filas policiales murieron Juan Gabriel Godoy Martínez; Derlis Ramón Benítez; Wilson Cantero y Jorge Rojas.

220 Esta realidad es asumida por casi todos los efectivos policiales en sus informes adheridos a la carpeta fiscal.

El fantasma de la ocupación

Pocos ubican a ese hombre. Es moreno, pequeño, ojos saite y muy buen tirador. Al ver la forma en que se metía el frente policial, encabezado por fusileros en posición de tiro, este hombre presagió mucho olor a pólvora. Del frente campesino, se retiró unos metros hacia una explanada desde donde su visión para los disparos era bastante mejor. En el momento de la ocupación, contaba con un rifle de 18 tiros, convirtiéndose en la persona con mayor disponibilidad técnica e instrumental para el combate. Durante la reacción campesina, él habría descargado sus 18 tiros contra los policías de la primera línea y se abrió del escenario sin dejar más rastros. Algunas fuentes aseguran que este buen tirador habría dado con disparos certeros en el hombro y otros lugares descubiertos a por lo menos cuatro de los seis policías de asalto fallecidos. El conocimiento de la existencia de este hombre reabrió en esta investigación la sospecha sobre los francotiradores externos. Luego confirmaríamos que el innombrable era un desheredado más incorporado recientemente a la ocupación con intención también de obtener un lote para vivir. Luego de la tragedia, este menudo ser se convirtió en un mito silencioso en los parajes extraordinarios de la conciencia de algunos ocupantes. Por sus disparos contra la primera línea policial apilonada en una calleja de no más de dos metros de ancho, mucha gente pudo salvarse aquel día, nos comenta Don Leú, porque, desorientados los efectivos, se echaron al suelo y desde esa visión dispersa, poco precisa, atropellada por las balas, regaron de ráfagas desesperadas el escenario de la matanza. Una tarde de sol casi crepuscular, la primera revelación de la presencia de este hombrecito me produjo escalofríos y mucho qué pensar. Hoy, cerrando estas páginas, he decidido dejar sin trazos definidos a este protagonista, un poco por la imposibilidad de seguir sus rastros atizada por el miedo recreado con el asesinato de Vidal Vega y otro tanto por la complejidad misma de un caso que para la fiscalía se ha cerrado solo en torno de los ocupantes, presentados como peligrosos criminales que se asociaron para matar a los policías. Aun con los cuidados tomados en la descripción casi fantasmagórica de este personaje, ahora mismo no sé si hago lo correcto al incluirlo en la publicación. Es más, no sé si hago lo correcto al publicar este libro.

Es una madrugada fresca y yo sin yerba ni gas para el mate. Veo en la cajita de Philip Morris dos pabilos de cigarro. Algo es algo.

Las tierras

Esa mañana del 15 de junio, Ignacio Vera, jefe del Indert en Curuguaty, recibió una llamada que lo dejó super exitado todo el día. Era de un funcionario del departamento de Migraciones de Salto del Guairá. Este le decía que él era blanco de un posible atentado y que mejor era que se cuidara, que por nada del mundo se acercara a Marina Kue y que huyera de Curuguaty. El sabía que la advertencia era seria y, en consecuencia, buscó un refugio en una comunidad de base campesina en Caaguazú. Ignacio Vera no era cualquier nombre ni su función era cualquier función. Ignacio Vera estaba escudriñando los papeles de todas las tierras usurpadas en Curuguaty y acompañaba desde su función los asentamientos en dichas tierras. Casi una semana se dio por desaparecido de la escena de conflicto. En la entrevista con él, todavía estaba con ese estado de vigilia que caracteriza el temor de una inminente muerte. Era ya agosto, sin embargo, y el pueblo de Curuguaty estaba masticando ya como rumor todo lo sucedido en Marina Kue. Era muy difícil escuchar diálogos y comentarios abiertos en ese

pueblo sobre lo ocurrido. Nos recibe en una casa de madera, con su esposa e hijos, en frente de un tanque de agua establecido en un camino de tierra roja, muy roja, enardecidamente roja. Había amanecido con frío y bastante humedad pero a la media mañana el sol abrigaba los cuerpos con un brillo intenso. Aun así, Ignacio no se había quitado el gabán ni desabrochado la camisa prendida hasta el cuello. Nos acompaña la colega brasilera Natalia Viana, de la Red Pública del vecino país. Ella conoce bastante de los conflictos en el campo de su país ya que, antes de incursionar en la investigación de Marina Kue, había publicado un libro sobre asesinatos políticos en el mundo rural en el período de gobierno de Ignacio Lula Da Silva. Un hombre de 47 años, cara gordota, roja y la nariz abultada, Ignacio cree profundamente en los papeles que saca de un enorme maletín de cuero blando. Quiere contar todo de una vez: la historia de las ocupaciones, las usurpaciones de tierras del Estado, los excedentes fiscales, los conflictos latentes. Nos muestra documentos firmados, decretos, mensuras de diversas ocupaciones en litigio entre el mundo campesino y los terratenientes. Nos habla de los entramados cuasi mafiosos que dominan la posesión de la tierra en el Paraguay y de los clanes jurídicos políticos. Es un raudal de números, mojones, linderos, decretos, titulaciones adulteradas. Pero como siempre la urgencia es la urgencia, y un foco invade todo el territorio de intereses, le pedimos concentrarnos en Marina Kue.

- Ah... Marina Kue, Marina Kue. Eha'arõ sapy'aite-, pide. Y desnuda un fardo de papeles. El ímpetu de sus palabras y su certeza de que esa tierra es probadamente del Estado me recuerdan a los testimonios de los ocupantes de Marina Kue. Me imagino a Avelino Espínola en ese momento en que decía a todo el mundo que ya no podían sacar de allí a los ocupantes porque los Riquelme no tenían documento alguno que esgrimir. La cabeza es un barrullo infernal; aunque no recomendable en el oficio, dejo de escribir y me apoyo en la grabación porque no hay manera de seguir la voracidad de esas verdades escupidas, esas verdades documentadas, constatadas, aparentemente inapelables en cualquier mínimo Estado de Derecho. Ignacio deja de mirar por encima de su lente a los vehículos que pasaban por frente de su casa para concentrarse íntegramente en la historia de Marina Kue, no sin antes acomodar lo que su cinto aprieta contra su crecida panza. Me imagino aquel escenario de tragedia delirante en tanto que Ignacio se devora las palabras mostrando la nota de la Armada Nacional a la Industrial Paraguay en la que pide en arrendamiento las tierras. "Acá está, miren, acá, esta es la nota". Luego la nota de la empresa respondiendo que quería donarlas al Estado Paraguayo. "Ven, acá están las notas". Y luego, como para cerrar aquel capítulo, en forma enfática, nos muestra el documento del 5 de agosto de 1967 por el cual efectivamente la Industrial Paraguaya dona a las Fuerzas Armadas 2.000 hectáreas y el decreto número 2.936 firmado por Alfredo Stroessner de aceptación de esa donación y su transferencia a la Armada Nacional. "Qué más, qué más", se pregunta, y rescata un nuevo papel. Es una mensura practicada por la Armada el 3 de octubre de 1969, hallando una superficie de 2.800 hectáreas; otra mensura, en el mismo año, para individualizar la finca donada de 2.000 hectáreas. La colega brasilera toma fotos de los documentos, fotos de Ignacio, de la casa, de las aves de corral, mientras deja que la grabadora registre la entrevista. Seguir el hilo frenético de Ignacio Vera, candidato ahora del Frente Guasu a la diputación por Canindeyu, es casi un imposible. Está como en un trance de éxtasis con los papeles que avalan que esas tierras donde mataron a once campesinos, con ejecución incluida, torturaron a mujeres y adolescentes, y murieron seis policías, son probadamente del Estado paraguayo y que fueron, en el 2004, transferidas al Indert para su distribución a los sintierras. Pero antes de llegar a este punto, nos muestra otra nota de la Armada Nacional de 1982 solicitando la escrituración en la Escribanía Mayor de Gobierno;

otra, reiterando el mismo pedido el 3 de agosto de 1983; otra del 19 de junio de 1992, repitiendo la misma solicitud. Por qué se postergaba su escrituración. “Por qué”, se pregunta. “Por qué”, y se aprieta la cabeza. Aun con el fresco de la mañana, se refriega la sudoración, y como en juego de naipes en solitario, esgrime la nota de 1982 de la Armada Nacional a Blas N. Riquelme pidiendo la cesión de cuatro hectáreas para abrir un camino que conduzca a la ruta principal a cambio de otras hectáreas de Marina Kue, más al fondo y colindante con el extenso territorio que en ese tiempo ya ocupaba la empresa Campos Morombi. Por qué no se registraba el terreno de Marina Kue. Un poco antes de que el gobierno de Nicanor Duarte Frutos destinara, por decreto, ese terreno a la reforma agraria, el 23 de junio de 2004 el comandante de la Armada Nacional solicita de nuevo a la Escribanía Mayor del Gobierno formalizar el registro. Ya en ese tiempo, no solo Campos Morombi, sino también la Hacienda Paraguaya había extendido unilateral y discrecionalmente sus lindes en detrimento de Marina Kue. No en vano fuera que la segunda línea de incursión policial para desalojar a los ocupantes entrara por los portones de la Hacienda Paraguaya y que, incluso, se le proveyera desde este establecimiento otros apoyos logísticos. Para Ignacio Vera el hecho de que en el 2004, ya luego de que el Estado decretara ese terreno como sujeto a la reforma agraria, se parara la escrituración a favor del Estado paraguayo respondía a la expresa intención de manipular los documentos. Recordemos que, inmediatamente luego de que el Estado paraguayo declarara de interés social con fines de reforma agraria esas tierras, el abogado de Campos Morombi, Víctor Peña Gamba, tramitó un juicio de usucapión. “Hay mucha manipulación de la mafia para adquirir por medio de la sentencia esa tierra. En el Indert y otros estamentos del Estado hay un equipo, como selección deportiva, para manipular los documentos”, asegura Ignacio.

La usucapión

En cuanto al juicio de usucapión promovido por Campos Morombi es conveniente aclarar que el supuesto derecho de ocupación de esas tierras es establecido contra La Industrial Paraguaya S.A. (LIPSA). Esta, al allanarse a la demanda, en la nota al juzgado dice que nada tiene ver en el juicio por cuanto que ya había donado esas tierras al Estado paraguayo. En su escrito, el abogado de LIPSA, Gustavo Ruiz, señala que la demanda no afecta directamente sus derechos de propiedad y que “al individualizar el área descrita en la demanda, mi parte confirma su sospecha de que la fracción que la actora pretende usucapir fue donada por LIPSA al Estado paraguayo en 1967”. Aun con esta aclaración establecida por la Industrial Paraguaya, y sin dar participación en el juicio a la Procuraduría General de la República ni al Indert, además de no averiguar nada sobre el tiempo de ocupación alegado por Campos Morombi, el juez Carlos Goiburu procedió a establecer como legítimo el presunto derecho alegado por Campos Morombi, pero cometándose un crasso error: la resolución salió con un número de finca que no correspondía a Marina Kue. Si el juez hubiera averiguado algo sobre la historia documental de esas tierras se habría percatado de que la Armada Nacional efectivamente las ocupó ubicando en el lugar un destacamento militar. Hubiera podido disponer de las mensuras establecidas, leer los decretos, la nota de la Armada a Riquelme pidiendo unas hectáreas para convertirlas en camino de acceso a la ruta principal, mirar las mensuras realizadas por esta institución castrense y los reiterados pedidos a la Escribanía Mayor del Gobierno de formalizar la propiedad. Es decir, hubiera podido establecer documentalmente que el tiempo

aludido de ocupación por parte de Campos Morombi (desde el 1° de enero 1970, según la empresa) no era cierto y que esas tierras eran (aunque por enredos burocráticos y manipulaciones perversas no estaban inscritas en el registro de la propiedad), del Estado paraguayo. La ocupación de esas tierras por parte de la Armada Nacional está más que comprobada. De hecho, el nombre común para los campesinos de las comunidades vecinas es Marina Kue, debido efectivamente a que en ese lugar se instaló el Destacamento Naval Agropecuario Km. 35. En el informe de Derechos Humanos sobre el caso Marina Kue se sostiene que la ocupación por parte de dicho destacamento “fue ininterrumpida desde finales de 1967 hasta finales de 1999, siendo desocupado el terreno en esa fecha por problemas logísticos” (Pág. 49). Y en la misma página el informe remata: “muchos de los campesinos que viven en la zona y que tomaron parte efectiva de la ocupación tienen la edad suficiente para guardar en la memoria la posesión efectiva de esas tierras por parte de la Armada”. De esta usurpación de tierra pública por parte de la empresa de Blas N. Riquelme ya había advertido el informe de la Comisión Verdad y Justicia, una comisión interinstitucional creada para investigar los atropellos cometidos por la dictadura de Alfredo Stroessner. Ya en dicho informe, entregado en el 2009 a los tres poderes del Estado, la Comisión Verdad y Justicia advertía que, además de otras usurpaciones de propiedad pública sobre las que nos detendremos en páginas posteriores, Blas Riquelme pretendía apropiarse en forma ilegal de otro inmueble rural de propiedad del Estado destinado para la reforma agraria: Marina Kue. El juez Goiburú negó el sentido común al definir por sentencia número 97 del 21 de diciembre de 2005 que esas tierras donadas por LIPSA al Estado paraguayo pasaran al patrimonio de Campos Morombi. Y su fundamento, excluyendo toda otra razón, es que esas tierras pretendidas por Campo Morombi estaban, en el registro de propiedades, a nombre de LIPSA. Un “detallecito” más: el último trámite, según acta, se produjo el 22 de diciembre, un día después de haberse firmado ya la sentencia. De este “pequeño detalle” se percatan los investigadores del Informe de Derechos Humanos sobre el Caso Marina Kue. “Finalmente, el 22 de diciembre de 2005 el juzgado dispuso la agregación de la última prueba solicitada en el juicio (el informe pericial para la determinación de los límites, linderos y superficies en litigio) y reiteró autos para sentencia” (Pág. 56). Más los detallecitos no terminan ahí. El juez José Dolores Benítez, el magistrado que ordenó el allanamiento con el que se operó el desalojo de la ocupación campesina en Marina Kue, es el mismo que el 28 de mayo de 2008 rechazó la demanda establecida por la Procuraduría General de la República de nulidad de la resolución de su colega Goiburu. También es el juez es que, un año después, concedió la rectificación de número de finca solicitada por Campos Morombi. Esto ocurría el 29 de junio de 2009. Parece un dato técnico menor, pero no lo es. Según de la mayoría de los abogados consultados, y a juicio del cuerpo de investigadores del informe de Derechos Humanos, esta pretensión tendría que haber sido rechazada, “dando lugar a una nueva demanda sobre un número de finca, padrón y distrito que no corresponden con los de la inscripción real del inmueble” (Pág.56). Luego de que el juez José Dolores Benítez rechazara el recurso de la Procuraduría, esta representación jurídica del Estado paraguayo apeló pero abandonó sin explicación aparente el juicio. El 10 de julio de 2008 el tribunal de apelación de la circunscripción de Canindeyu cerró el pleito planteado por la Procuraduría por haber esta desistido, según la resolución.

El enredo jurídico actual

La tierra de Marina Kue sigue anotada en la dirección general de Registros Públicos como finca madre número 30, con padrón número 61, a nombre de La Industrial Paraguaya Sociedad Anónima. El 5 de mayo de 2008, la comisión vecinal Naranjaty, presidida entonces por el asesinado dirigente campesino Vidal Vega, planteó ante el Indert, en el expediente número 1355, la mensura judicial de Marina Kue. Ante este pedido, el 21 de agosto de 2008, el representante del Indert Carlos Peralta Bordón, solicitó el juicio de mensura judicial ante el juzgado en lo Civil y Comercial del Sexto Turno de Asunción. Este juzgado admitió el juicio de mensura, designó agrimensor y delegó al juzgado de paz de Curuguaty practicar la mensura. Luego de un año sin que nada sucediera en el expediente, el 28 de mayo de 2009 se remitió a Campos Morombi la circular de mensura judicial. Esta, a través del abogado Juan Carlos Avila Meza, se opuso a la mensura y el juzgado ordenó la suspensión de los trámites. Indert apeló la medida y un tribunal compuesto por Carmelo Castiglioni, Linneo Insfrán Saldívar y Fremiort Ortiz Pierpaoli declaró desierto el recurso de apelación por supuesta falta de fundamentación.

En la actualidad

El 1 de diciembre de 2009 el procurador general de la República José Enrique García planteó la demanda de nulidad de la sentencia dictada en el 2005 por el juez Carlos Goiburu, argumentando no haber sido parte de aquel proceso. En este pleito, Campos Morombi sostuvo que la Procuraduría General de la República no era parte involucrada. Lipsa se allanó a la demanda. En su presentación, señaló otra vez que el terreno en disputa fue donado al Estado paraguay. Campos Morombi siguió sosteniendo que el Estado paraguay no tenía arte ni parte en la historia por cuanto que el terreno es un bien de dominio privado, inscripto en el registro público a nombre de Lipsa. El 6 de mayo de 2011, Campos Morombi sufrió su primer revés jurídico al rechazar el juzgado su planteamiento. Pero el 30 de marzo de 2012, dos meses y medio antes de la masacre, el tribunal de Apelación en lo Civil y Comercial, Segunda Sala, revocó el A.I. N° 532 del 6 de mayo y le impuso al Estado el pago de los gastos judiciales. Luego ya de la masacre, el 17 de julio de 2012, la Procuraduría General de la República apeló ante la sala civil de la Corte Suprema de Justicia. También el Indert tramitó un recurso de nulidad que todavía está pendiente de resolución.

Campos Morombi

Las maniobras de Blas N. Riquelme y su grupo empresarial Campos Morombi de hacerse de tierras públicas sin ser sujetos de reforma agraria son muchas y merecen, algunas, mención especial. Si bien la base de su fortuna la edificó durante el régimen de Alfredo Stroessner, a la caída, en 1989, Blas N. Riquelme, fallecido el 2 de setiembre de 2012, amplió enormemente sus negocios. Aliado principal de Andrés Rodríguez, el jefe del Ejército que había derrocado a Stroessner, acuerdo de por medio con la embajada norteamericana y un sector del Partido Colorado denominado tradicionalista, logró, tras maniobras sencillas, hacerse de más tierras del Estado y, sin necesidad de hacer trámite alguno, usurpó Marina Kue. Creció al amparo de esas formas de enriquecerse con el Estado a sus pies. Durante la denominada transición, con él

se institucionalizó en la jerga política paraguaya la *política de billetera*. Con esa política, él fue el primer candidato del Partido Colorado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, escenario para el cual la ANR prometió 250.000 puestos de trabajo. En esa oportunidad, el Partido Colorado logró el 60% de los escaños y dominó ampliamente la asamblea de la primera Asamblea Nacional luego de la caída de la dictadura de Alfredo Stroessner. Como bien nos describe el informe de la Comisión Verdad y Justicia, para organizar su feudo territorial, el empresario instaló el 26 de diciembre de 1969 la empresa “Campos Morombí S.A.C. y Agropecuaria”, por escritura pública N° 38, ante el escribano público Justo Germán Denis. En esta escritura aparecen como sus accionistas Blas N. Riquelme, Alfonso Capurro, Juan Bautista Riquelme, Santiago Carrillo, Higinia de Riquelme, Rodolfo Scolari, Carlos Santacruz, Francisco Reinaldo Poletti y Reinaldo Cástulo Giménez. En su primera gran conquista territorial, por escritura pública N° 675 del 31 de diciembre de 1969, ante el escribano público Ramón Zubizarreta Recalde, Blas N. Riquelme adquirió para la sociedad Campos Morombi S.A.C. y Agropecuaria 50.000 hectáreas de La Industrial Paraguaya S.A.²²¹, identificada como finca N° 1.352 del distrito de Hernandarias. Con ese territorio al que accedió de uno de los mayores latifundios enclavados luego de la Guerra Grande, Blas N. Riquelme inició un imperio económico que avanzará irremediamente hacia otros enclaves como Marina Kue. Pero veamos algunas de esas maniobras, antes de completar el círculo fraudulento que lo llevara a explotar una finca del Estado hasta conseguir seis órdenes de desalojos arropados de órdenes de allanamiento. Acudamos de nuevo a la brillante tarea documental realizada por la Comisión de Verdad y Justicia, encargada en esta sección de tierras mal habidas al abogado agrarista Alberto Alderete, que nos dice que el 6 de noviembre de 1974 Carlo José Santacruz, miembro del directorio de Campos Morombí S.A.C.A., adquirió del IBR (Instituto de Bienestar Rural, actual Indert) una superficie de 1.155 ha, 7.832, m², según título N° 82.208, finca N° 259 del distrito de Curuguaty. Carlos J. Santacruz, a su vez, transfirió el inmueble el 13 de mayo de 1975 a Blas Riquelme, cinco meses después de su adquisición, según resolución del IBR N° 550 del 23 de abril de 1975. Y que en fecha anterior, el 6 de noviembre de 1974, Rodolfo Scolari, también miembro del directorio de Campos Morombí S.A.C.A., adquirió del IBR una superficie de 1.175 ha, 138 m², según título N° 82.209, finca N° 258 del distrito de Curuguaty. Este, a su vez, cinco meses después de su adquisición, traspasó el inmueble a Blas N. Riquelme, según resolución del IBRN° 550 del 23 de abril de 1975. Ambas adjudicaciones fueron realizadas por el IBR el 6 de noviembre de 1974 y fueron de vuelta transferidas a Blas Riquelme también en la misma fecha: el 23 de abril de 1975. En dicho documento, la Comisión de Verdad y Justicia nos recuerda que la ley vigente al tiempo de dichas adjudicaciones era la N° 854/63. Esta ley, en su artículo 15, establecía que no podrían ser beneficiarios del Estatuto Agrario los propietarios de tierras rurales con más de 50 hectáreas. Para la Comisión de Verdad y Justicia, compuesta como órgano oficial de investigación de los abusos cometidos por la dictadura stronista, resulta evidente que los referidos Rodolfo Scolari y Carlo Santacruz (socios comerciales de Blas Riquelme), adquirieron dichos inmuebles para volver a transferir a Blas Riquelme, quien no podía haber sido beneficiado con tales tierras rurales por los impedimentos establecidos en la

221 Luego de la Guerra Grande, La Industrial Paraguaya S.A. compró del Estado 2.647.727 hectáreas de tierra, de las cuales alrededor de 800 mil hectáreas eran yerbales naturales. Uno de los accionistas de esta empresa fue el presidente post guerra Bernardino Caballero, reivindicado como el padre del Partido Colorado. Pero poco después, la mayoría accionaria pasa a una compañía británica que comprara, además, el ferrocarril construido por el Estado durante el Gobierno de Carlos A. López.

ley de referencia. Este mismo impedimento regía para Rodolfo Scolari y Carlo San José Santacruz por ser ellos también propietarios de tierras en la empresa Campos Morombí SACA. Y que, en base a estas consideraciones de hecho y de derecho, resultaba que las adjudicaciones hechas por el IBR y los respectivos títulos de propiedad “son nulos de nulidad insanable. Así deben ser declarados por el juez para que luego los inmuebles vuelvan al dominio del Estado”.

La preocupación de Tuma

El diputado Oscar Tuma lideró el líbello acusatorio para la destitución del presidente Fernando Lugo, ocurrida una semana después de la masacre. Este diputado, que de asumir la banca por Unace, se reubicara en el Partido Colorado cuando se perfilaba la candidatura presidencial de Horacio Cartes, el 2 de enero de 2012 solicitó al entonces presidente de la Comisión Permanente del Congreso Nacional, Efraín Alegre, que esta institución aprobara una declaración instando a la Policía Nacional a disponer de sus fuerzas para desalojar a los ocupantes de Marina Kue. En la nota, el diputado Tuma expresaba preocupación por la posibilidad de que los campesinos desforesten el territorio declarado por Campos Morombi como reserva natural privada. Decía entonces que la fiscalía era “uno de los pocos órganos que se encuentran actuando para erradicar la tala de árboles y la desaparición de animales silvestres”. Actualmente, la reserva natural privada, reconocida como tal por decreto número 14.910, del 2001, “se encuentra invadida y se han frustrado dos procedimientos ordenados por la Fiscalía para la detención de los delincuentes invasores. Y en ambas oportunidades, los procedimientos se frustraron por informes de la Policía Nacional de que no cuenta con personal suficiente”. Desde que Campos Morombi lo usurpó, gran parte de ese territorio boscoso de Marina Kue desapareció en favor de la plantación de las semillas transgénicas. Pero a más de eso, a la fecha de la declaración de reserva natural privada, por decreto número 14.910, del 8 de octubre de 2001, Marina Kue no formaba parte de las más de 20 mil hectáreas de la supuesta reserva, declarada como tal para evitar el pago de impuestos sobre la explotación latifundista. El presidente de la Comisión Permanente del Congreso Nacional, Efraín Alegre, candidato hoy a la presidencia de la República por el Partido Liberal Radical Auténtico, firmó una nota solicitando al Ministerio del Interior, a cargo entonces de Carlos Filizola, dar cumplimiento al procedimiento fiscal encabezado por Ninfa Aguilar. Estamos hablando del último operativo antes de la masacre, enero de 2012, con el que se desalojara a más de 600 personas del lugar. Este operativo provocó una reacción que acordonó por un mes a la fiscalía de Curuguaty que otra vez imputó a varias personas por perturbación de la paz pública e instigación a la violencia. En las últimas elecciones internas del Partido Colorado, Oscar Tuma fue el candidato oficial de Horacio Cartes a la diputación en Asunción. De la mano de este señor se convirtió en el candidato número uno por este partido en capital para las elecciones de abril próximo.

Ninfa Aguilar

En cuanto a la fiscalía Ninfa Aguilar, la liberación al segundo de día la detención del principal sospechoso del asesinato de Mariano Jara, ocurrido el 26 de noviembre de 2010, en la comunidad de Santa Catalina, Yasy Cañy, marca un expediente de peso. El asesinato de Mariano Jara lleva el signo inapelable de la mafia. Un hombre moreno, robusto, trasladado en

moto, llegó a la casa, alrededor de las dos de la tarde, y le disparó a quemarropa. Tres personas vieron al hombre, entre ellas, la esposa de Mariano, Victoria Maylin de Jara, y reconocieron como presunto autor de los disparos al brasilero Luis Carlos Faustino, atrapado a la misma noche por la reacción inmediata de los vecinos de la comunidad que arrancaron en persecución junto con un policía de Curuguaty. Al otro día, sin la declaración de las tres personas que podrían haber identificado a la persona sospechada, la fiscalía Ninfa Aguilar lo liberó. Mariano Jara era el líder de la comunidad de Santa Catalina. Esta comunidad había logrado extender el territorio agrícola familiar en un latifundio de 5.000 hectáreas hasta convertirlo en un asentamiento modelo donde está instalado el Instituto Agroecológico Latinoamericano (IALA Guarani). Si bien la fiscalía Ninfa Aguilar es la responsable institucional de la rápida liberación del único sospechoso de la muerte de Mariano Jara, Belarmino Balbuena, dirigente del Movimiento Campesino Paraguayo, del cual formaba parte Mariano Jara, asegura que una enorme presión para la rápida libertad ejercieron Julio Colmán y Juan Pío Ramírez, dos políticos colorados de peso de Curuguaty. Una persona muy allegada a Jara asume que el trasfondo principal fueron las elecciones municipales recientes en las que la comunidad de Santa Catalina acordó votar por el candidato liberal, volcándose una elección en favor de éste, y en contra de la ANR. En la tragedia de Marina Kue murieron los ocupantes de esas tierras Avelino Espínola, Fermín Paredes, De los Santos Saldívar, Luis Paredes, Adolfo Castro, Luciano Ortega, Arnaldo Ruiz Díaz, Ricardo Frutos Jara, Delfín Duarte, Francisco Ayala, Andrés Riveros. 63 personas fueron imputadas sobre la base de listas de ocupantes encontradas en el campamento, de las cuales, 13 personas están con prisión preventiva acusadas, en forma genérica, de asociación criminal en grado de tentativa, entre estas una adolescente embarazada y el hermano menor de Luciano Barrios. La fiscalía Ninfa Ruiz se retiró del proceso fiscal quedando a la cabeza el fiscal Jalil Rachid Lichi, 33 años, hijo de Bader Rachid Lichi, amigo de Blas N. Riquelme, también “beneficiario” de tierras públicas y ex presidente, al igual que Riquelme, del Partido Colorado. La fiscalía ha cerrado el caso en la presunta responsabilidad de los ocupantes tomando solamente como ciertas las versiones de los policías que señalan haber ingresado con ganas de dialogar pero que fueron recibidos a balazos. Según el testimonio de algunos de ellos, Erven Lovera fue el primero en caer. Entre las evidencias cuentan cuatro escopetas no percutidas encontradas en el lugar y los *mboka ñuha* (caza bobos, según la Policía) que los ocupantes usaban para cazar bichos en el bosque de Marina Kue.

Asunción, 11 de febrero de 2013

P.D.: El 3 de febrero de este año, a 24 años del golpe que derrocó a Alfredo Stroessner, murió Lino César Oviedo, mano derecha de Andrés Rodríguez durante la dictadura y heredero de éste, durante la transición, en el manejo del Ejército paraguayo que “controlaba” el comercio de mercaderías que ingresaban y salían del territorio, incluidos el armatráfico y el narcotráfico. El helicóptero que lo llevaba a un acto proselitista se hizo añicos al igual que los cuerpos de los tripulantes.

P.D. 2: Horacio Cartes, sospechado de ser el más importante lavador de dinero proveniente del narcotráfico, es el principal candidato a ganar las elecciones presidenciales de abril de 2013. A él también se lo señala como el principal articulador de fuerzas parlamentarias para la rápida destitución de Fernando Lugo a través de un juicio que comenzó en la Cámara de Diputados el 21 de junio y culminó el 22, en el Senado, con sentencia pre-establecida.

P.D. 3: El presidente uruguayo José Mujica, en su programa radial “habla el presidente” del 5 de julio de 2012, comentó que “sobran versiones por todas partes que ese sector instigador del coloradismo paraguayo está muy ligado al fenómeno del narcotráfico y a muchísimos episodios dolorosos de la historia reciente de Paraguay”, siendo dicho sector a quienes en la jerga periodística “lo llaman el narco-coloradismo”.

P.D. 4: A su destitución, el presidente Fernando Lugo dijo que salía por “las puertas grandes del corazón”, dejando a unas 20 mil personas en las plazas del microcentro boquiabiertas sin saber qué hacer frente a la formalización institucional del golpe sicario.

P.D. 5: Entre las primeras medidas asumidas por Federico Franco como presidente sobresalen:

a) la habilitación de las negociaciones con la canadiense Río Tinto, interesada en absorber con subsidio estatal 17 por ciento de toda la energía producida en el país en la producción de aluminio, cuyo principal destino será el mercado industrial de Sao Paulo, Brasil. El contrato de cesión exclusiva de excedente de Itaipú a Brasil termina en el 2023;

b) la habilitación de la semilla de algodón transgénico producida por la transnacional norteamericana Monsanto y

c) la concesión a la transnacional norteamericana Dahava Petróleos para exploración y explotación de petróleo en el Chaco, lugar en el que se desarrolló una guerra entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) impulsada, principalmente, por la también petrolera norteamericana Estándar Oil.

P.D. 6: Este libro queda abierto. Rubén Villalba lleva más de 15 días de huelga de hambre y se perfilan nuevas movilizaciones para exigir liberación de los presos políticos. Teodora Vidallet, mi madre, de 82 años, desterrada al igual que mi padre por la guerra civil de 1947 y que esperara toda su vida ver a un liberal en la Presidencia, está muy apenada por haberse dado este ascenso, posiblemente fugaz, “de contrabando”.